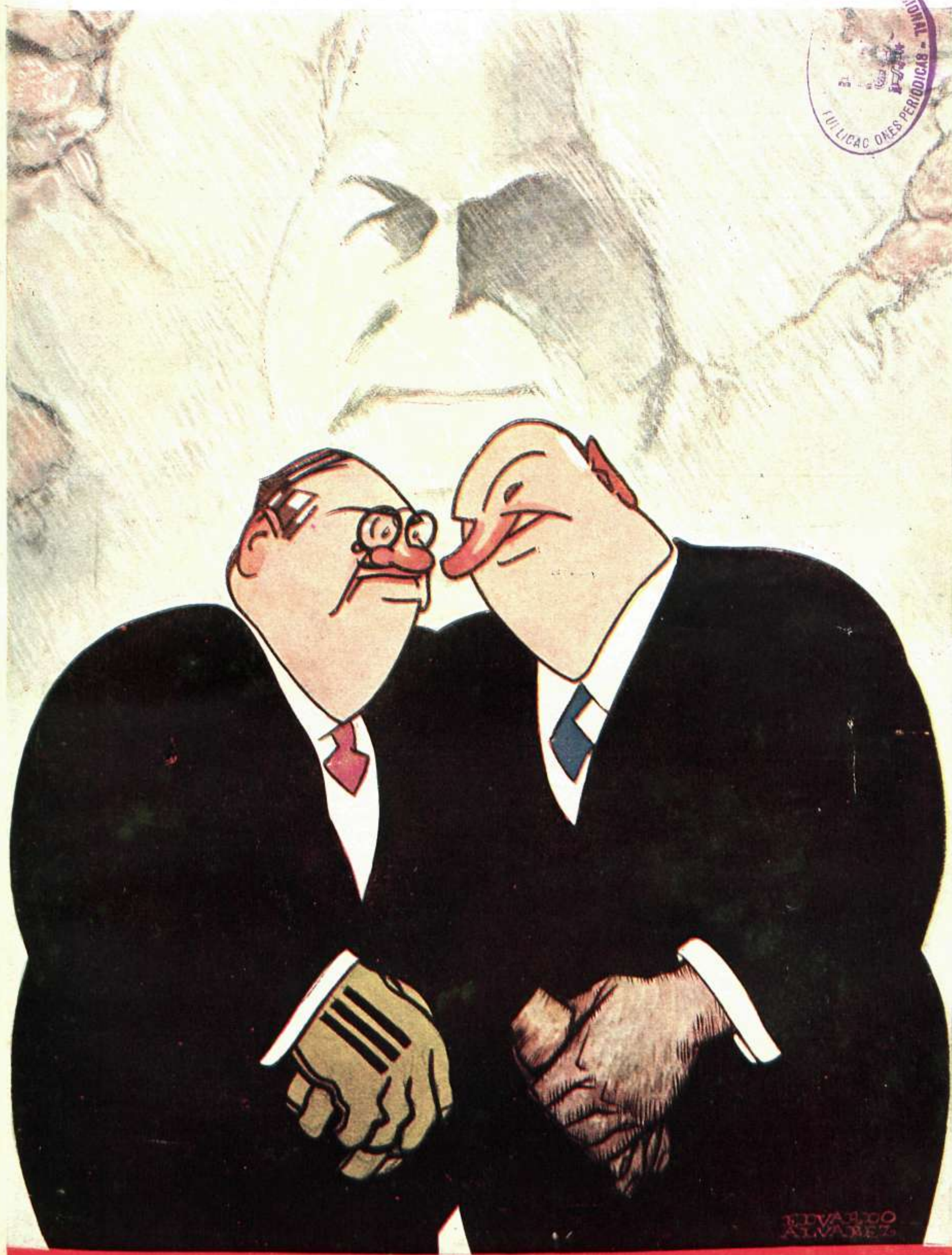
CARAS y CARETAS



¿UN SECRETO?

Alvear. — Todo nos une nada nos separa?
Cantilo. — No hable en voz alta que las paredes oyen.

EN el Concurso de belleza femenina que organiza "Caras y Caretas", podrán tomar parte todas las mujeres que residan en la República Argentina.

El Jurado discernirá 15 primeros premios a la representante más bella de la capital y de cada una de las 14 provincias.

Prepare, para enviárnoslo en oportunidad, su mejor retrato.

Nuestro número próximo

Contendrá además del sumario correspondiente, un aumento de 16 páginas a 2 colores y 8 páginas de plana dedicadas al balneario de Mar del Plata.



Segovia. — Iglesia de San Martín.

S E G O V I A





DEJÉ Madrid en un día que amaneció de fuego; la mañana era una llama. En medio de esta llama los trenes *huían* a las playas del Cantábrico, repletos. Franqueamos el último límite urbano; quedáronse atrás las arboledas de la *Casa de Campo* del rey, y se arrollaron en el confín de la llanura los bosques del Pardo. Pasaron y giraron en el remolino de la velocidad los postreros caseríos. Y entonces mismo nos recogió Castilla en la inmensidad de sus eriales. ¡Qué gualda ceniza sin fin! ¡Qué calcinada ceniza como de polvo de huesos!

Ahora, de *retorno*, esta llanura está acariciada de otoño. Ahora Madrid está, por los parques, vestido de oro. Ahora Madrid conoce el alivio de la lluvia. Se pasean las nubes por su cielo, se aglomeran, se ponen grises, y llueve. La luz de Madrid, tras el cristal del agua, cobra tonos de una vaguedad dulcísima. La atmósfera se queda como ilusa, largo tiempo, tras la lluvia. Con el verano era imposible viajar. Toledo, Avila, Segovia, eran braseros y parrillas. Hoy, en cambio, nos hemos dicho: A Segovia vamos, y allí hemos ido. Castilla no arde ya. Castilla acabó de arder. El dardo del sol vibra aun poderoso en los aires; pero este dardo ya no llamea ni nos parte y atraviesa; se diría que lo vemos caer a nuestros pies, apagado, inofensivo, apenas alcanzados de él.



LA CIUDAD

Aquí está Segovia; detrás de estas lomas debe de estar Segovia. La estación en que se para nuestro tren da al libre campo. Escucha, tú... Cuando llegues así a Segovia no tomes vehículo alguno, echa a pie por la carretera que te indicarán, camino de la Catedral. Verás a tu izquierda unos montes pelados y a tu derecha, luego, una tapia que limita y encierra la ciudad. No digo muralla, digo tapia. Segovia, sumisa, dócil, no pasará este lindero de jardín... Detrás del muro, inmediatamente detrás, la verás levantarse y extenderse. Es un suave espectáculo el de esta Segovia de tejados rosáceos, con un fondo de cielo bruñido. Como el parapeto del linde es tan bajo, deja ver las calles que le caen perpendiculares; calles angostas que a poco tuercen y desaparecen. Al sol del domingo, conversan los vecinos al medio de la calleja. En este conciliábulo, la figura central es un hombre montado en un asno. Anda que andarás. Entre los tejados se elevan algunas torres, cuadradas, simples, lisas, de plácida línea. La ciudad va levantándose poco a poco. Como soñando, suenan las campanas. Soñamos nosotros o sueñan ellas; pero su voz se inmaterializa soñadora o soñada. Arriba de todo, corona de la ciudad, de un color de marfil, muy mate, la Catedral. De una amarillez dorada, parece cubierta de rosas, de aquellas rosas que se llaman



manto de oro. Hay que subir una cuesta; doblar y subir otra; ya no vemos ni la cúpula ni las flechas. Hay que seguir por una calleja. Se siente un fresco de bodega en la angostura. ¿Diste con una plaza? Llegaste a la Catedral. Sale una multitud de la misa. En las grandes naves, que se han quedado vacías, una luz muy blanca se deshoja. Unos sacerdotes ancianos rezan frente al altar mayor, de rodillas. Tiene uno de ellos el rostro venerable. El otro inclina hasta el pecho una cabeza marchita. Por las vidrieras de colores la luz se tiñe de azul, de rojo, de violeta, de verde. ¡Mira las flores místicas, mira las mariposas de ensueño que reflejan los vitrales sobre los pisos! ¡Mira esa divina mariposa, aquélla, sobre el umbral de la capilla! Si nos quedáramos, como lo haría un niño, veríamos esta mariposa, subir inefablemente a posarse en el altar.

En el kiosco de la plaza toca la banda unos aires moriscos. Como es domingo, toda Segovia está en la plaza. Por las aceras, las segovianas se pasean entre los oficiales de la Academia de Artillería, con una morosidad sentimental. Subiendo por la calle del Rey, en dirección del Azoquejo — donde era el mercado del tiempo árabe — se acaba de saber que Segovia no tiene nada de triste, ni de torva, ni de adusta. Explicaos así que Segovia diera varones que supieran morir tan bien, como Juan Bravo, el comunero, que mirando a Padilla, su compañero de cadalso, dijérale al verdugo: «Degüéllame primero a mí porque no vea la muerte del mejor caballero que hay en Castilla».


Segovia. — Vera - Cruz.

La casa de los picos, tan pintoresca, y la que fué Sinagoga — ¡fuéralo ahora mismo, que sería lo justo! — dan sus notas de color entre alegres casas con miradores. Al frente, donde se acaba la calle, una barriada de Segovia — ¡qué clara acuarela! — se extiende abajo en lo quebrado del barranco. Más lejos, un trecho del famoso acueducto perfila sus galerías de dos pisos. Los altos arcos del acueducto recogen a manera de marcos paisajes de la montaña. ¡Asombrosos romanos! De un acueducto — lecho artificial, en suma, para que pase el agua — supieron hacer una obra esbelta y graciosa, de una graciosa grandeza.

Segovia tiene más; tiene el Alcázar; y el Alcázar respira ambiente del pasado. Basta contemplar el trono de los reyes católicos, para comprenderlo; basta detenerse ante sus reales mascarillas; basta con leer la vieja divisa «tanto monta», que la tradición ha explayado en esta otra, declarativa de igualdad:

TANTO MONTA, MONTA TANTO
ISABEL COMO FERNANDO.

Vaho y niebla de pasado echan aquí las cosas, desde la inscripción que corre sobre un friso de la capilla, en que pide el monarca vivir y reinar *largos años e buenos*, hasta la terraza de las almenas que da al descampado. Hay que ponerse de codos y mirar.

Mirar la verde hondonada, mirar el convento del Parral, mirar la iglesia que fué de los Templarios, mirar las lomas desnudas. ¡Formidable España! El paisaje está sellado de grandeza. Debe agradecerse el privilegio de contemplarlo.

L A   G R A N J A

Dos leguas por excelente carretera (hasta hoy no he visto mala carretera en España,) y estamos en la Granja. Dicen que este Versalles castellano se originó de una nostalgia de Francia. Lo que hemos de tener por seguro, con el ejemplo a la vista, es que la nostalgia no se cura, haga lo que hiciere; sólo proyecta su imagen; sólo da con su sombra o con su eco. Vemos el parque de la Granja y puestos a elegirle nombre le llamaríamos el parque de la nostalgia; justamente así. ¡Tanto más ahora que el otoño ha vuelto los árboles de un oro pálido! Tanto más en esta propia tarde sin un sonido, desierta e inmóvil... El palacio, con la puerta y ventanas cerradas, recogido, escondido, se creyera abandonado desde el tiempo de Felipe V. Por el patio en herradura debe vagar siempre nostálgica el alma del palacio. El incendio, que devoró un ala entera de la regia morada, ha dejado una tinta de consternación en lo que aún subsiste. Da pena ver esa mitad del palacio que holló el estrago y que nadie atina a restaurar. Sin techumbres, desfondado, con los muros que día por día se doblan y vencen más, será mañana un irreparable escombro. Ya tiene algo de tumulario; ya tiene algo de tumulario y de espectral. Aquí pasa los veranos y por estos viales se pasea la infanta doña Isabel, la cabeza blanca. No ha de pasear en los crepúsculos del lado de esas ventanas hoy ciegas y vacías...

En torno, una vasta arboleda sin un sólo pájaro, en la tarde que declina. No se oye ni un errante gorjeo, ni un distante silbido. Las hojas, que se han vuelto de oro, están mudas en los árboles quietos. Pisamos por las avenidas un colchón de hojarasca. Hojas de olmos y de castaños, secas y abarquilladas, crujen dolorosamente a nuestro paso. El parque está alfombrado de este oro mortecino. Las fuentes duermen; la fuente de Andrómeda, la de Neptuno, la de Apolo, la de Diana. Todas, calladas, invitan al pensamiento elegíaco. Sobre las fuentes, hacia el poniente, hay un vuelo de golondrinas que se van.

Sentarse en un escaño, así, es sumergirse en el silencio. El aire no mece una rama, no mueve una hoja. De pronto, en el gran silencio, allá muy lejos, el agua de alguna fontana claquea un instante. Ilusoria tecla... Después nada. Una calma sin fin; el otoño sin un rumor. Después, de nuevo, no se sabe dónde, glu... glu... ¿Una tecla del agua?... Ahora nada otra vez. Otoño. Vacío. Imposibles. Distancias.

El parque de oro, y los montes, de coral; y sobre los montes, con el poniente, la rosa de la tarde que se deshoja en la quietud.

ARTURO CAPDEVILA



EL ABOGADO

DEL CONCURSO LITERARIO DE «CARAS Y CARETAS»





AQUELLA tarde, Roque Alba jugaba su última carta. En las amplias tribunas que se perdían hasta allá lejos a lo largo de la pista de carreras, todo era animación bulliciosa, movimiento, charla y comentario incesante, frente a las pizarras que llevaban escritos con tiza los nombres de los caballos que iban a tomar parte en la famosa carrera, e indicaban los miles de boletos que les apostaban los que esperaban su triunfo.

Alba, muy preocupado, apenas oía la conversación de sus amigos — siempre la misma, siempre el análisis repetido de las condiciones de los animales a los que todos les confiaban su dinero — desde el correcto «gentleman» de reluciente chistera y gemelos en bandolera, hasta el modesto peón, de pañuelo de colores chillones al pescuezo.

Y sonreía complacido al pensar que sólo ellos — él y unos pocos iniciados, — estaban en el secreto de lo que allí iba a suceder: primero, el arranque habitual de los corceles lanzados en carrera, mientras uno de ellos, «Libertador», seguiría allá atrás el galope rítmico de los demás para, al llegar a la vuelta, forzar la velocidad, como podía hacerlo, y ganar para él quién sabe cuánto dinero.

Se sentía cansado. Desde hacía un año su vida no eran más que juegos malabares para equilibrar lo poco que le quedaba con lo mucho que le exigía el lujo que se había impuesto; eran combinaciones habilísimas, que ejercidas en otro campo más honroso habrían hecho de él un notable ministro de Hacienda, por ejemplo. Pero ahora no podía más, no daba más. Su estancia había desaparecido en el torbellino de su último viaje a Europa en amigable compañía femenina; su casa de Buenos Aires no producía lo que él pagaba por intereses de su hipoteca, y hasta sus caballos de carrera, su famoso «stud» hasta aquel mismo «Libertador» que trotaba nerviosamente ahora por la pista, no le pertenecería ya al día siguiente de la gran carrera: lo tenía vendido.

¿Qué hacer en esas circunstancias? Lo único posible le parecía lo que había decidido: reunir el poco dinero que le quedaba, y esos varios miles de pesos jugárselos a su caballo, que por una curiosa coincidencia tenía un nombre que era toda una promesa.

Abstraído en sus reflexiones no había notado que iba a correrse ya la carrera de que dependían para él tantas cosas. De pronto un toque de campana lo sacó de sus meditaciones, y vió como, uno tras otro, los jockeys, luciendo al sol de primavera los colores abigarrados de sus chaquetillas, dirigían sus corceles hacia el punto de partida. De golpe, una voz recorrió la muchedumbre que hormigueaba en el Hipódromo:

— ¡Largaron!...

En efecto, allí desembocaba el grupo de caballos a gran galope, enfrentaba a las tribunas repletas, daba la vuelta a la pista en un correr furioso ahora, y aparecía en el recodo de entrada a la recta final que terminaba en la señal del triunfo.

Entre las mil voces que aclamaban a sus animales predilectos se oyó entonces un grito, que fué aumentando hasta adquirir proporciones de huracán:

— «¡Libertador!»... «¡Libertador!»...

Alba vió entonces que su caballo, desde los últimos puestos avanzaba en grandes brazadas

y alcanzaba en pocos segundos a los delanteros — mientras a él, al «inconmovible» como le decían sus amigos, — el corazón le latía con violencia. Pero en ese momento, desde casi al lado de «Libertador», otro caballo forzaba también su carrera, se le ponía al costado, y en el silencio angustioso de los cien mil jugadores allí reunidos, podían ahora oirse claros, nítidos, los latigazos acompasados que castigaban los flancos de los dos caballos.

— «¡Semper Idem!»...

— «¡Libertador!»...

No se oía vocear después más que esos dos nombres, y los dos caballos pasaron, entre una nube de polvo, frente al punto de llegada.

Entonces todo el mundo se precipitó hacia abajo de las tribunas por las escalinatas de descenso, en medio de gritos y apretones sin número, para ver qué caballo anunciaban los indicadores como ganador. No se había podido ver bien, y se gritaba, se apostaba todavía, se desafiaban unos a los otros, arrojándose a la cara los nombres de los dos caballos con aire de provocación.

admirados los de su grupo, sin sospechar el terrible drama interno que se desarrollaba en su alma.

II

El «tío abogado» de Roque Alba, había sido considerado siempre en la familia como una especie de ogro, cuyo enorme egoísmo le mantenía alejado de todos sus parientes. Se repetían a veces las sentencias con que contestaba a los que recurrían a él en busca de consejo, y en cuanto a ayuda, todos ellos muy ricos, nunca la habían solicitado.

Por eso Roque, ahora que iba a hablarle de algo serio por primera vez en su vida, estaba completamente desconcertado. Después de una noche terrible, en la que había pasado en revista todas sus locuras y todas sus probabilidades de futuro, había decidido lo que ahora iba a hacer: entregaría todo lo que tenía, es decir, todo lo que figuraba a su nombre pero cuya posesión en realidad hacía tiempo no disfrutaba, para salvar su apellido: — aquello era una quiebra completa y absoluta. E iba ahora a ver a su tío para pedirle, lloroso, humildemente, que por medio de sus relaciones le obtuviera un empleo, un trabajo por modesto que fuera, que le per-



Roque Alba, sin apartar sus ojos de los gemelos dirigidos hacia el punto donde debía aparecer el número del caballo ganador, sentía que un sudor frío le mojaba la frente empapándole el forro del sombrero... Un minuto más, y el número indicador subía a lo largo del aparato destinado a ello: — era el otro. *Semper Idem* había ganado.

Entonces pasó por uno de esos momentos en que un hombre como él era capaz desde morder, hasta de matar — pero exclamó, recordando un cuento francés leído poco antes:

— «¡Flambé, mon cher!»...

En efecto, estaba arruinado — total y completamente arruinado y sin remedio. Mañana su nombre correría de boca en boca entre los sarcasmos de todos aquellos compañeros que constituían todo su mundo, y ya no podría contar más en la amistad de ninguno de ellos. Y torpe, pesadamente, como aturdido todavía por el golpe — pero de una pieza, inconmovible ante las miradas de los que le rodeaban, enfundó los gemelos y se retiró del Hipódromo.

— ¡Qué fibra de muchacho!... — decían

mitiera vivir, vegetar más bien, hasta que alguno de sus parientes tuviera la bondad de morirse y dejarle algo que le hiciera recuperar su posición. ¡Cómo la defendería él entonces!... Con la experiencia que había adquirido a costa de tanto desastre qué bien iba a desenvolverse, si eso sucedía, entre toda aquella gente a la que empezaba a detestar porque preveía su abandono!...

Pensando eso llegó al estudio de su tío. Ya en antesalas, el escribiente, uno de esos pobres muchachos atareados que son meras máquinas de escribir en escritorios de abogados y escribanos, le hizo esperar un rato, hasta que salieron una señora enlutada y un hombre gordo y tosco de aspecto de «pajuerano». Y no era extraño que no conociera el empleado al sobrino de su amo, pues jamás le había visto antes allí. Así es que, cuando el doctor Rodríguez Alba le vió entrar.

— ¿Tú aquí, Roque? — preguntó intrigado. — Algo muy grave debe ocurrirte para que te acuerdes de tu tío... Veamos, veamos; siéntate ahí.

Y oyó entonces, inmóvil y con aire de importancia, la descripción que de su situación le hacía Roque Alba, mientras una sonrisa de maldad animaba su semblante. Y quitándose los lentes pausadamente los puso sobre el escritorio y exclamó:

— Lo suponía, lo sabía; todos ustedes concluyen ahí. Pero no es este el momento de recriminaciones. ¿Tú necesitas comer, no es eso?

— ¡Tío, tío, por favor!...

— Sí, sí, vamos al grano; tú me conoces y sabes que no ando con vueltas. Pues bien, has tenido suerte, llegas en uno de mis momentos buenos. Desde hoy me pongo en campaña, y si dentro de algunos días no te he conseguido un puesto modesto cualquiera, es que el doctor Rodríguez Alba no es tu tío, ni nunca ha sido capaz de ganar el menor pleito. Ve tranquilo.

— Gracias, tío — balbuceó Roque. — Ya veo que siempre todos le habíamos juzgado mal... que en su corazón hay siempre cariño para los suyos...

— Vaya, vaya; déjate de sensiblerías, y adiós. Hoy tengo mucho que hacer.

Y llamando al escribiente que le había introducido, le hizo acompañar hasta la puerta.



III

Ocho días después, Roque Alba formaba parte del personal del Banco Auxiliar, respetable institución de crédito donde su tío, aunque no grandes influencias, tenía las necesarias para conseguirle el modestísimo puesto que ocupaba. Y supo entonces lo que era la vida mecánica de un empleado de banco: todos los días el despertador le llamaba a la misma hora, a la misma hora tomaba un rápido desayuno en su pobre cuarto amueblado, y a la misma hora, diez minutos antes de la apertura oficial de las oficinas, marcaba con un punzón en un aparato de relojería la hora de entrada que, junto con su firma, quedaba allí automáticamente registrada. Cuatro veces por día la operación se repetía — para todas las entradas o salidas, — como repetía también las mismas anotaciones en los mismos libros: en una columna los números con tinta negra, en la de al lado los números con tinta roja. ¡Dios lo librara de que se equivocara alguna vez y mojara en tinta negra la pluma destinada a la roja!... ¡Había que ver la cara que puso el Contador, toda una autoridad en el Banco, el día que le ocurrió ese percance a uno de sus compañeros!...

IV

Han pasado varios años. Malos o buenos, todos pasan en la vida. Roque Alba no es ya el empleado tímido y subalterno que debutara en el Banco Auxiliar como ayudante de contaduría, no, ahora es «segundo cajero», es decir, un personaje de importancia, encargado de la «caja chica», por cuyas manos pasan todos los días centenares de miles de pesos, — y hasta en determinadas ocasiones su responsabilidad aumenta. A veces una enfermedad traidora condena al lecho al primer cajero y le arranca por algún tiempo a los rigores de la ventanilla. Entonces es Roque Alba el que le reemplaza; es él el que abre el «tesoro», la gran caja de hierro donde duermen varios millones; él el que autoriza el pago de sumas cuantiosas con unas simples iniciales garabateadas al pie de un documento; él el que tiene diariamente a su alcance, y los subdivide en cantidades grandes y pequeñas, los fajos de billetes que atestan los cajones de su mostrador; él al que siguen con ojos de deseo, desde más allá de la reja que lo separa del público, los pobres diablos que cobran o depositan cantidades insignificantes... Usa lentes de oro, y un pliegue de preocupación le cruza la frente. ¿Lo ha trazado allí la conciencia de su responsabilidad, o los dolores sufridos?...

Para averiguarlo vamos a internarnos en su pensamiento, y a recorrer todos sus rincones.

¿Qué hay en el fondo de aquel hombre tranquilo, de aspecto de perfecto «gentleman», de aire distinguido que le fué siempre habitual, al que ha agregado el aspecto de importancia de todo el que maneja dinero?

Hay allí un secreto doloroso y torturante, una



preocupación profunda que no le da un momento de reposo, y que ha recrudecido ahora, por uno de esos acontecimientos sencillos y previstos en la vida bancaria, pero que para él reviste proporciones de catástrofe: un inspector va a controlar a fin de año el estado de sus libros, y hará lo que siempre se hace allí en esa época, un «recuento de Caja». En pocas palabras, va a ver — solo por llenar una formalidad, — si el dinero indicado en los libros es el que existe allí en la Caja.

Roque Alba es en esos momentos y desde hace varios meses el «primer cajero» interino, y faltan cinco días para fin de año. ¿Pero por qué este acontecimiento habitual y tan sencillo, que sólo tendrá como consecuencia un recrudecimiento en su labor y en la del personal a sus órdenes, parece aterrorizarle?

Es que — lo recuerda ahora en todos sus detalles,—desde aquella vez que Pepito Velázquez, su compañero de las horas de placer de cuando era rico, fué a proponerle aquella malhadada tentativa, no ha habido para él un momento de reposo. ¿Cómo logró él hipnotizarle?... Porque es indudable que su voluntad no le perteneció en ese momento: sacó de su caja varios centenares de pesos y se los entregó para que él se los jugara en las carreras al día siguiente. Y el resultado fué halagador: ese dinero volvió a sus manos multiplicado por cinco; y restituído el que había sacado, se halló en posesión de una suma que superaba a lo que había ganado en el Banco en todo el año anterior.

Entonces la locura lo dominó por completo.

Fueron primero los pequeños lujos de una vida de comodidades que aquel dinero volvió a hacerle añorar — después las exigencias de la vida alegre que llevara, — más tarde los amoríos con una actriz de opereta — últimamente una estadía en un lujoso pueblito cercano donde pasara el verano, — y un buen día, al hacer un balance particular para uso propio en la caja del Banco, ¡notó que faltaban allí más de quince mil pesos!...

Por segunda vez en su vida volvió a vivir momentos de terrible ansiedad y desesperación — pero si la primera vez había naufragado su fortuna, en ésta se hundiría hasta su honor, y allí en el fondo de su pensamiento aparecía la imagen de la cárcel como una visión de pesadilla... No. No. ¡Antes la muerte!... Pero morir a los veintinueve años, cuando se está en la verdadera juventud, cuando ya se ha vivido y se sabe apreciar todos los matices de la felicidad... ¿Qué hacer? ¿Qué resolver?... porque había que resolver algo — y ya, — de inmediato — porque su verdugo podía iniciar la investigación de un momento a otro...

Entonces se acordó de su «tío abogado».

Es verdad que, como jurisconsulto, su tío no tenía gran éxito; se le temía no se sabe por qué; flotaba alrededor de su nombre una atmósfera de desconfianza que él mismo atribuía a su manía de decir «cuatro verdades» a todo el mundo — y la gente no es precisamente la verdad, cuando es ruda, lo que prefiere.

Llegaba ahora, después de cinco años, otra vez al estudio de su tío. Volvía de nuevo a franquear aquella antesala a donde llegara anonadado entonces por sus errores, y volvía otra vez allí con el alma atribulada y la conciencia amargada por esa desesperación que acomete a todos los que, educados en ciertos principios, llegan a dejarse arrastrar por acciones vergonzosas e irreparables.

Esta vez su confesión fué dolorosísima. Su tío le oyó más impenetrable que nunca, y nadie podría decir, durante la larga entrevista, lo que pasaba por el alma fría de aquel hombre al oir lo que otro hombre, su sobrino, su semejante, le declaraba, — puesto al borde del abismo por un vicio fatal que jamás perdona. Y cuando concluída su declaración, hecha sin ambages, sin causas atenuantes, con la misma concisión con que Roque Alba habría hablado ante un juez de instrucción, esperó lo que debía decirle su tío, aquel otro juez que tanto derecho tenía a intervenir en su vida, el doctor Rodríguez Alba le miró fijamente, pensó un largo rato, y por fin, con la tranquilidad con que le habría dicho: «Que lindo día hace»...

— Has robado — le dijo.

Roque sintió que un sollozo le subía a la garganta, y sólo pudo decir:

— Tío, tío, es verdad... Pero sólo usted puede salvarme, ¡sólo usted!... Yo lo sé bueno y cariñoso, yo aprecio todo lo que ha hecho por mí; tenga un momento de compasión y sálveme, no me queda más recurso que usted o el caño de un revólver...

— ¿Quién habla de armas ahora?... — dijo el abogado.

Y dejando que tan pronto la ilusión o el desencanto se pintaran en la cara de su sobrino, pausada, gravemente, dijo:

— Mira, Roque, otra persona que no fuera yo, te habría dirigido un largo discurso repleto de consideraciones morales: tú no es eso lo que ahora necesitas. Lo que necesitas es una ayuda en dinero, una cantidad que te salve, y yo esa ayuda no puede dártela...

— ¿No? ¿No?... — interrumpió vehementemente Roque Alba. — ¿No? ¿Pero entonces que puedo hacer, qué me queda por hacer?... ¡Nada! ¡Nada!... ¡No hay salvación posible!...

— Cálmate, Roque — dijo con tranquilidad el abogado. — Yo no puedo darte el dinero que has «sacado», diremos — quince mil pesos es mucho dinero para mí, — pero puedo ayudarte de otro modo.

Roque movió la cabeza con incredulidad.

— ¿Ayudarme a morir? — dijo.

— No, ayudarte a vivir — contestó su tío.

— Pero vivir sin honra y sin honor no es vivir.

— Mira, no pronuncies palabras tan graves. Yo te hablo de vivir simplemente. ¿Quieres vivir? Pues bien, oye mi plan, es muy sencillo. Contéstame rápida y concisamente: sí o no. ¿Tú has robado quince mil pesos?

— Es verdad, tío — gimió Roque Alba.

— Pues bien, el medio que he ideado yo para salvarte y encauzar tu vida por otros derro-

teros de trabajo y de actividad, es éste: roba cien mil pesos más.

Roque saltó como si le acometiera un tigre.

— ¿Robar? — dijo. — ¿Seguir robando?... ¿Pero es usted, usted, mi tío, el que me aconseja eso?...

El abogado se sonrió.

— ¡Cuánta gente, — dijo — que ha robado diez veces más que tú, se pasea impunemente por las calles!... Oyeme, no me has dejado concluír. Esa era la primera parte del plan; la segunda es ésta: esos cien mil pesos me los traes a mí...

— ¿A usted?... ¿Y usted, entonces, me ayuda a escapar?... Pero, yo deliro, sueño. Yo he robado, es cierto, pero algo de honradez queda todavía en el fondo de mí mismo...

— Vuelvo a pedirte que me oigas. Lo que te he dicho era la primera y la segunda parte de mi plan. Quedamos en que tú sacabas cien mil pesos más, y me los traías. Muy bien. He aquí la tercera: yo tomo de ese dinero sólo la mitad, cincuenta mil pesos; voy a ver a mis conocidos del banco y les digo: — «Vengo a hacerles una confidencia: un sobrino, al que ustedes, por recomendación mía, colocaron aquí, se ha robado una cantidad de dinero. Yo no sé cuanto es; yo no quiero saberlo. Pero respeto bastante el apellido que llevo, que es el suyo, para hacerles esta proposición: Realizando todo lo que poseo, he reunido cincuenta mil pesos. Aquí están. Yo los ofrezco, para saldar la cuenta, de mi sobrino. Pero exijo que no se hable una palabra del asunto, que todo quede ignorado, que nada intenten contra él. Yo lo alejaré de aquí y jamás volverá a molestarles».

Roque Alba, aturdido, seguía la explicación del plan de su tío, y, a veces, parecíale sentir como ganas de abofetearle, pero en el acto pensaba: «yo he robado, he robado... ¿puede un ladrón juzgar la honradez de los demás?» Pero, al mismo tiempo veía que si aceptaba, se abría ante él de nuevo la vida, la vida cómoda y tranquila... Por fin dijo:

— Pero, no aceptarán...

— ¿Quiénes no aceptarán?

— No aceptará el banco.

— ¿No aceptará? ¿Crees tú que serán tan tontos que prefieran perder todo a recuperar cincuenta mil pesos?... Entonces tú no sabes lo que son los negocios... Considera que te es indiferente que el banco cierre su balance anual con una ganancia de un millón, o de un millón cien mil pesos... Y está toda tu vida de por medio... Así te verás salvado. Sólo tres o cuatro personas en el mundo sabrán que tú cometiste una vez un desfalco, y te hallarás bien lejos de ellas...

Roque empezó a ver un vislumbre de esperanza; sería muy culpable, pero su conciencia ya no era tan meticulosa: su salvación ante todo. ¿Volvía a dominarle otro Pepe Velázquez?... Pero esta vez era para salvarle.

De pronto, un pensamiento cruzó por su imaginación y le dijo:

— Sí, he comprendido bien tío; yo traería cien mil pesos más, y usted al directorio del banco y, en pago de su silencio, sólo le entregaría cincuenta mil. ¿Y los otros cincuenta?

— Los otros cincuenta mil — dijo el doctor Rodríguez Alba — se dividirán en dos partes: la mitad serviría para permitirte a ti alejarte del país y establecerte en otra parte. El mundo es grande, prosperarás estoy seguro, tienes condiciones para ello... Y la otra mitad... la otra mitad... serán los honorarios de tu abogado.

— Bueno — dijo penosamente Roque, después de un largo rato de meditación, y lanzando un gran suspiro; — acepto, pero con una condición...

— ¿Cuál?

— La de que si logro prosperar, volveré aquí y le devolveré al banco la suma que le he robado y la que le voy a robar...

Y estalló en sollozos.

El abogado sonreía.

V

MIENTRAS el gran trasatlántico que lleva a Roque a su bordo hacia países lejanos, va buscando lentamente la salida del puerto, arrastrado por dos poderosos remolcadores, el doctor Rodríguez Alba, allá en su estudio, abre un gran sobre, en el que se lee impreso un membrete. Es una nota que le dirige el Banco Auxiliar. Hela aquí:

«Señor doctor:

«El directorio que suscribe, no puede co-«rresponder al desprendimiento y al honrado «respeto de su nombre, que demuestra el asunto «de que ha sido informado con la mayor re-«serva en su sesión de hoy, sino designándolo «a usted como abogado del banco, cargo va-«cante, por conclusión del mandato de uno de «sus asesores letrados.

«Al ponerlo así en su conocimiento, nos es «grato hacerle presente la satisfacción con que «este directorio vería su aceptación del cargo, «convencido de que nunca la defensa de sus in-«tereses estaría en mejores manos que las suyas.

«Con este motivo, saludamos a usted muy atentamente.

MANUEL DEL CAMPO VERDE
PRESIDENTE.

JOSÉ SALAZAR
SECRETARIO.»

C. González Carbalho

DIBUJOS DE MACAYA





A CORDOBA POR TODO

— Ha sido un paseo
triunfal.
— No lo creo.
— Llegó y le aclamaron de un modo furioso.
Y, el Hombre glorioso,
que al cíclope altivo convierte en pigmeo,
miró bondadoso
al pueblo excitado,
pensó en otros días
un poco alarmado,
y dijo a la turba: «Yo soy el Mesías».
¿Lo duda?
— ¡Qué quiere!
No son fantasías,
mas temo, mi amigo, que usted exagere.
— Algunos sujetos
querían besarle.
— ¡Qué poco discretos!
— Ni el sol ni la luna
han visto ninguna
escena tan linda. Nerviosos, inquietos,
gritábamos todos.
— Lo creo. Ni en Sirio
se vió tal delirio.
— Alguna señora decía, admirada:
«Aunque ese es el Hombre
que goza en su tierra de justo renombre,
no tiene, ¡qué raro!, ninguna tonada».
El pueblo rugía:
— «Con él, de seguro,
fracasan los otros. ¿No ven qué sereno?»
«No hay nadie tan puro».
«No hay nadie tan bueno».
«Cuando habla, ¡qué encanto!»
«Si está silencioso, ¡qué tipo imponente!»
«¡Miradle, es un santo!»
— ¿Un santo con boina?
— ¡No sea insolente!
A darle la mano corría la gente.
Doscientos,
trescientos
honrados vecinos, vibrantes, febriles,
trataban de verle. Más tarde quinientos.
Más tarde seiscientos.
Allí sus amigos se cuentan por miles.
Y es fuerte. Es un roble.
Jamás se cansaba.
Y, en auto, su noble
sombrero abollado, tranquilo agitaba.
Abría la boca
y todos callaban.
— Tal vez. No me choca.
— Y Roca, asombrado...
— No insista. No insista.
Me han dicho que Roca
se hará hipolitista.
— Y puedo probarle con muchas razones,
que Córdoba es nuestra
— Lo cual me demuestra.
que usted ve visiones.
— El triunfo es inmenso.
Vendrá un cataclismo
— No pienso lo mismo.
— Pues yo sí lo pienso.
Fué un éxito enorme.
— Y Elpidio, ¿qué hacía?
— Queriendo, a menudo, mostrarse impasible
lloraba y reía.
— ¡Cómo, es tan sensible!
— Usted no me entiende. Por eso me callo.
— Si no quiere hablarme del viaje profícuo,
del hombre conspícuo,
recuerdos a Hipólito.
— Recuerdos a Gallo.



LUIS GARCIA

DISCOS DOBLES "NACIONAL"

Los siete Premios del Gran Concurso de Tangos

REALIZADO EN EL

Grand Splendid Theatre





R. CANARO

Discos dobles "Nacional" de 25 cms. a $ 3.- c/u.

Por la Orquesta Típica ROBERTO FIRPO.

Primer premio - 6310	SENTIMIENTO GAUCHO. Tango.	R. Canaro.
	El sabio. Tango	J. Canaro.
Segundo premio-6311	PA QUE TE ACORDES. Tango.	F. Lomuto.
	Espumilla. Tango.	Orlando - Puglisi.
Tercer premio - 6315	ORGANITO de la TARDE. Tango.	C. Castillo.
Accésit	EL PUA. Tango	A. de Bassi.
Cuarto premio - 6307	CON TODO EL ALMA. Tango.	Juan C. Farini.
	Dios te salve. Tango.....	Antonio Romero.
Quinto premio - 6312	AMIGAZO. Tango.	J. de Dios Filiberto.
Accésit	CAPABLANCA SOLO. Tango.	Enrique Delfino.





F. LOMUTO

Por la Orquesta Típica FRANCISCO CANARO.

Primer premio - 4035	SENTIMIENTO GAUCHO. Tango.	R. Canaro.
	Yo tuve un amorcito. Fox - Trot. Jazz - Band.	F. Canaro.

Por la Orquesta FRANCISCO LOMUTO.

Segundo premio-7613	PA QUE TE ACORDES. Tango.	F. Lomuto.
	Quiero olvidar. Tango.........	E. Lomuto.





C. CASTILLO

Dúo GARDEL - RAZZANO

LA SEMANA PROXIMA APARECERA

"CRISETA" Tango de Enrique Delfino
Letra de González Castillo



A. DE BASSI



E. DELFINO



J. DE D. FILIBERTO



J.C. FARINI

MAX GLÜCKSMANN



BUENOS AIRES
CALLAO Y B. MITRE
FLORIDA Y LAVALLE



ROSARIO
CORDOBA 1048/52
MONTEVIDEO
18 DE JULIO 966



DESDE EL MIRADOR

SOJO, EMBAJADOR

Hay hombres tan virtualmente representativos de su raza, de su lengua, de su país y de los altos intereses de la sociedad, que, aunque no estén investidos oficialmente de plenipotencias protocolaristas, son embajadores por gravitación propia. Por donde quiera que pasan, las gentes ven en ellos al exponente, al arquetipo, al corifeo, que encarnan hasta una cultura y una civilización.

Esos embajadores inmanentes y tácitos realizan siempre, aunque sólo sea con su presencia, una labor fecunda en beneficios de superior alcance para la nación que les es propia y para aquella que visitan. Son los verdaderos vinculadores de pueblos y sociedades; son los portavoces legítimos que, interpretando el sentir y el pensar de los hombres de uno y otro ambientes, producen el fenómeno de la mutua simpatía, abren horizontes y eslabonan intereses. Esos no requieren uniformes vistosos y teatralidades casi siempre pueriles para actuar eficazmente en la obra social de acercamiento y de paz que predican y reclaman todas las doctrinas elevadas. Con su palabra serena, con la lógica de los razonamientos sencillos, con su envolvente cordialidad, los embajadores naturales hacen su nobilísimo trabajo.

E s así como la actuación en Italia, España y Francia del doctor Angel L. Sojo, director de nuestro colega vespertino, está resultando provechosa no sólo bajo el punto de vista puramente argentino, sino ante la percepción de aquellos otros pueblos amigos con quienes nos ligan tantos intereses morales y económicos.

El director de «La Razón», como es sabido, efectúa en estos momentos una romería por el viejo mundo, donde se le dispensa la acogida más franca y espontánea a Sojo, embajador.

LA ELEGANCIA PORTEÑA LESIONADA

La elegancia porteña, el bien vestir proverbial en hombres y mujeres que ponen en nuestra cosmópolis una nota esmerada y pulcra, está sufriendo un desmedro creciente, que es preciso comentar.

La indumentaria de una gran parte de los conductores de vehículos — automóviles y coches de sangre — que circulan en número asombroso por nuestras calles, avenidas y paseos, es sencillamente deplorable. El descuido y el poco aseo de los mencionados ciudadanos, que viven en público, del público y para él, se acentúan de una manera atentatoria contra la clásica estética de nuestra población. Ahora, en el verano, la cosa está pasando los límites.

¿Por qué ese descuido en gremios tan importantes y constitutivos de nuestra vida urbana? No se diga que se debe a que la ropa es costosa o a otras razones de orden económico, porque ellas, en tal caso, han existido siempre. ¡No! Se trata simplemente de una relajación del buen gusto y del respeto que se debe tener por la jerarquía de Buenos Aires.

La mayor parte de los automóviles de alquiler que ruedan por la capital son limpios, elegantes y hasta suntuosos. De modo que los conductores malamente vestidos y descuidados en sus personas resultan terriblemente detonantes. Lamentables, casi...

De los aurigas, ¿qué decir? Hay cada sombrero verdoso y cada saco no menos patinado por el tiempo, que muchas veces el viajero piensa, al tomar un coche de flaco jamelgo: «¿Pero este cochero no será algún evadido de la Tierra del Fuego, de la penitenciaría, o, simplemente, de algún barco de pasajeros?...»

TRÁFICO URBANO DE TERCERA

No es otro que el efectuado por los cada día más numerosos tranvías con duros asientos de madera que circulan en la capital. Se acuerda uno de los vagones de tercera de los ferrocarriles europeos, con el ítem de que estos tranvías de que hablamos son mucho peores que los vagones de cuarta clase de las vías férreas alemanas.

¿Por qué se propagan esos vehículos inmisericordes y paupérrimos en la suntuosa y rica Buenos Aires?

UN DECRETO IRÓNICO

El decreto, promulgado últimamente, en que el Poder Ejecutivo Nacional declara clausuradas las sesiones del Congreso, entraña una sutileza del buen humor presidencial. Lo cual no impide que al mismo tiempo entrañe una lección y una reprimenda públicas a los honorables representantes del pueblo soberano.

Se han declarado, pues, clausuradas unas sesiones que nunca, o casi nunca, se abrieron. Ahora, en cuanto a la clausura hiperbólica, queda plenamente sincerada a los ojos un poco distraídos del país, toda vez que un honorable parlamentario ha manifestado acaloradamente que con estas temperaturas del verano sería incómodo legislar...

En tal virtud, y con semejante precedente, los obreros y demás trabajadores del país el mejor de estos días estivales harán la reflexión del honorable diputado a quien no agrada la estación.

EL ABSURDO DE LAS OJERAS

¿Por qué tantas bellas jovencitas se maquillan los grandes ojos negros, deformándolos y afeándolos precisamente en esas dos excelencias? ¿Para qué pintarse ojeras cuando se tienen ojos de mujer argentina? Jamás lo han comprendido los artistas — poetas y pintores — que admiran a nuestra mujer. ¿Con qué objeto maquillar las pestañas de esos ojos?

La ojera artificial se explica tal vez en las que tienen ojos pequeños y claros y han pasado ya el límite de la primavera gentil. Se comprende en las tablas, la ojera y lo demás del maquillaje. Pero en la jovencita de maravillosas pupilas «naturales»... no.

La ojera artificial — siempre visible por bien que se pinte — da un aire enfermo y decadente a los rostros juveniles. Es más: sugiere desdorosos conceptos. La ojera artificial apaga la luz de la mirada y da a los lindos rostros caprichosos un injusto y lamentable aire vicioso...

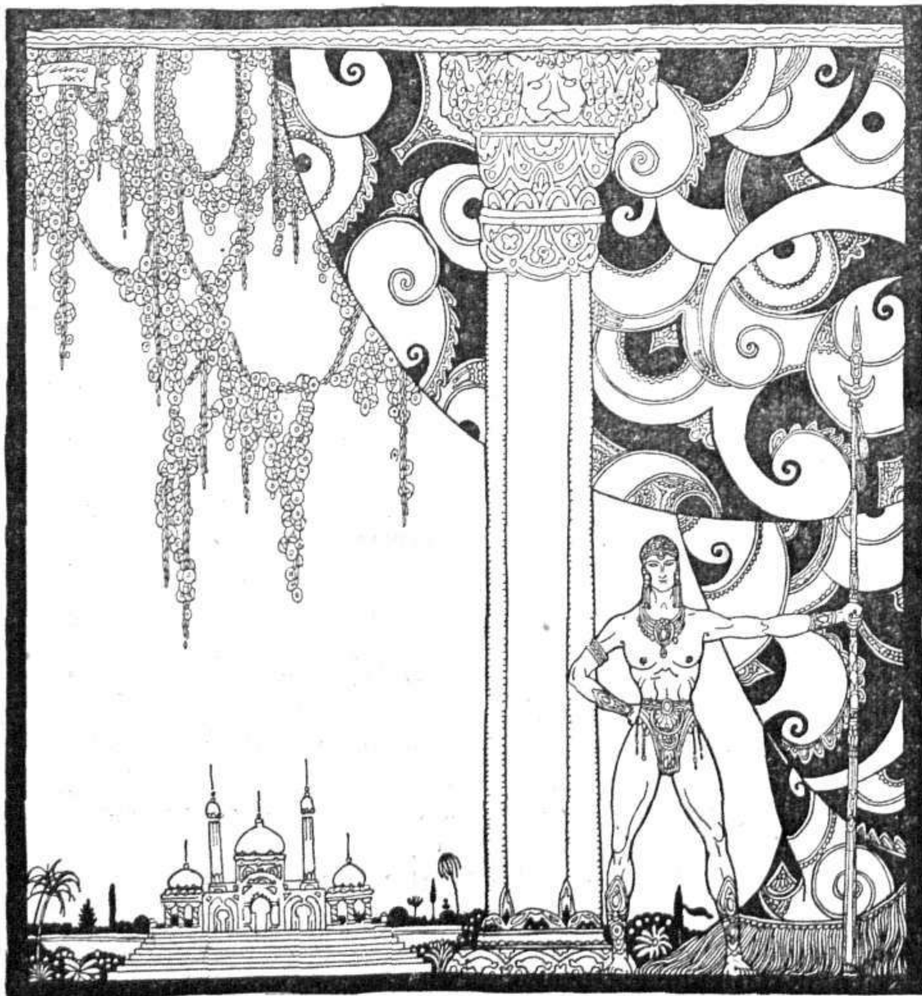
Eduardo Encina.





JABÓN
LA TOJA

GULISTAN
O EL JARDIN DE LAS ROSAS
DEL POETA PERSA SAADI
POR EL EMIR EMIN ARSLAN



UNA FABULA

He aquí una fábula sobre el orgullo y la humildad:

Un día, en el Palacio de los Califas en Bagdad, hubo una larga discusión entre una alfombra y un estandarte de guerra.

El estandarte cubierto de tierra decía a la alfombra, con suspiro: «Aquí estamos los dos en la misma corte.

»Servimos al mismo amo. Pero, ¡cuán diferente es nuestro destino!

»Yo no tengo un día de descanso ni de tranquilidad. Estoy en campaña en todo tiempo. Mientras que tú estás siempre encerrado y al abrigo de todas las intemperies. No temes soportar ni los asedios de las ciudades, ni las fatigas del desierto, ni los vientos y la tierra.

»Mientras que yo tengo que dar la señal de todas las expediciones. En tanto que tú estás rodeada por jóvenes doncellas, tiernas como las rosas.

»En cambio yo estoy siempre en andanzas, cargado de cadenas, o perpetuamente agitado por los vientos.

Y la alfombra le contestó:

»La razón de nuestra vida consiste en que soy humilde y no tengo la pretensión como tú, de llevar mi cabeza enhiesta al oir.»

LOS BENEFICIOS DE LA ABSTINENCIA

Un rey de Persia mandó un día a Mahoma un médico reputado por su habilidad. Este permanecía mucho tiempo en Arabia sin que nadie viniera a consultarle.

El médico asombrado fué a preguntar la razón a un sabio y a quien dijo:

—El rey de Persia me mandó aquí por ejercer mi profesión y demostrar mi arte, y no obstante, hasta hoy nadie ha venido a pedirme una consulta.

El sabio le contestó: ¿Sabe usted la manera de vivir de este pueblo?

—El no come más que para calmar los gritos del estómago, y rehusa darle lo que no le es necesario.

—Si es así,—replicó el médico;—este pueblo no me necesita.— Y besando la tierra se preparó para regresar a su país.

o o o

Cuentan también, en la historia de Ardeschir Babagan, el primer rey de Persia de la dinastía de las Sassánides, que un día habiendo consultado a un médico árabe, cuál es la cantidad de alimento que precisaba:

—Cien dracmas—contestóle:

El rey asombrado, le dijo:

—Acaso una cantidad tan pequeña sería bastante para mentir mi fuerza.

Y el médico le replicó:

—Esta cantidad no es suficiente, sino una cantidad mayor lejos de darle más fuerza le perjudicará, pues es preciso comer para vivir, y hacer el bien, y no vivir para comer, y agregó:

Dos Derviches habían convenido hacer juntos la peregrinación a la Meca. El uno estaba flaco y moderado en sus alimentos, y el otro estaba gordo y comilón...

Al llegar a la puerta de una ciudad, los tomaron por espías, y los condenaron a morir de hambre.

Los echaron en una prisión y tapiaron la puerta, pero diez días después, se verificó que eran inocentes, corieron a abrirles la puerta de la prisión, y encontraron que aquél de los dos que tenía aspecto más robusto y más gordo estaba muerto, y el otro flaco vivió.

Como todo el mundo se sorprendiera del caso un médico presente dijo: Si hubiera ocurrido lo contrario, ello sería extraño, pues el hombre que estaba acostumbrado a la abstinencia estaba más dispuesto a soportar el hambre que el otro que era comilón.

Después dijo: Se preguntó un día a un enfermo, si deseaba algo:

—No deseo—contestó—más que una sola cosa, y es, no desear nada; pues cuando el estómago está enfermo, ¿de qué sirve tener alimentos en profusión.

LAS PERLAS EN EL DESIERTO

Un árabe de paseo en el barrio de los joyeros contó el cuento siguiente:

Un día, dijo, yo había extraviado el camino en el desierto, y no tenía ninguna provisión.

No me quedaba más que esperar la horrible muerte del hambre, cuando tropecé con una bolsa de cuero, y mi alegría fué grande en la esperanza que contuviera harina, o alguna comida. Pero al abrirla, mi desilusión fué al extremo, cuando vi que la bolsa no contenía más que perlas finas del mejor oriente...

o o o

Y Saadi terminó su cuento, diciéndole: Jamás había experimentado las riquezas de la suerte. Los astros habían seguido su marcha sin atacar mi fortuna.

Pero un día, fuí oprimido por la pobreza a tal extremo, que caminaba descalzo, no teniendo con qué comprar zapatos.

Un día entré en una mezquita de Kufa, con el corazón triste y destrozado, cuando percibí de que a mi lado había un hombre sin pies, entonces comprendí que a pesar de mi desgracia yo tenía más suerte y todavía en comparación de mi vecino y me he consolado de no tener con qué comprar zapatos.



CONTINUARÁ

Banquete



El doctor Víctor M. Molina, presidiendo el banquete organizado entre los miembros del Colegio de Doctores en Ciencias Económicas y Contadores Públicos Nacionales.

ANIMALES QUE CAMBIAN DE SEXO

Entre los problemas relativos a la sexualidad, uno de los más desconcertantes es el del cambio periódico, regular, normal, de sexo; el animal, en determinado momento, de macho se torna en hembra, y viceversa, de hembra, macho. Las especies que presentan esta particularidad son raras; el caso de la ostra es uno de los más curiosos. El cambio de sexo se opera en ella muy rápidamente, sin ningún período de transición. Hace dos años un sabio inglés demostró que así que una ostra hembra pone sus huevos, comienza a elaborar células reproductivas del sexo opuesto. Recientemente el mismo sabio ha hecho conocer una serie de hechos sobre este fenómeno. Sus experiencias consisten en perforar la concha de la ostra, examinando con el microscop el estado de las glándulas reproductivas, y una ve identificado el sexo, coloca al animalito en una ja la sumergida en el mar, de donde la saca de tiemp en tiempo para nuevo examen.

Algunas ostras, observa el experimentador, cam bian de sexo hasta cuatro veces al año.

La causa de esta transformación que generalmen se verifica en el invierno, no se sabe todavía.

—Aprende esto que me enseñó mi madre el prim día que salí para la escuela: "Solo te vas, solo vienes. Amistad con todos. Estrechez con nadie". I soledad es el buril único con que se pulimenta alma.



Vd. a las 5 p. m.

ya hace mucho tiempo que almorzó y siente un vivo deseo de tomar algo que, a esas horas, no solo debe ser alimenticio, sino también agradable al paladar. *Nada tan indicado en tal caso como una taza de*

Chocolate Noël

Este delicioso artículo, en cuya elaboración no intervienen otros productos que el cacao, el azúcar y la vainilla de las más finas calidades, constituye un alimento de gran poder nutritivo y una golosina que satisiace al paladar más refinado.

Hay tres clases de Chocolate Noël: 1 Estrella, papel crema; 2 Estrellas, papel blanco; y 4 Estrellas (inmejorable), papel marrón.

Pídaselo Vd. a su proveedor y fíjese que la etiqueta lleve impresa esta palabra:

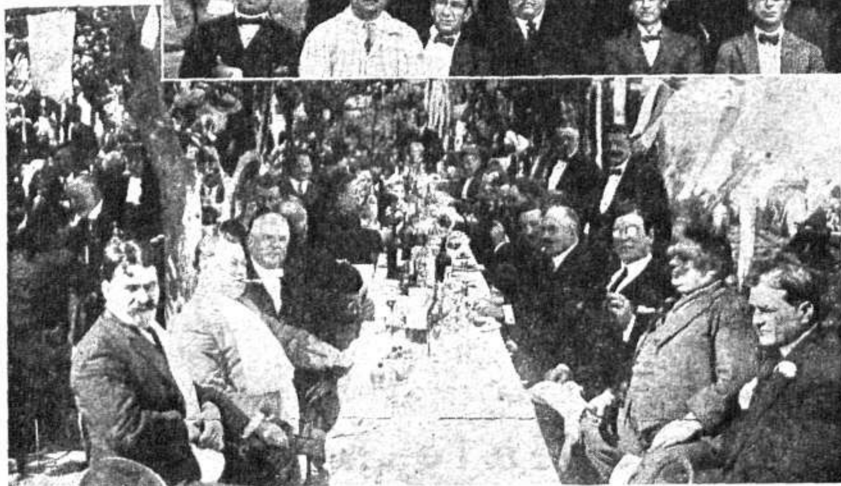
Noël

La marca que tiene una fama de 78 años.

De Quilmes



El Comisionado Municipal, señor Héctor Terrile y el comisario local, señor Manuel S. Quintana, presidiendo la comida con que fueron obsequiados por un núcleo de amigos.



Concurrentes al banquete ofrecido al Gerente del Centro Comercial, Industrial y Propietarios de Quilmes, Señor José Gaspar Cousillas, con motivo de cumplirse el 30.° aniversario de la S. Cosmopolita de S. M. Artesanos de la Colonia, de la cual el obsequiado ha sido uno de los fundadores.



Una Célebre Especialista

recomienda la aplicación de métodos sencillos para la conservación de la

Belleza

LA célebre especialista en materia de "belleza", Madame Charlotte Rouvier, dice: "en lo que respecta al cutis el abuso de afeites resulta un verdadero peligro para la salud. Las cremas, polvos y demás productos destinados a procurar una efímera apariencia de hermosura superficial, deben emplearse con mucho tino y discreción. La manera inofensiva y al mismo tiempo más segura para conseguir y mantener una tez perfecta, la constituye la constante y metódica aplicación de

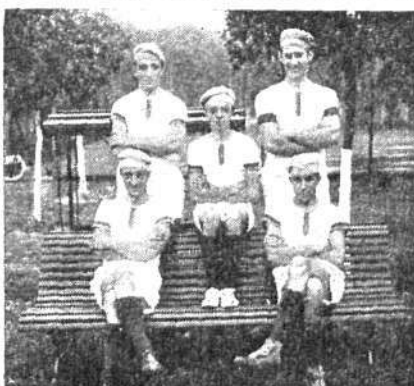
CERA PURA MERCOLIZADA

... inmediatamente antes de acostarse".



La 14.ª regata interna del Club de Regatas, una de las más importantes y atractivas fiestas deportivas, constituye un acontecimiento social por el selecto público que acude a presenciarlas.

Los vencedores de la carrera libre. Novicios: J. Ballent, E. Piaja, F. Ballent, D. Di Benedetto, R. Barcia, timonel.





Ganadores de la carrera de 700 metros: V. Agüedo, Alberto V. Grisototo, E. Burlando, timonel.



Carrera de mil metros, vencedores: R. Battini, G. Coll, O. Covarrubias, H. Martín, A. Osta.

LAS CANAS

envejecen en plena juventud.

No preocuparse de la apariencia personal a los 40 años, equivale a declararse vencido por la vida.

Una cabellera canosa sólo sirve para restar posibilidades de éxito en todos los órdenes de la lucha diaria y de relación.

Haga Vd. que sus canas recobren el color natural, por un procedimiento simple, agradable e higiénico. Unas cuantas fricciones con

AGUA de COLONIA

"La Carmela"

bastan para lograr el tono exacto, rubio castaño o moreno que se desee, al mismo tiempo que higieniza el cabello, extirpando radicalmente la caspa.

En venta en todas las tiendas, farmacias y perfumerías del país.
El frasco, en la capital: $ 8.00; en el interior: $ 8.50.

En Montevideo, calle Soriano, 780. - En el Paraguay, General Díaz, 402, Asunción.

J. L. CONDE & Cía.

Carlos Pellegrini, 426 — Buenos Aires

Regalo de Propaganda

Válido solamente hasta el 28 de Febrero.

Con el fin de que no haya un solo hogar argentino donde falten las CARTERAS "MARTI"

OFRECEMOS por SOLO $ 2.- m/n.

Una Cartera "MARTI" para ropa exterior de señoras, conteniendo

140 FIGURINES lo más "chic" en vestidos, trajes de calle y soirée; blusas, abrigos y capas, con sus **Y** **140 PATRONES** correspondientes, trazados a tamaño natural y graduados para todos los talles, desde el 42 hasta el 60

IMPORTANTE. — Solo atenderemos pedidos de una cartera por cada persona. Es indispensable enviarnos recortado este aviso al hacer el pedido.



J. L. CONDE & Cía. Carlos Pellegrini, 426 - Buenos Aires.

PAISAJES DE TIERRA ADENTRO



Yo tenía el alma torturada por tres grandes deseos: una mujer, la montaña y el mar.

De lo primero no hablaré hoy... ni nunca. Lo segundo he logrado ya verlo. Ahora sólo me queda por ver el mar. Pero no me apresuro, pues temo que «el mar» se me substraiga como se me substrajo la montaña.

Recuerdo que la primera vez que vi montañas había ochenta kilómetros entre ellas y yo. La mañana fría y serena daba a la atmósfera una diafanidad tal, que el macizo rocoso de Curumalán se apareció a mis ojos como una dilatada y dulce mancha azul. La suave y casi esfumada curva de la cima se grabó con encarnizamiento en mi sensibilidad, y desde entonces viví enamorado de mi visión y soñando en un dichoso día en que pudiera contemplarla de nuevo y de cerca.

Pasó el tiempo, y como las montañas no venían hacia mí yo fuí hacia las montañas.

Tras de todos los desengaños hay siempre una nota grata que recordar amorosamente. Así, yo acaricio ahora y acariciaré por mucho tiempo aún, el momento en que los macizos de Córdoba surgieron bruscamente de entre el ceñido follaje de la avenida.

Tengo los nervios tan sensibles y tan bien ligados a los ojos, al corazón y al cerebro, que las grandes cosas me hieren con un golpe triple. La impresión óptica, la idea y la emoción se suceden, con una rapidez tan extraordinaria que yo lo siento todo a la vez.

Así entonces. El cielo, de un azul perlado, sin una sola nube, parecía ser de por sí luminoso. No existía o por lo menos no se veía el violento insulto del sol. Y apoyada contra ese fondo celeste e igual, la cadena pétrea, gris, tranquila, brumosa, inmutable,

pareció decirme de pronto: aquí estoy. Sentí enronquecérseme la voz y me llevé las manos al costado. La silueta serena de la sierra se me había entrado en el corazón. ¡Ah, sierras, dulces y acariciantes borrones esfumados!

Estábamos lejos todavía y el tenue sudario de neblina les prestaba un extraño poder de fascinación. No había anfractuosidades ni colores violentos. El lila, el azul, el rojo, no puros, sino mezclados y reducidos, ondulaban y resbalaban determinando los relieves y los tamaños. Tan justa era la sensación de volumen y de redondez que producían, que no sólo desaparecía la idea de la piedra, sino que hacían pensar que quién las modeló, usó, más que de sus manos, de un soplo lento y blando.

Toda la apacible dulzura de las palabras de amor; toda la sedante mansedumbre del agua tibia; todo el consuelo que hay en una esperanza venturosa o en un recuerdo melancólico y lejano, parecía envolver la silueta azulina de la sierra. No tenían presente: eran, en mis sensaciones de aquel momento, como una cosa remota colocada en mi pasado o en mi futuro.

Empezamos a acercarnos. El camino de piedra trepaba valientemente dando grandes rodeos mientras los cerros se perfilaban cada vez más nítidos y concretos.

Dos horas después, ya en plena sierra, buscaba yo desconsolado aquel nimbo de misterio y de placidez. Se había disipado o quedó en el camino, antes de llegar, o quizá lo tenía yo en el alma... Pero ya no se veía. Las sierras habían ido desapareciendo con nuestro andar, y ahora las rocas bravas y la vegetación sufrida y áspera me decían claramente que habíamos llegado a un mundo donde cada cosa tenía un nombre y donde no ocurran errores ópticos que idealizaran las escuálidas apariencias de los cuerpos.

Las montañas me habían defraudado. Pero no me disgusté; yo ya sé que es cierto aquello que dice la Mistral: «que el amor es lo que está en el beso y no es el labio».

Desde entonces he visto nuevamente sierras. Largos viajes he hecho con la inseparable compañía de la cadena cordobesa. La he vuelto a ver en su halo de neblina, casi inmaterial, casi flotante; otras veces agreste y salvaje cuando me acerqué hasta ser indiscreto... Y una tarde, una inolvidable tarde tranquila que empezaba a acabarse, la vi, sombría, adusta, trágica, con el ocaso detrás. Las rayas de sangre sobre los bordes de las nubes encontraban no sé qué eco apasionado y doloroso en el calor casi negro de los montes. Y la concurrencia del gris pizarra de las sierras, el escarlata de las nubes y el acabarse de la tarde, creaban una atmósfera tal de tragedia y de muerte, que hacía pensar involuntariamente que la montaña entera agonizaba, desangrándose por la boca roja de quien sabe qué secreto dolor.

EL RIO TERCERO

TENÍA ante mí dos caminos distintos por los que era dueño y señor de decidirme: uno el galpón de locomotoras; otro, el río Tercero. No vacilé gran cosa para optar por este último, a pesar de que las máquinas constituyeron en un tiempo no lejano la gran pasión de mi vida... Pero yo me dije: el secreto de las máquinas lo llevo ya en el cráneo; ahora quiero sentir en mi carne la sensación de los otros secretos; el del agua clara, por ejemplo, el de su síntesis maravillosa, el que hace perder la levedad y evanescencia a dos gases puros para constituír el milagro del cristal ondulante. Aquí también se ve la huella de una mano mágica.

Y heme ya en el río. A la izquierda un puente negro y recio, de vigas T, que a quince metros de alto se lanza hasta el otro borde del río. (Estática pura, y de las buenas). A la derecha, la pared azul del cielo. Y uniendo los dos fondos, las barrancas paralelas, como las otras dos paredes de un enorme cajón sobre cuyo piso de rocas pasa el Tercero.

El agua clara, pura, sin color, tal como la describe la Química, corre desde la cercana sierra, donde nace, hacia el llano. Y entre la fuente y el desaguadero, la vertiente implacable que hará que siempre el río corra de la montaña hacia el llano y jamás del llano a la montaña. Pendiente que no es sensible a los sentidos humanos, pero que matemáticamente, irremediablemente obra, imponiendo al curso de agua un caudal, una velocidad y, en resumen, todas las características de su régimen. Como se ve también ellos tienen un sino a quien obedecer.

El canto de los zorzales que viven a sus anchas y por docenas en el reposado lugar, lo oía como «contenido» dentro del inmenso silencio. ¡Qué efecto raro producen en la imaginación, la soledad, el canto de los pájaros libres y el espectáculo de un curso de agua que, como el Tercero, corre y corre murmurando siempre lo mismo! Yo nunca había visto un río de montaña, es decir, un río que, por su velocidad, la constitución de su lecho y su transparencia, recuerde que ha bajado poco antes de la sierra. El Tercero, en esto, es típico, inconfundible.

De él yo recordaré con insistencia, más que otra cosa, la diafanidad de sus aguas y los millones y millones de «ripios» que forman su fondo. Pero sobre todo, lo que me ha admirado hasta hacerme cerrar los ojos, es que cada una de las piedras que constituyen esos millones, está redondeada, dulcificada por la acción paciente de las aguas. ¡Toda la labor y la enorme suma de paciencia y tenacidad que habrán sido necesarias para que la seda del agua haya podido cambiar la arista cortante y bravía en una curva suave y lisa que tiende a la esfera!

El río quizás creería, al comenzar la marcha, que su misión era rodar y rodar, limando siempre el lomo hostil de sus guijarros. Pero se equivocó, sin duda, porque ahora que la tarea está concluída, ¿por qué corre aún? ¡Pobre Tercero; tampoco él sabe ya para qué anda en el mundo!

CAMPOS DOLOROSOS

ENTRE el llano raso pero culto, útil a la labor del arado, y la silueta gris de las sierras; camino de Córdoba y partidos en dos por los carriles del tren: ahí están. La naturaleza parece haber volcado en ellos todo lo que en el hombre puede producir la sensación de lo árido y lo doloroso. Tierras abandonadas o que jamás fueron habitadas por otra cosa que bestias hechas a la vida montaraz, no provocan la ambición de nadie y van quedando como al margen del progreso que arrastra a otras regiones menos duras, para dar al viajero que pasa el espectáculo mortificante de su existencia sufrida y heroica.

La tierra rojiza, calentada fuertemente por un sol que hiere firme de punta a punta del día, está sembrada de chañares, talas, pencas, tunales, algarrobos. Toda la flora bravía de los lugares donde la existencia hay que disputarla diariamente a las fuerzas hostiles de la naturaleza.

Jamás he visto yo tantas espinas juntas ni tantas formas adustas y desoladoras. No se ve allí una hoja verde sobre la cual la vista pueda abandonarse a una sensación de bienestar. Sólo el amarillo rojizo, monótono e igual se extiende desconsola-

dor por la tierra y sube y se diluye sobre la vegetación como una extraña y triste luz de eclipse solar. Tampoco hay formas dulces, redondeadas, graciosas.

Eso es un lujo que no se conoce en la aridez rencorosa de aquellas tierras. Las ramas se extienden rígidas y se doblan en ángulos vivos, cortantes con no sé qué de convulsivo y de epiléptico. Los nudos de los troncos se abultan grotescamente; las espinas se multiplican y se aguzan; las hojas se resecan cediendo sus jugos a las raíces que se parten de sed. Todo habla allí a gritos de costumbres sobrias, de esfuerzos heroicos, de vida difícil y atormentada por sacrificios sin cuento.

Las ramas no conocen los balanceos de la brisa. La agresividad del medio las ha puesto inflexibles; no pueden ondular, y si alguna vez se agitan con el viento que pasa, en su conmoción sin gracia se adivina el hábito de la tenacidad, de la resistencia sostenida. Viviendo en perpetua lucha con la ingratitud del suelo, esos árboles no han tenido tiempo para dar a sus hojas la virtud de temblorear deliciosamente, como en los álamos, ni a sus ramas la de abandonarse a las muelles indolencias de la brisa, como el sauce. Y por eso son así todos, sin gracia, ásperos, hirsutos.

Si se les hiere manan lentamente, con una pesadez dolorosa, humores ácidos y de intensa viscosidad. ¡Pero quién se atreverá a herir a uno de aquellos árboles! Están armados de espinas con una prodigalidad que desconcierta, y por si las espinas no constituyeran de por sí un blindaje inexpugnable, en las puntas, agudas como puñales, han puesto la ponzoña. ¡Nada les falta para ser amargos! Y ahí están trágicos, torturados, levantando hacia arriba sus brazos y expresando con el gesto no sé qué terrible blasfemia. Porque es cierto: nadie pensará, al verlos así, que oran o que reposan. Esas ramas desnudas de hojas, en las que ni un nido enreda su malla de amor, y que se alzan así, como en un crispamiento convulsivo, mostrando a los pájaros que pasan su formidable artillado de espinas, no pueden sino blasfemar. Blasfemar y rebelarse contra el sol que quema como brasa viva; contra el suelo reseco, exprimido y estéril; contra la nube de polvo calcáreo que como un manto calcinante cae sobre la selva cuando el viento sopla.

¿A qué o a quién debían sonreír? Nada deben a nadie: hostilidad y rebeldía para todos, pues. Que canten los felices, los contentos, los satisfechos. Ellos no. Porque de la tierra reseca sus raíces no extraen otra cosa que el dolor de vivir, traducido en amargos jugos que luego se entregan al torrente circulatorio para llevar a cada una de las ramas esa expresión de muda tragedia.

Y así como habría perdonado a un hombre el espectáculo de su frente quebrada por los sufrimientos, perdoné también a estos campos dolorosos la visión amarga que me ofrecieron en el único día que los vi.

FÍN

LUIS A. ROSSI

De Lomas de Zamora

Parte de la selecta concurrencia que asistió al "Garden Party" realizado en la Quinta Las Palmas de los esposos Pereyra Naón, en honor de la Comisión Auxiliar de Damas del Hospital Luisa C. de Gandulfo, que obtuvieron un brillante éxito en la reciente colecta pública.





Comisión Auxiliar de Damas en cuyo honor realizóse la fiesta antedicha.

DESEAR ES VIVIR

La sabia mano invisible que eslabona los destinos del hombre, está poniendo constantemente ante sus ojos las pompas alucinadoras del deseo. Brilla una y corremos desalados tras ella. Cuando la alcanzamos, estalla y se convierte en nada. Pero entonces surge otra y luego otra, y nosotros seguimos persiguiéndolas incansablemente.

Pero ¡cuántos sufrimientos nos asaltan en ese correr perpétuo tras las frágiles pompas! Fatiga, depresión nerviosa, malestar general y dolor de cabeza, son las consecuencias más comunes de nuestras diarias luchas. ¡Qué bendición tan grande es, en tales casos, una dosis de

CAFIASPIRINA!

No sólo se obtiene alivio inmediato, sino que el organismo experimenta una saludable sensación de fuerza y bienestar. Su eficacia es idéntica tratándose de dolores de muelas y oído; neuralgias; excesos alcohólicos; resfriados, etc. **Nunca afecta el corazón.**

En tubos de veinte tabletas y **Sobres Rojos Bayer** de dos tabletas cada uno.



De San Isidro



El salón del "Real Club" durante el desarrollo del programa cinematográfico de la fiesta dada a beneficio del Taller de San Antonio.



La Comisión de señoritas que auspició la benéfica función, cuyos resultados fueron en extremo halagüeños.

LOS JUDÍOS Y LOS BOLCHEVIQUES

Se ha publicado una estadística de la proporción en que las nacionalidades entran en la composición de la administración *bolchevista en 1921*.

De 503 altos funcionarios del Estado en Rusia, *406 son judíos; 24 solamente son rusos*. Hay también 34 letones, 12 alemanes, 12 armenios y tres finlandeses.

La opinión pública informada por 41 periodistas, de los cuales 40 son judíos y el 41 es Máximo Gorki, que, según algunos merece serlo.

La comisaría del Interior dirigida por el judío Appelbaum, más conocido con el nombre de Zinowief, comprende 64 miembros, de los cuales son rusos dos, 11 letones, tres armenios. dos alemanes y un polaco.

En la comisaría de Negocios Extranjeros, dirigida por Tchicherine, y que él solo representa al elemento ruso, hay 19 judíos, un armenio, un alemán y un polaco.

La comisaría de Justicia, con Trotsky, la forman 18 judíos y un armenio.

En Instrucción Pública hay dos rusos y 44 judíos.

El consejo de comisarios del pueblo consta de 24 miembros, de los cuales 17 son judíos.

Flor de Abatí



ERA de la más pura sangre guaraní. Los Irala la recogieron cuando tenía siete años, en el pueblo in iio de Yaguarón, y se la llevaron a la Asunción durante el verano, uno de esos veranos infernales del Paraguay.

Lloraba la chica con misteriosa angustia. La madre acababa de morir de una fiebre maligna, y del padre no se tenían noticias desde que la pequeña naciera.

—¡Pobrecita!...

Carmen Irala, con la huerfanita sentada en sus rodillas maternales, acariciaba los cabellos rebeldes, besaba las morenas mejillas.

La chica gemía en guaraní, y sus bracitos flacos se aferraban a la señora de Irala con infinita congoja, como si comprendiera que aquel amor generoso que se le brindaba era lo único que tenía en el mundo.

—¡Pobrecita!...

Alejandro Irala, contemplaba gravemente a la huérfana, acurrucándose entre los brazos de su adorada y estéril mujer.

— Bueno, como quieras...

Y esta fué la adopción de Margarita.

NUEVE años más tarde, los Irala residían en París. Tenían un departamento frente al Trocadero. Desde los balcones del departamento, veíase la silueta ciclópea de la Torre Eiffel.

—¿Y Margarita?

Carmen Irala, que era hermana de mi madre, sonrió.

—Ha progresado bastante. De Asunción, como sabes, la llevamos a Buenos Aires cuando tenía catorce años. La enviamos a uno de los mejores colegios. Aprendió pronto, inglés, francés, el piano. París no le gusta. La hemos llevado a Italia, Suiza, a España. ¡Margarita!

Una mujer de carnes morenas y triunfales, de ojos magníficos, negros y misteriosos, apareció.

—¿No te acuerdas de mí, Margarita?

Los ojos misteriosos me miraron con atención profunda.

—¡Ah... sí!...

Carmen Irala advirtió mi admiración, y frunció un poco el ceño.

—¿Te gusta Europa, Margarita?

—Mucho frío hace en este país... —dijo, con el dejo pausado de los paraguayos, acercándose a la ventana. La nieve de febrero descendía malancólicamente sobre la Plaza del Trocadero.

—Mucho frío...

Carmen me arrojó una rápida mirada.

—¿Quieres tocar algo, Margarita?

La hermosa muchacha se dirigió al piano.

Sus dedos largos y morenos corrieron por el teclado, y Mozart alzó la gloria del «Adagio» en el departamento silencioso, mientras la nieve caía sobre París.

Yo miraba el rostro de la hija adoptiva, los enormes ojos adormecidos, y me aproximé a Carmen.

—Su alma está donde nació...

Carmen exhaló un leve suspiro.

—Dices la verdad... Está soñando con su aldea, aquí, en París.

—Flor de «abatí», no podrá vivir más que al borde de la selva —dije, y el semblante de mi tía se entristeció.

—¿No tiene algún pretendiente?

—Varios... Ha inspirado algunas pasiones... Pero, tú sabes que quiero casarla como una señorita... Tiene una educación superior... Heredará nuestra fortuna... Alejandro y yo la hemos querido y la hemos criado para eso.

Terminado el «Adagio», Margarita cerró el piano, y salió. Su hermosura tropical era realmente diabólica...

Esa noche me despedí de los Irala, después de cenar con ellos. Al subir a un «taxi», miré las ventanas del departamento, y vi a Margarita. Con el rostro pegado a los cristales, miraba caer nieve.

UN olor de tierra calcinada, un aroma de selva en diciembre, flotaba bajo el azul del cielo. Yo llegaba del Sur, de una estancia lejana incrustada en las zonas del arroz. Me incomodaba y me inquietaba una picadura de víbora en una pierna. Con el calor y la humedad, la herida supuraba sin cesar. La pierna se me hinchaba cada vez más.

El caballo, exhausto y sediento, entraba en el pueblito. Un pueblito miserable con ranchos de barro y perros flacos.

El dolor me atormentaba.

Llegué frente a un rancho, y llamé. Unos perros dormitaban frente a la puerta.

Salió un hombre, alto, cetrino, de largos y caídos bigotes tártaros. Era tres cuartos indio. Una camisa azul, un pantalón blanco y un ancho sombrero constituían toda su vestimenta.

Le expliqué mi situación.

Perezosamente, el hombre se apoyó contra el rancho y lanzó una exclamación casi ininteligible en guaraní.

Y fué en ese instante cuando vi aparecer a Margarita Irala, con un chico en brazos y otro de la mano.

Estaba un poco marchita. Ya no era, no, la mujer magnífica de París. Vestía como las mujeres del mercado de Asunción, limpia, pero pobremente.

Me reconoció en seguida, sin turbarse.

Ayudóme a bajar del caballo, mientras el marido nos miraba con indiferencia.

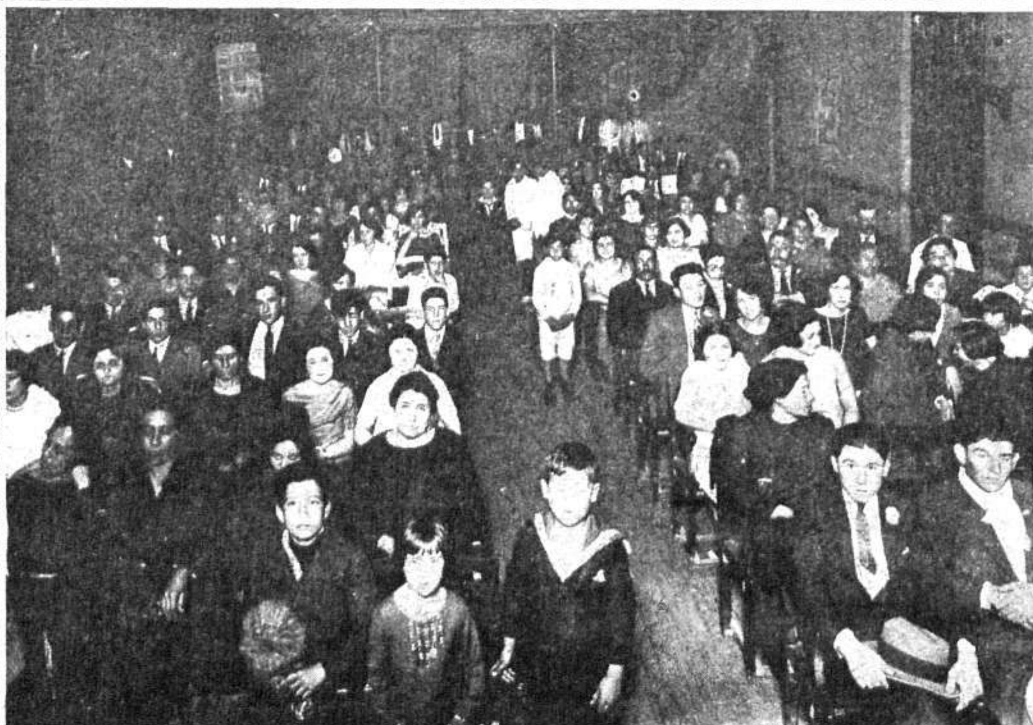
—¿Qué quiere, señor? Yo me moría, allá, en Europa... Hace tanto frío en esos países. Buenos Aires y Asunción tampoco me gustaban... Y aquí estoy, en el Yaguarón, otra vez... Ese es mi marido, y estos son mis «membú»...

La flor de «abatí» había vuelto a la selva.

Hector Pedro Blomberg

Fin

De Ramos Mejía, F. C. O.



Público que concurrió al festival artístico y danzante organizado por el Círculo "Los Independientes" a beneficio de la biblioteca social.

UN ROBO EN MAR DEL PLATA

CUENTO

Estoy hecha una haragana — se dijo Elina. — He llegado a Mar del Plata hace un mes, y aun debo mis crónicas del balneario a la pobre tía Clara que tanto goza leyéndolas en su rincón de Córdoba. Es menester que hoy mismo encuentre tema para escribirle una larga carta.

Pensando en esto había salido de su casa a las doce y media, después de almorzar temprano, con intenciones de ir a pie hasta el Torreón. Sola, entre las rocas que el océano baña, daría rienda suelta a la imaginación para desmenuzar en el papel alguna idea.

Iba caminando por la Avenida Luro, y no cabía duda de que el balneario estaba en plena actividad veraniega.

¡Qué movimiento, qué ruido, qué fatigoso ir y venir!

Grupos de alegres chicas regresaban de la Rambla, sombrero en mano, luciendo al sol sus graciosas melenas; tranvías repletos dejaban, al pasar, el zumbido de moscardón de su tracción eléctrica; aquí y allá, enjambres de criaturas revoltosas, automóviles huyendo como locos, chicos *diareros* que se desgañitaban gritando a todo correr, vendedores ambulantes, motocicletas desenfrenadas, lanzando al espacio todas las furias del universo... Una algarabía envuelta en la ventolera del travieso pampero que daba al cuadro su nota cómica, modelando con descaro las flacuras o plenitudes de cada cual. Y de todo ese abigarrado conjunto de seres y de cosas, fluía la alegría, obra, sin duda, del germen saludable y bonachón que vagabundea en el aire tan puro de Mar del Plata.

Frente a la Rambla, que a esa hora desagotaba su ola de concurrencia, culminaba el hervidero humano. Después, más lejos, ya en el Paseo General Paz, el aspecto de las cosas fué calmando.

Anduvo Elina largo rato junto a una hilera de coches y de automóviles que parecían esperar su turno de mal humor, tumbados hacia un lado de la calzada.

En las canchas de tennis, algunas parejitas se aburrían lanzándose la pelota con elegante desgano. El sol quemaba. Un perro iba al trote, con la lengua colgando. Las fuentes del paseo echaban resignadas, su eterno chorro de agua.



CUANDO LLEGÓ A LA RAMBLA, ESTABA SIN ALIENTOS.

Bajó a la playa y siguió su camino en dirección contraria a la de los pocos paseantes que aún quedaban por ahí. De este modo llegó a las rocas y pudo al fin acomodarse entre dos peñas grandes que la protegían del sol.

Hacía calor y el mucho andar la había cansado.

Estaba completamente sola. El mar le enviaba el cuchicheo de sus saladas brisas. Las olas, mansas y espumosas, llegaban a la orilla como alegres corderitos jugando en la verde pradera. Sobre la arena color canela se esparcían piedras moradas, amarillas, rojizas, grises, reflejándose en el agua dormida de los charcos formados por la baja mar. El aire olía a mariscos.

Elina entornó los párpados, respirando a gusto.

Y estaba así, mirando vagamente un punto del océano, cuando oyó detrás el ruido característico de un salto, y en seguida otro más.

Las peñas que la protegían del sol, formaban un recoveco, ocultándola bien. Nadie podía verla desde atrás. Ella, en cambio, sí, por una pequeña grieta de la roca.

¿A ver?

Eran dos hombres jóvenes, flacos, regularmente vestidos y de muy desigual estatura. Se habían acercado a una gran piedra de forma singular, inconfundible, que estaba echada sobre el pasto de la barranca.

— ¿Aquí? — señaló uno de ellos.

El otro dijo que sí con un gesto sobrio y en seguida el más bajo de los dos se puso a ahondar el hueco formado por la piedra y la barranca, mientras el compañero observaba los alrededores con mirada inquieta.

Hola. Era sospechosa esa maniobra. La una y media de la tarde. No había nadie por ahí. Elina empezó a inquietarse. ¡Hum!

— Basta — dijo de pronto el hombre alto, dándole al otro una cajita de lata de regulares dimensiones, que aquel se apresuró a ocultar en el hoyo, en tanto que el primero arrastraba con esfuerzo una piedra grande y la tumbaba a la entrada del hueco.

¡Un robo! Estaban ocultando el producto de un robo. Era evidente. ¡Y ella, sola! Los hombres no podían verla desde atrás. Pero si se les ocurría pasar

por delante... Le entró un miedo muy grande. Quiso echar a correr, y a duras penas se contuvo. Calma, calma. Nada de hacer imprudencias. Tal vez se fueran por donde habían bajado.

Volvió a mirar otra vez, pero un intempestivo estornudo la obligó a taparse la cara bruscamente, para tratar de ahogarlo.

¿La habrían oído?

Casi incrustada en la roca, esperó inmóvil, asustadísima.

Los minutos le parecían siglos. Al fin, como nada viera ni oyera, tentó otra mirada a través de la grieta.

Los ladrones habían desaparecido.

Entonces respiró profundamente. ¡Qué alivio!

Además, ya no iría a estar sola. Pasada la hora del almuerzo, volvía la gente a invadir la costa.

Y de repente le entraron unos grandes bríos.

Dejó el escondite, se orientó y saltó de peña en peña hasta llegar a la de forma inconfundible que se apoyaba en la barranca. Con desesperado esfuerzo dobló hacia un lado la piedra que tapaba el hueco, y, arañando el suelo con el frenesí de un perro ratonero, extrajo la cajita de lata y la abrió. Tiró nerviosamente de la punta de un pañuelo que envolvía el contenido, cayendo entonces sobre su falda varios anillos con piedras preciosas, un *pendantif* de diamantes, un pequeño collar de perlas... Basta. No quiso ver más.

Con mano temblorosa puso todo en la caja y echó a correr hacia la Rambla.

No recordaba cómo llegó. Sabía que medio se recalcó un codo al resbalar por una piedra; que por correr dió un traspié y cayó de boca en la arena, y, en fin, que la gente la veía pasar con extrañeza.

Cuando llegó a la Rambla, estaba sin alientos. Se le acercó en seguida un conocido:

— ¿Qué tiene, Elina, que le pasa?

— Nada, Carlos. Pero, dígame: ¿usted conoce al Comisario?

— Sí.

— Entonces acompáñeme. Acabo de descubrir un robo.



SE PUSO A HONDAR EL HUECO FORMADO POR LA PIEDRA Y LA BARRANCA, MIENTRAS EL COMPAÑERO OBSERVABA LOS ALREDEDORES CON MIRADA INQUIETA.

— ¿De veras?... ¡Qué me dice!... Pero usted está muy cansada. ¿No prefiere que hable por teléfono a la Comisaría?

— Sí, eso es. Que vengan pronto.

Y, mientras Carlos pedía la comunicación, empezaron a llover las preguntas y los comentarios de los circunstantes.

Una hora después estaba Elina sentada nuevamente en las piedras del Torreón.

Trabajo le costara huír de la Rambla, donde la acosaron a preguntas, porque en el acto había corrido la voz, convirtiéndose así en heroína de tan sencilla y vulgar aventura.

Había entregado las joyas al Comisario de Policía, quien ya tenía conocimiento de un robo de alhajas efectuado ese día en el chalet Devoto. Y sus pesquisantes seguían la pista a dos individuos sospechosos cuya filiación coincidía con la que ella diera. Así es que todo se había solucionado perfectamente bien.

Sentada en el mismo cómodo recoveco de antes, trató de calmar sus emociones. Pero no podía. Las alhajas, los ladrones, sus terrores y sus valentías, los distintos desenlaces a que la hubiera podido llevar esta aventura: mil detalles y sensaciones le acribillaban la imaginación.

Mientras tanto, las rocas se habían llenado de paseantes que cruzaban a cada rato frente a Elina distrayéndola más aún.

Comprendió que era inútil permanecer en la playa. Se puso de pie, y al levantar la vista, se halló frente a dos hombres que la observaban.

Palideció:

¡Los ladrones!... ¡Eran los ladrones!

— Usted ha sido, canalla — le dijo el más alto, avanzando hacia Elina con ademán feroz.

La pobre dió un grito espantoso...

Y despertó.

....

Se había quedado dormida entre las rocas. El robo de las alhajas no había ido más que una pesadilla.

Pero ya tenía tema para escribirle a tía Clara una larga carta.



GRUPOS DE ALEGRES CHICAS REGRESABAN DE LA RAMBLA, SOMBRERO EN MANO, LUCIENDO AL SOL SUS GRACIOSAS MELENAS.

CAROLINA ADELIA ALIO

De Zárate



Núcleo de familias que asistió al picnic organizado por la Agrupación Juventud Israelita Zarateña, en el arroyo Ñacurutú.

EL OBRERO

Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas hayan volado en polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad o de igualdad aristocrática y ese título será el de obrero. Esta es una aristocracia imprescriptible, porque el obrero, por definición, es el hombre que trabaja, es decir, la única especie de hombre que merece vivir. Quien de algún modo no es obrero, debe eliminarse, de la masa del mundo; debe de dejar la luz del sol y el alimento del aire y el jugo de la tierra, para que gocen de ellos los que trabajan y producen; ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga o de la veta; ya los que cuecen con el fuego tenaz del pensamiento, el pan que nutre y fortifica las almas; todo gremio, toda colectividad profesional, tiene necesidad de asociarse, de unificarse, de adquirir personalidad cooperativa para pensar en el conjunto de los intereses sociales.

El trabajador aislado es el instrumento de fines ajenos, y el trabajador asociado es dueño y señor de su destino. — José Enrique Rodó.

Notas Sociales

El interés de la vida colectiva se concentra dentro de la gran ciudad, a pesar de la dispersión de tantos elementos indispensables a la observación incesante; *se concentra y nos cautiva en sus mil distintas actividades* y matices, sobre todo, a las que sabemos comprender y amar la vida a pesar de todas sus vicisitudes, porque cada hora, o cada acontecimiento que represente alguna de sus palpitaciones intensas, nos ofrecen tema para comentar los grandes como los pequeños hechos del diario vivir. Se han alejado de nuestra órbita inmediata, las escenas brillantes que constituyen nuestra vida mundana, pero esta existencia nuestra, de la que ella es sólo una de sus fases, nos ofrece cada día temas que deben interesarnos vivamente, ahora que la mujer constituye una *fuerza nueva* en la sociedad renovada, y que, con *voluntad suave y con su gracia llena de energía* (1) ocupa digna y serenamente el rango que la corresponde en la vida moderna.

Como todo ser humano — consciente, por supuesto — aspira, o mejor dicho, aspiramos al eterno ideal; se nos ha enseñado, que el ideal moral consiste en la virtud perfecta, y también — ahora que acostumbramos leer a Tolstoi — què el ideal científico es la verdad purísima... Entonces, para mantener dentro de nuestro espíritu la fe que es la fuerza de nuestra vida, esa fe que es esencia de la divina luz, anhelamos que ella brille y arda con calor de justicia y de sinceridad absoluta. La simulación emana casi siempre — a mi entender — de espíritus mediocres, y ya que consideramos la sinceridad como el don más precioso que hayamos recibido del Altísimo, no podemos conformarnos hoy — como mujeres y como creyentes — a que en determinadas circunstancias y bajo el dominio de sentimientos apasionados, se interprete tan dolorosamente la divina doctrina de Jesús de Nazareth... Vivimos apenas los primeros días del Año Santo, jornada de paz y de justicia, de verdad augusta, intensamente luminosa: anhelamos hoy, con fervor intenso, que ese ideal inaccesible al parecer, pueda hacerse carne en el espíritu de la mísera humanidad, y sobre todo, en el verbo de los que hayan elegido la misión de predicar con el ejemplo.

Rechacemos, pues, con nuestra voluntad suave, pero plena de energía, toda práctica que revele un acto de simulación, toda práctica que tienda a falsear ese ideal de verdad y de virtud que sustenta nuestro corazón de mujeres y de creyentes.

(1) B. Dangennes: *La femme moderne.*

Se han alejado, pues, de *nuestra órbita inmediata*, las escenas brillantes de nuestra figuración mundana, pero no por eso dejamos de percibir las luminarias *de la fiesta permanente, allá, en la Feria de las Vanidades*, o aquí más cerca, en los alrededores de la gran ciudad. Cuentan las crónicas, que entre los accesorios indispensables de la coquetería femenina, sobre todo para una elegante que se respete, ocupa lugar de preferencia un ilustre *coiffeur* parisino, especialista por la seguridad con que da el corte clásico — no sé si de tijera o de navaja, — a las cabelleras de las bellezas más celebradas de la aristocracia porteña: se trata sin duda de un *Leonard* (1) ultramoderno, que, en vez de levantar con exquisita elegancia la sedosa mata de cabello entretejida con perlas o diamantes, la sacrifica cruelmente en homenaje a los caprichos de la moda. La moda es así; consecuente siempre con las iniciativas más singulares. Ahora se asegura que las finas y aristocráticas figuras que veranean en la luminosa playa del sur, para las que ningún recinto resultaba lo bastante cerrado o selecto, han elegido como punto de reunión «ultra-chic» un local frecuentado por elementos muy diversos por cierto; lo esencial es, hallar la nota nueva... esta vez parece que la moda hubiera desdeñado sus leyes de riguroso exclusivismo.

Y, para terminar, séame permitido repetir el apodo conque se señala a una *arrogante y hermosa figura* femenina, de brillante actuación dentro de nuestros círculos aristocráticos, como en el mundo oficial: la *niña Mentira...* ¿Por qué? Pues porque parece hermosísima, y *no lo es*, en la forma perfecta que aparenta: porque la lozanía de esa belleza sugiere que vive la primera y riente etapa de la vida, y, sin embargo, ella va serena e inconmovible, vida adelante, en pleno esplendor dorado del verano... y porque florece todo aquel encanto suyo en un hogar que no es el propio.

La dama duende.

Enero, 22, 1925.

(1) Peluquero de la reina María Antonieta.

La oración matinal

Pasa el nocturnal descanso
Y el caserío despierta.
La aurora de puerta en puerta
Esboza un claro remanso.

Como una nave velera
Huye en el cielo una nube,
Y hasta el infinito sube
Con la brisa mañanera.

Abre el sol su cáliz de oro
Sobre los campos floridos,
Dando calor a los nidos
Entre el follaje sonoro.

Dos bandadas de aves pasan
Rumorosas y contentas;
Como rosarios de cuentas
Se alzan juntas o entrelazan.

Campos, montes, aves, flores,
Con el aura tempranera,
Conjugan en primavera
Jubilosos sus amores.

Y como blanca visión
Hasta el solio de Dios sube,
La inquieta y ligera nube
Que transporta mi oración!

Clarisa G. de Diego Arbó

Necrología



Señor Alejandro Michel cuyo reciente fallecimiento ha repercutido dolorosamente en los círculos comerciales de esta ciudad, donde el extinto ocupaba un destacado lugar. — Capital.



Señora Aurora A. de Aseño. — Quilmes.



Señora Arminda Poli de Paris. — Caballito



Señor Rafael Fernández. — Capital.



Señor Alfonso Vermeulón. — Capital.



Señor Eduardo Anfiero. — Capital.



Señor Pablo Calaccio. — Rosario.

UNA FRASE DE RENÁN

Gastón Boissier, el antiguo secretario perpetuo de la Academia Francesa, era un caluroso partidario de la reforma ortográfica.

Llegó un día, muy alegre, a casa de Renán, su colega de la Academia y del Colegio de Francia.

— Le anuncio a usted — le dijo — una noticia que le va a humillar mucho; mis autógrafos se venden más caros que los suyos.

— ¿Y cómo lo sabe usted?

— Ayer, en el hotel Drouot se subastaron dos cartas, una de usted y otra mía. La de usted se adjudicó en tres francos y la mía en cinco.

Renán respondió sonriendo:

— En su lugar no estaría yo muy orgulloso. Si su carta se ha vendido más cara que la mía es porque contiene tres faltas de ortografía. Soy yo quien la ha comprado, para que no empañara el buen renombre de la Academia.

E L   B E S O

BARBAS sufrió, en efecto, esta desgracia. Como un transeunte inofensivo es alcanzado en mitad del pecho por una bala perdida; o como arrancada por el huracán, pudo caerle una chimenea en la cabeza, Barbas, en un instante, se encontró espantosamente rico, por una sucesión absurda de circunstancias que parecían sacadas de las combinaciones más difíciles de un vodevil. Entonces, como un enfermo que busca su pierna amputada, o un loco su alma evadida a través de los sueños, él buscaba su divina, su bien amada Pobreza, su compañera de todos los minutos su maternal consuelo, la paciente inspiración de sus obras maestras. Pero, felizmente para él, Dios se la ha devuelto, ha entrado de nuevo en su verdadera piel, y ha podido otra vez pensar y soñar en soledad.

Barbas no fué nunca un bohemio, cosa horrible; es un pobre, un verdadero pobre, respetado *de sí mismo* y de todos y que vivía con la más irreprochable dignidad. Conocidas son esas maravillosas páginas litográficas, en las que, resucitando con el más personal de los estilos un arte injustamente olvidado, dibuja, en una serie titulada *Visiones*, todo un ciclo de imágenes extraterrestres, de prodigiosa y rara intención psíquica y, para el gusto religioso del filósofo, mil veces más verdaderas que la Realidad Impresas al principio solamente en algunos ejemplares estas composiciones, donde el ideal estampado se hace visible, fueron poco a poco apreciadas por un grupo de aficionados escogidos, bastante numeroso para que Barbas pudiera tirar doscientos ejemplares. Desde entonces, este gran artista saboreó la felicidad completa; porque, independiente de todo y de todos, dueño de sí mismo, no obedeciendo más que a su pensamiento y a su genio, pudo pagar puntualmente los gastos de su publicación, y, además, subvenir con largueza a sus necesidades, cuya satisfacción exigía una suma fácil de apreciar.

En efecto, Barbas habitaba, bajo los tejados, en la calle de Fleurs, una buhardilla, felizmente alumbrada por un hermoso y ancho tragaluz y guarnecida con muebles de madera blanca que él mismo había fabricado. Bebía agua que iba a buscar a una fuente bastante alejada de su casa, y se alimentaba con pan, al que añadía los días de gran opulencia un pedazo de carne de treinta a treinta y cinco céntimos, que asaba en el rescoldo de su chimenea. No fumaba y vivía absolutamente casto. Además no compraba nunca lápices litográficos. Los mismos que compró cuando empezaba subsistían siempre, rotos, quebrados en pedazos. Cogía aquellos fragmentos y hábilmente encontraba el ángulo inesperado, que, solicitado con talento, da al dibujo movimiento y vida.

De este modo, Barbas parecía haberlo previsto todo; pero ¿quién puede alabarse de ser completamente sabio? Una mañana recibió una carta del señor Jame, notario, rogándole que pasara por su despacho. Cometió la imprudencia de acudir a la cita, y, sin preparación, sin recurso, sin que nadie la pudiera gritar: ¡ten cuidado! supo que era rico, dueño de cuatro millones. He aquí por qué serie de aventuras. Barbas era hijo de un ebanista, restaurador de muebles, establecido en una tienda de la calle de Monsieur - le - Prince, donde le iban muy mal los negocios. A más del hijo que más tarde debía ilustrar su apellido, aquel obrero tenía otro hijo, mejor dicho, una hija, llamada Berta, coqueta y gran amiga de leer novelas. Cuando tenía quince años se la llevó una especie de maltés de Commino, llamado Jano Sgarbi, a quien el padre de Barbas había acogido en su casa y había proporcionado trabajo. Aquella pareja, de de la que no se había oído hablar en veinte años, había prosperado. Después de ser marinero, pirata, negrero, Sgarbi, ya medio enriquecido merced a los oficios menos confesables, se estableció en la India, en Benarés, donde primero vendió telas de algodón y de lana, muselinas de Dacca, mercancías inglesas recibidas de Calcuta, más tarde diamantes y piedras preciosas. Murió sin haber tenido hijos, y como no conocía ningún pariente en toda la redondez del globo, dejó todas sus riquezas a su mujer, Berta que no tardó en seguirle. Pero en sus últimos momentos, aquella parisiense se acordó de su hermano, y por medio de un testamento perfectamente legal, que encargó al cónsul de que lo hiciera llegar a Francia, nombró a José Barbas su heredero universal.

No había que darle vueltas: era riquísimo y, aunque abrumado por acontecimiento tan intempestivo, sintió su cerebro cruzado por un fulgurante relámpago de buen juicio y se trazó su plan, el único razonable. En efecto, Barbas resolvió continuar sus trabajos y vivir lo mismo que antes, como si no fuera rico, descuidando por completo este punto de vista frívolo e inútil. Por consejo del notario Jame, dejó todos sus fondos en el mismo sitio donde estaban depositados, en la sólida y seria casa de banca de José Leblan, y se juró que dicho banquero, al que no había de pedir dinero nunca, no le llegaría a ver la cara. Pero el artista no había contado con la blanda, con la imperiosa, con la desgarradora piedad. A partir de aquel momento no pudo saber que un artista se veía apurado, o abandonado por el éxito sin acudir inmediatamente en su socorro. Pero hizo algo peor todavía. El viejo y gran pintor Eugenio Larco había vendido en setenta y cinco mil francos al americano Julio Arnulphy su cuadro titulado *Cleopatra en su galera:* pero la muerte súbita del rico negociante no permitió que se consumara la compra. Medio arruinado ya por pérdidas recientes e inesperadas, el anciano Larco no pudo soportar aquel golpe. Atacado de terrible desesperación, estaba a punto de volverse loco; y Barbas compró el cuadro, pagó setenta y cinco mil francos por él y lo regaló al museo de Rouen, ciudad natal del artista.

Fatal imprudencia, porque no se podían sacar los pies del plato con menos precaución. La herencia de Barbas y la historia de su riqueza llenaron todos los periódicos, y de la noche a la mañana la buhardilla del artista se vió inundada por una muchedumbre de mendigos, falsos pobres y presuntos pintores o poetas famélicos, muy charlatanes, que iban a pedirle dinero. Barbas se lo daba, en seguida, sin poner obstáculos, sin regateos; se había proporcionado un talonario de donde iba cortando cheques, y en resumidas cuentas, le interesaba tanto su trabajo que lo hubiera continuado en medio de aquella nube de parásitos. Pero un día, la Fatalidad, la verdaderamente inexorable fatalidad, entró en su casa bajo el aspecto del célebre marchante de cuadros Edgardo Guicestre.

Apareció este joven encantado, encantador, elocuente, bello como Apolo, satisfecho de vivir, vestido como la Primavera en abril; elogió, rogó, suplicó; exaltó a Barbas y llamó a su corazón con ternuras que hubieran hecho llorar a las piedras. Tales eran los hechos. Una de las glorias más indiscutibles de la escuela moderna, el pintor Eusebio Briot, se veía reducido a la más extrema miseria y estaba a punto de saltarse la tapa de los sesos si no le salvaba un ser más generoso que la Providencia misma. Arrastrado por lady Enriqueta Elce a las elegancias y a las ruinosas locuras del mundo, había gastado, jugado, perdido sumas fabulosas y se encontraba ahora ante el terrible espectro de la desesperación.

Satisfacer a sus acreedores, no habría ni que pensarlo; porque una de las bancas más fuertes de Europa no habría bastado; pero al menos se le podía otorgar un crédito. Para ello era preciso que el hotel de la avenida de Villers, propiedad de Driot, fuese comprado por su precio de quinientos mil francos, y se pagase al contado. Y para que esta venta tuviese el aspecto de un negocio y no de una catástrofe, era menester que el comprador habitase el hotel, demostrando de este modo que Driot lo había vendido por hacer un favor y únicamente para satisfacer un capricho. Barbas se dejó convencer, y cedió en virtud de un falso razonamiento que se hizo a sí mismo. Se decía: por atestado que esté de *bibelots*, de cojines, divanes, plantas de estufa, cortinajes de tonos desfallecientes y delicados, de dioses de veinticuatro brazos y de quimeras de bronce, siempre encontraré un sitio donde colocar una mesa de pino y un taburete de paja y allí trabajaré. ¡Vana quimera! Sin embargo, Barbas tuvo el buen juicio de conservar su buhardilla y de pagar el alquiler de dos años. Pocos días después entraba en el hotel de la Avenida de Villers, es decir, en el infierno. ¡Yo le vi, y era un espectáculo!

¡Trabajar! ¿y con qué? Al contrario, el delicioso marchante de cuadros Guicestre, convertido por derecho de conquista, en proveedor de Barbas, como lo había sido antes de Eugenio Driot, había enterrado allí todos los objetos suntuosos de que puede uno servirse para no trabajar. Papeles soberbios clasificados y colocados en muebles de cajones; pupitres complicados con trucos mecánicos, que se levantaban y bajaban ejecutando alardes de fuerza. Cajas de lápices etiquetadas, catalogadas, alineadas, por matices, tan numerosas que su solo aspecto daba ganas de marcharse de paseo. Gomas, pasteles, cajas de colores, grandes como edificios, o pequeñas como un diamante precioso; en las unas casi se podía vivir, las otras podían ocultarse bajo un dedo. Aquí y allá, como abismos de aurora, se abrían grandes bastidores vacíos que esperaban sus telas y marcos con sus dorados

furiosos, como incendios salpicados de sol. ¡Trabajar! Barbas no podía ni comer, porque tenía un cocinero y si pedía un bisteck, aquel bisteck, por arte de horrible magia se convertía instantáneamente en carne *a la Robert Peel, a la Brazza,* o *a lo capitán Cook*, y de este modo cortaba en el plato anécdotas y mascaba historia!

¿Qué había sido de la querida, la indispensable Soledad, para la que se abren las divinas flores del pensamiento? Tan numerosos como los granos de polvo acumulados por el viento de estío sobre las hojas de los árboles de un bosque, así colgaban, se arrastraban, llovían, y aparecían los amigos improvisados, los críticos de arte pertenecientes a revistas de nombres desconocidos y líricos, extranjeros de cabellos azules, con chalecos de terciopelo, llevando en las solapas insignias deslumbrantes, y jóvenes muy pálidos fumando enormes cigarros semejantes a columnas triunfales y hasta adornados con bajorrelieves. Allí también hormigueaba una enorme cantidad de mujeres insolentes, desocupadas, rarísimas, que reían de nada y de todo enseñando los dientes y arrastrando tras ellas sederías que se retorcían como serpientes mitológicas. Cuando Barbas quería dibujar, ellas se callaban se apretujaban a su alrededor, disimulando sus muecas grotescas. Y él, el buen artista, más azorado que un león devorado vivo, se agitaba con inquietud y sacudía aquel montón de mujeres como si fueran pulgas.

De esta suerte cayó en el último grado de la miseria. Sin embargo, el buen Guicestre creyó que no era suficiente todavía y le infligió nuevos tormentos. No solamente organizó en una de las galerías de moda una exposición de los dibujos originales de Barbas, sino que encontró el medio de hacer acerar las piedras litográficas, tirar en gran número las planchas de las *Visiones*, y hacer una publicación a bombo y platillos, lanzada con doscientos mil francos de anuncios, y acompañada de un texto horriblemente espiritual, repleto de historietas y anécdotas redactadas por la flor y nata de nuestros escritores. Una cosa completa. Barbas sufrió ese martirio supremo de ver su obra íntima, concebida con todo el amor de su corazón, envilecida y trivializada por los ojos vulgares que la contemplaban. Tal vez Barbas pensó entonces en el suicidio; pero en aquel preciso momento pudo entrever en la lejanía un faro de salvación, como los náufragos de la «Medusa» distinguieron en la noche sombría las luces de un navío. Pudo leer, en efecto, en un periódico, que después de haber suspendido pagos, el banquero José Leblan había huído llevándose una cantidad considerable de millones.

Entonces, ¡oh! con qué alegría, con qué inconmensurable felicidad salió Barbas para respirar, para beber el aire, para buscarse a sí mismo y hasta bien entrada la noche caminó al azar por París. Al pasar por cerca de la estación del Norte, vió, con una maleta en la mano, al propio José Leblan, que de rubio, casi albino, por una ingeniosa combinación, se había disfrazado y caracterizado de mulato admirablemente. Con un refinamiento impropio de los criminales vulgares, se había pintado la piel del rostro con un tinte de color de aceite; conservaba sus verdaderos cabellos y su barba que teñidos de negro intenso y rizados con unas tenacillas muy finas, completaban perfectamente la ilusión. Sin embargo, aquella caracterización, a la vez audaz y sencilla, no podía engañar la experta mirada de un colorista. Hombre muy inteligente, José Leblan vió claro en la mirada de Barbas que su astucia estaba descubierta y se fué derecho al artista.

— Caballero — le dijo — siempre se debe transigir con un hombre de talento, y usted lo es puesto que me ha reconocido. Todos los discursos serían inútiles; llevo todo el capital en la maleta que tengo en la mano; hable usted, diga una cifra, y sin la menor observación, lo que usted me pida se lo daré íntegramente, ahora mismo, en este instante, a la luz de ese farol.

— De manera — dijo Barbas — que se lleva usted mi fortuna, toda mi fortuna.

— Exacto — dijo el banquero.

Barbas cogió la cabeza de José Leblan, y sobre su mejilla pintada de siena puso un furioso beso de embriaguez, de libertad, de reconocimiento exaltado. Después echó a correr, como si hubiera sido él el ladrón; mientras el banquero entraba en la estación. Aquel hombre sin prejuicios, que hoy posee inmensos establecimientos en la libre América, jamás ha llegado a comprender lo que significaba ese beso. Si hubiera sido capaz de comprenderlo no hubiera sido el tradicional banquero que se lleva el dinero de la caja. Quizá, por el contrario, lo hubiera entregado.

Teodoro de Banville.

A PUNTA DE

EL ALMA EXQUISITA DE ELPIDIO



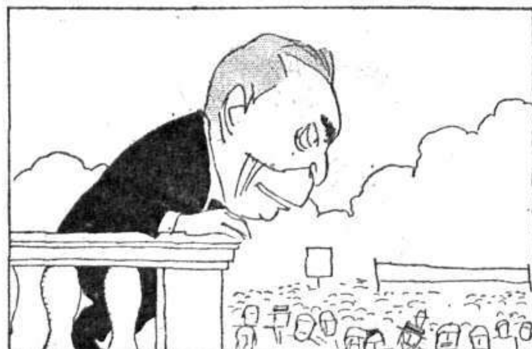
Elpidio llegó a Córdoba.



Elpidio se emocionó ante la idea de que don Hipólito iba a ir a la doctoral ciudad.



Elpidio fué a recibir a su entrañable amigo y se conmovió.



Elpidio presenció la manifestación popular.



Elpidio oyó los vítores y tuvo que recurrir al frasco de sales inglesas.



Elpidio oyó las palabras del Hombre y derramó lágrimas de enternecimiento.



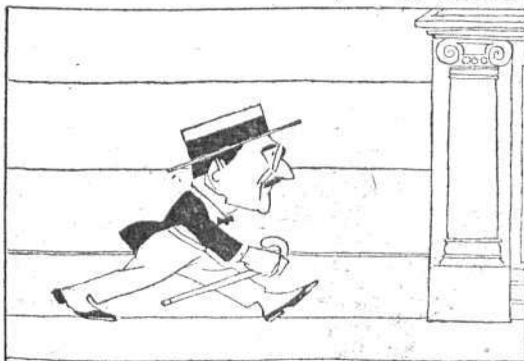
Elpidio, después del éxito de la excursión, estremecido de entusiasmo, acompañó a don Hipólito a la estación.



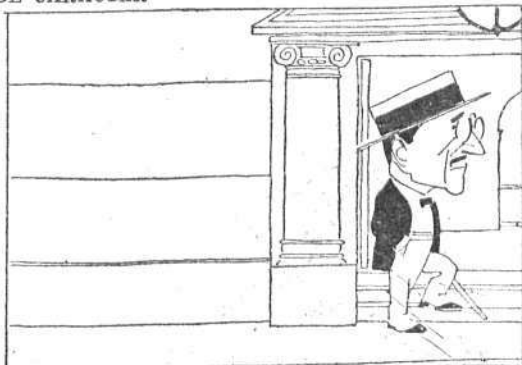
Y Elpidio, decidido a ofrecer como devoto un alfajor de aluminio, dudó entre llevárselo al doctor Roca o a la imagen más milagrosa de la capital cordobesa.

L A P I Z, POR VALDIVIA

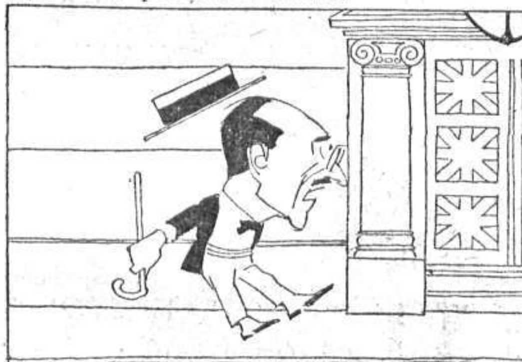
UN HOMBRE DE CARACTER



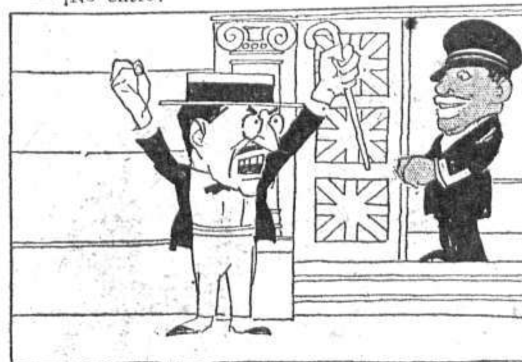
El diputado X tenía la costumbre de ir todos los días hasta la puerta de la Cámara.



Llegado allí, pensaba un minuto y decía con decisión:
— ¡No entro!



El otro día llegó a la consabida puerta y se enteró de que se habían concluído las sesiones extraordinarias.



Y, lleno de indignación, le dijo a un portero:
— ¡Este es abusivo y anticonstitucional! ¡Ahora que no hay sesiones no tendré pretexto para no asistir a las sesiones! ¡Alvear es un dictador!



EL TERRIBLE PEREZ

Subordinados: Desde lo alto de esos ferrocarriles cuarenta generaciones de empleados destituídos os contemplan.

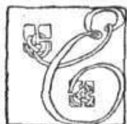


NO ES UN NENE

Gallo. — En Bahía Blanca se retrató el general Pershing con un nene en los brazos.
Alvear. — ¿Y eso qué tiene de raro?
Gallo. — Que mis enemigos políticos, han arreglado la fotografía poniéndome en lugar del nene.

Aspectos de París

V



EL metropolitano — le hay ya en Madrid, como en Londres y aquí — es sin duda un medio cómodo y barato para trasladarse, por vía casi siempre soterraña, de un punto a otro de París. Sirve, además, para conocer la topografía de la gran ciudad y para aprenderse su plano. Porque un taxi, además de su mayor carestía, tiene inconvenientes. Se expone uno a que el cochero le diga, como me dijo uno: «¿Por qué me ha despertado usted?» Sería acaso algún antiguo príncipe ruso.

Con el metropolitano y con el «Nouveau plan Taride» puede uno recorrer todo París. La rapidez no es excesiva y más si hay que cambiar en más de una estación, en una de esas que llaman «Correspondencias». Del hotel en que vivo hasta el café de la Rotonda, de Montparnasse, en que voy casi a diario a hablar de España y a soñarla con españoles, tardo a pie unos cincuenta minutos y por metro unos veinte. La rapidez no es excesiva. Pero es barato. Y desagradable.

¡Estas hórridas estaciones soterrañas del metro! ¡Estos vomitorios o sumideros por los que se precipita la marea de la muchedumbre municipal y espesa, dejándolos oliendo a fatiga social!

Una estación del metro, iluminada por luz eléctrica, entre túneles, es una de las cosas más tristes que ofrece eso que llaman el progreso. A trechos la línea del metro sale a luz y se puede contemplar panoramas de la ciudad. Casi todas las tardes, al ir al café, paso, en el metro de sobre tierra, el puente de Passy y contemplo la torre Eiffel y allá, en el fondo, la basílica del Sagrado Corazón, de Montmartre. Y al pie el río y en medio de él esa cosa ridícula que llaman la Isla de los Cisnes que ni es isla ni tiene cisnes. Y hoteles, albergues, a un lado y otro. Porque aquí, en París, parece que hay más hoteles, más fondas o pensiones, que casas de familia. Y en muchos de esos hoteles no admiten niños. Diríase que París es una gran fonda y una fonda de paso.

¡Qué terrible el brillo, a la luz eléctrica, de esos baldosines relucientes que forman las bóvedas de las estaciones del metro! Y por todo ornato de éstas anuncios; anuncios y más anuncios... *affiches*. Aborrezco los anuncios.

A lo largo de los túneles leéis «Dubonnet» una y otra y otra vez. O bien «Byrrh». Y todavía el anuncio del chocolate Menier, que cuando estuve aquí, en París, la otra vez, hace treinta y cinco años, llenaba todos los huecos de las edificaciones. Pero entre estos anuncios que entristecen aún más a las estaciones del metro me he encontrado con uno verdaderamente cruel. Es el anuncio del *foie gras* Marie. Representa a dos patos, con cofias, delante de una pequeña lata de ese *foie gras* y del pico de uno de los patos salen — escritas ¡claro! — estas palabras: *Ah qu'est-ce bon*! O sea: «¡Qué bueno es esto!» Y si se tiene en cuenta que el *foie gras* es producto de la hipertrofia del hígado del pato, al que se le pone enfermo cegándolo y haciéndole vivir en agonía, se verá toda la crueldad que representa el hacer que el pobre pato exclame que aquello es bueno.

Y en todas las estaciones los mismos anuncios, y en las escaleritas y por donde quiera. Y ese olor característico del metro, ese olor a fatiga social, ese olor a tedio de la civilización, ese olor a progreso urbano ¿no provendrá de los anuncios? Se me antoja a ratos que son los anuncios los que así espesan el ambiente. Y sin duda que de ello provicne lo que llaman aquí *caffard*.

En las estaciones del metro, abajo, en lo soterraño, no se podría poner librerías, puestos para vender diarios, revistas, libros. Estos puestos los hay en las estaciones del metro, pero es a su entrada, donde llega, aunque sea muy mermada, la luz del sol.

Y a propósito de puestos de libros; el otro día, paseando por el bulevar Rochechouart vi un comercio que era de confitería y librería a la vez. No que las postales y confituras estén mezclados con los libros y revistas, no, sino que el comercio tiene a un lado, en una mitad, la confitería, y en la otra mitad la librería, y sin pared, ni tabique, ni mampara que los separe. Se entra por la misma puerta. Puede uno ir a hojear un libro comiéndose un pastelillo. La idea me pareció excelente y más aquí donde es frecuente ver que se aunan la carbonería y la taberna, que se expenda vino en el mismo establecimiento en que se expende carbón. ¿Y por qué no se venden pasteles y confituras en las estaciones soterrañas del metro? Aunque no, que olerían a anuncio, a aviso.

Tomo el metro casi todos los días y cada vez que lo tomo me invade una cierta tristeza. En ninguna otra parte de París siento tan profundamente lo que es y lo que significa y lo que vale el destierro de la patria. Allí abajo, en esos sumideros, me siento desterrado de toda vida libre. Y, sin embargo, es barato, es relativamente cómodo y es relativamente rápido para recorrer París, para abreviar distancias.

He visto a algunas personas, señoritas por lo común, leyendo novelas, de pie, en un vagón del metro y mientras está en marcha. ¿Qué podrán leer así? Porque no comprendo que se pueda leer allí otra cosa que catálogos. Y acaso diarios. Pero en esto los avisos, los anuncios.

Si un día esta civilización francesa desaparece como desaparecieron la asiria y la babilónica y la egipcia y la azteca y el desierto gana a lo que hoy es París, se visitará los túneles del metro como hoy se visita las catacumbas. Y se descifrará los anuncios. Y acaso un erudito arqueólogo sostenga que esos anuncios fueron inscripciones funerarias y que el metro fué un gran cementerio. Y acaso no le falte razón.

Miguel de Unamuno



Usted como toda persona activa necesita un suave reconfortante para restablecer el equilibrio de sus energías, recurra pues al factor de vida

Oporto DOM LUIZ

que además de proporcionarle un íntimo deleite, devolverá a usted las fuerzas perdidas.

CARAS Y CARETAS

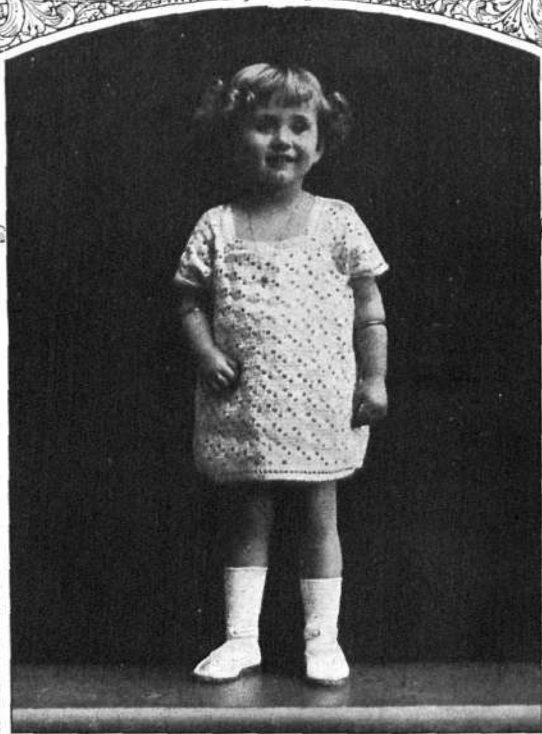
JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



Señorita Clara Marco Roca

FOTO DE FRANZ VAN RIEL.

Página Infantil



ADELITA
REYNOSO
BRACERAS



MARCO
AURELIO
REIBALDI



MIGUELITO
SAIZAR
OTERO

MeSIVIERI.



"CARAS Y CARETAS" EN LONDRES

NOTA GRÁFICA DE LA SOLEMNE APERTURA DEL PARLAMENTO, ENVIADA POR NUESTRO CORRESPONSAL SEÑOR D. BARRIOS GUEVARA

EL ACTO DE LA APERTURA DEL PARLAMENTO BRITÁNICO FIGURA EN EL PROTOCOLO DE LA CORTE COMO UNA DE LAS CEREMONIAS MÁS FASTUOSAS E IMPORTANTES DEL AÑO. EN ESTA FOTOGRAFÍA, DE INCALCULABLE VALOR COMO DOCUMENTO GRÁFICO, SE VE EN PRIMER TÉRMINO A S. M. GRACIOSA, LA REINA DE INGLATERRA Y EMPERATRIZ DE LA INDIA, OCUPANDO LA REGIA CARROZA DEL TRONO. EN SEGUNDO TÉRMINO, EL REY Y EMPERADOR DE LA INDIA, JORGE V, MUESTRA, A TRAVÉS DE LOS CRISTALES, SU ROSTRO A LA MUCHEDUMBRE CONGREGADA A LO LARGO DEL TRAYECTO PARA APLAUDIR EL PASO DE LOS REYES ENTUSIASTA Y CÁLIDAMENTE.

LA ARTISTICA Y LUJOSA CARROZA REAL DE REGRESO DEL PARLAMENTO, DESPUÉS DE SU INAUGURACIÓN, REGRESA CON EL MISMO CEREMONIAL AL BUCKINGHAM PALACE, RESIDENCIA HABITUAL DE LOS REYES DE INGLATERRA.



EL EX MINISTRO MISTER LLOYD GEORGE, ACOMPAÑADO POR SU SEÑORITA HIJA, SE DISPONE A CONCURRIR AL PARLAMENTO.

Como es costumbre en las tradiciones reales de Inglaterra, el rey Jorge V procedió a declarar abierto el Parlamento británico. La persona que por primera vez presencia tan típico y al propio tiempo solemne espectáculo queda deslumbrada por el lujo y fastuosidad desplegados. El pueblo de la gran metrópoli, se sitúa, desde temprano, a lo largo de las calles por



EL HEREDERO DEL IMPERIO BRITÁNICO, PRÍNCIPE DE GALES, AL VISITAR OFICIALMENTE LA CIUDAD DE WINCHESTER, RECIBE DE MANOS DE SU LORD MAYOR, EL COFRE CONTENIENDO EL ACTA DE LIBERTAD DE LA CIUDAD.

FUERZAS PERTENECIENTES A LA GUARDIA DE S. M. SE DIRIGEN A OCUPAR SU PUESTO EN EL CEREMONIAL DE LA INAUGURACIÓN DEL PARLAMENTO, LAS TROPAS VISTEN LOS VISTOSOS UNIFORMES DE ÉPOCAS PASADAS.

donde ha de pasar el real cortejo. A la hora indicada (puntualidad británica) aparecen los primeros carruajes conduciendo lores e invitados especiales. Al poco rato, una clarinada suena y las tropas imperiales presentan armas. Pasa el cortejo, y se escuchan vítores y se ven millares de blancos pañuelos que se agitan en el aire como albas palomas de salutación.



EL MINISTRO DE CHILE, D. AGUSTÍN EDWARDS Y SU SEÑORA ESPOSA, AL SALIR DEL PARLAMENTO.



EL PRIMER MINISTRO BRITÁNICO, MR. STANLEY BALDWIN, CON SU SEÑORA Y OTRAS FAMILIAS DE PARES, ESPERANDO EN LA TERRAZA DEL PARLAMENTO EL DESFILE DE LAS FUERZAS MILITARES, QUE COMPLETA EL GRANDIOSO ESPECTÁCULO.

"Caras y Caretas" en el viaje del ex













El doctor *Hipólito* Irigoyen recibe en el hotel donde se hospeda a uno de sus correligionarios políticos más prestigiosos de la provincia y le abraza cordialmente en medio de los aplausos de la concurrencia presente.









Los doctores Soria y Gallardo, candidatos a gobernador y vice, respectivamente, de la provincia de Córdoba por el partido Radical personalista.

Como en una película cinematográfica, CARAS Y CARETAS presenta a sus lectores diversas fases del recibimiento hecho por el pueblo de la provincia de Córdoba al doctor Irigoyen. En todas partes donde se encontró el ex presidente de la república, fué agasajado cla-

presidente Irigoyen a Córdoba













Acompañado por el vicepresidente de la República, doctor Elpidio González y otras personas, el doctor Irigoyen se dispone a abandonar el hotel para asistir a la proclamación pública de la fórmula gubernamental Soria-Gallardo.









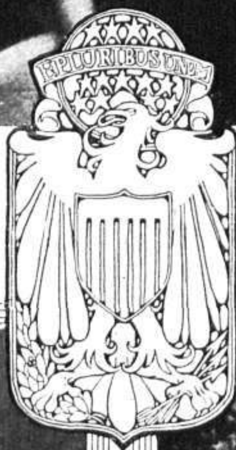
morosamente por sus partidarios políticos. Las poblaciones comprendidas en el itinerario del viaje, se engalanaron en su honor y miles de ciudadanos se reunieron en las estaciones para rendir su homenaje al jefe del partido. Como puede verse, el elemento femenino prestó su gentil y entusiasta concurso para el mejor lucimiento del programa desarrollado.

FOTOS DE NUESTRO ENVIADO ESPECIAL SR. ARROYO

INSTANTÁNEA OBTENIDA AL DESPEDIRSE EL ILUSTRE HUÉSPED DEL DR. ALVEAR EN LA PUERTA DE LA RESIDENCIA, DESPUÉS DE LA CORDIAL VISITA AL PRIMER MAGISTRADO.

El General Pershing en Buenos Aires

Fotos de los festejos ofrecidos en su honor durante su estada



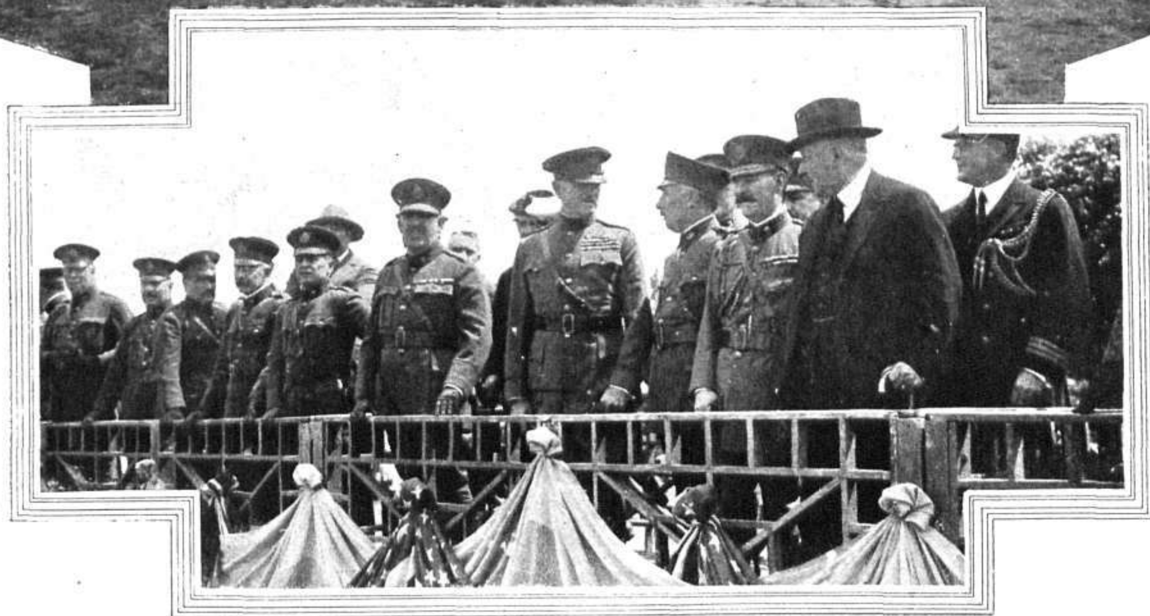


EN LA CASA DE GOBIERNO. — El general Pershing, sus ayudantes y el coronel Valotta, con el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo, después de haber sido oficialmente recibidos por el doctor Alvear.



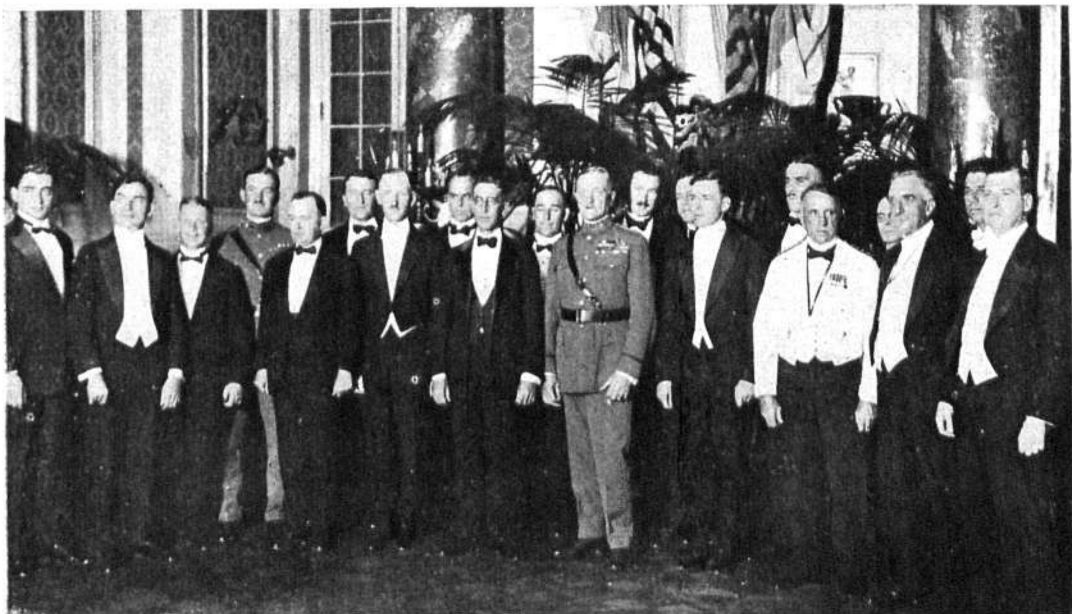
ANTE EL MAUSOLEO DE SAN MARTIN. — Efectuada la significativa ceremonia de depositar una palma en el mausoleo del Libertador, el heroico militar se retira acompañado por el Alm. Dayton y el ministro de Guerra.





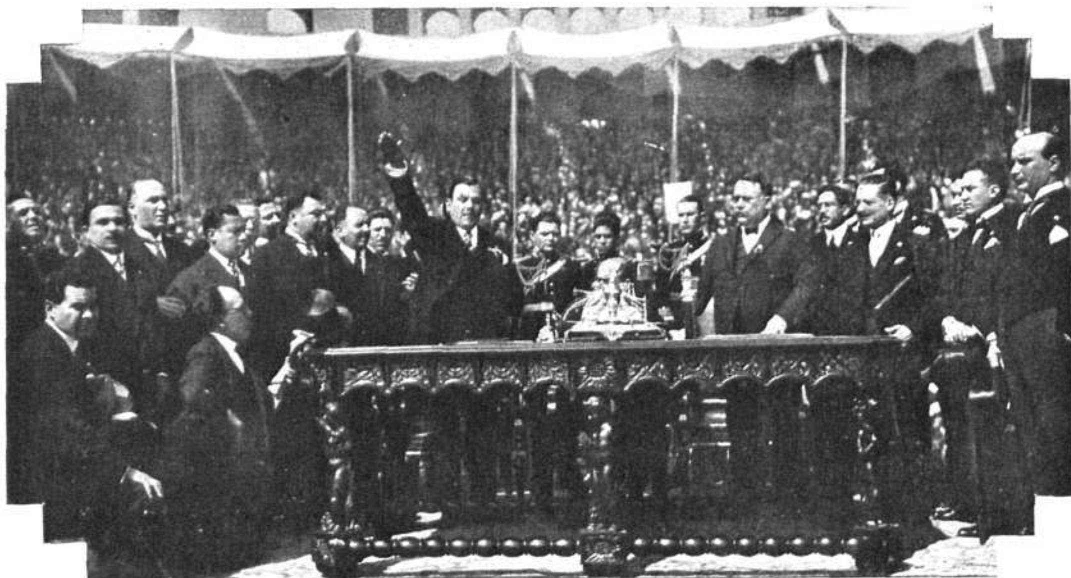
LOS CADETES DEL COLEGIO MILITAR, SECCIÓN CABALLERÍA, DESFILANDO ANTE EL GENERAL PERSHING, QUIEN TUVO FRASES DE ELOGIO PARA LA DIRECCIÓN DEL INSTITUTO POR LA DISCIPLINA Y PREPARACIÓN DE AQUELLOS.

LA TRIBUNA LEVANTADA EN EL COLEGIO DESDE DONDE EL HUÉSPED Y LA BRILLANTE COMITIVA FORMADA POR LOS MIEMBROS DEL PODER EJECUTIVO Y ALTOS JEFES DEL EJÉRCITO ARGENTINO, PRESENCIARON LOS DIVERSOS EJERCICIOS.



OFRECIDO POR LA SOCIEDAD AMERICANA DEL RÍO DE LA PLATA, SE VERIFICÓ EL GRAN BANQUETE EN OBSEQUIO DEL GENERAL PERSHING, SIENDO COMENSALES LAS PERSONALIDADES MÁS DESCOLLANTES DE LA COLECTIVIDAD.

Transmisión del mando presidencial en Méjico



El nuevo presidente de la república hermana presta juramento al hacerse cargo de la primera magistratura. La ceremonia tuvo lugar en presencia de las autoridades legislativas, diplomáticos extranjeros, altos jefes del ejército y gran cantidad de pueblo.



General Plutarco Elías Calles, presidente de Méjico por el período 1924-1928.





Primera fotografía del nuevo gabinete reunido en pleno, obtenida especialmente para "Caras y Caretas" por nuestro corresponsal en Méjico, el mismo día de la transmisión del mando presidencial.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL



Bellezas del teatro vienés

LA EXQUISITA ACTRIZ ANA EVERA, UNA DE LAS MÁS NOTABLES ARTISTAS DE VIENA, LUCIENDO ELEGANTÍSIMO TAPADO NEGRO CON ADORNOS ORIGINALMENTE COMBINADOS.

Foto de Claire-Pathé



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DR. MANUEL AUGUSTO GONDRA

PRESIDENTE DEL BANCO HIPOTECARIO NACIONAL

Por ALVAREZ

OCUPA la presidencia de la gran institución bancaria después de una larga y eficiente actuación en los centros financieros del país. Su designación por el Poder Ejecutivo, es el premio a su labor y, como tal, ha sido unánime y complacientemente recibida.

ACTUALIDADES

EN EL COLEGIO MILITAR

ENTREGA DE LOS DESPACHOS A LOS NUEVOS SUBTENIENTES



El Presidente de la República, doctor Alvear, acompañado por el Ministro de Guerra, general Justo, y el director de la Escuela Militar, coronel García, procede a poner en posesión a los cadetes egresados, de sus títulos de oficiales del ejército. — El general Justo distribuye los premios a los alumnos que se hicieron merecedores de ellos. La brillante y patriótica ceremonia se realizó en el salón de actos de la Escuela, ante los miembros del Poder Ejecutivo, jefes del ejército y gran cantidad de distinguidas familias.

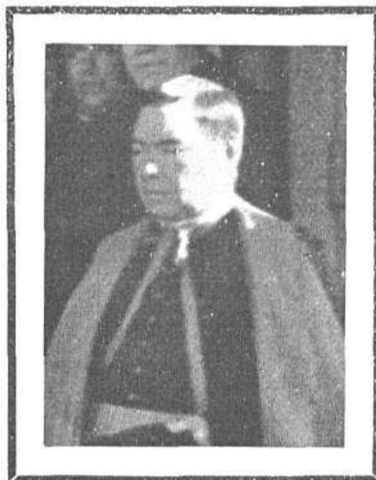
FOTOS DE ARROYO.

Fallecimiento del Vicario Capitular Monseñor Bartolomé Piceda

Honra de la Iglesia Católica y de la Argentina es monseñor Bartolomé Piceda, fallecido en esta metrópoli.

Durante sus brillantísimos estudios en el Seminario Conciliar de Roma y en el colegio Pío Latino-Americano, revelóse como un teólogo eminente y una lumbrera del derecho canónico. Es fama que las más grandes autoridades en dichas disciplinas lo consideraban un maestro de decisiva opinión.

Unía a tales condiciones las galas del estilista y el poder de la dialéctica, y, por sobre todo, sus virtudes ejemplares, su modestia y su ardiente fe.



Como periodista católico, el director fundador de la «Revista Eclesiástica del Arzobispado», distinguióse en cuantas ocasiones necesitó de su propaganda la Iglesia militante.

Actualmente este sabio sacerdote desempeñaba, con piedad, celo y energía, la jefatura interina de la Iglesia nacional.

El fallecimiento de monseñor Bartolomé Piceda, hombre todavía joven y siempre bienquisto, tanto en las esferas oficiales como en la sociedad argentina, ha causado un sentimiento general de dolor.



El Presidente de la República, ministros y altas personalidades eclesiásticas, civiles y militares, rodeando el féretro, después de las solemnes exequias celebradas en la Catedral.

Dr. Alberto Zwanck



Profesor de higiene de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, ha sido designado recientemente representante argentino en el intercambio científico organizado por el Comité de Higiene de la Sociedad de las Naciones.

En honor del Dr. Gregorio Aráoz Alfaro



Comensales del almuerzo ofrecido en Wáshington por el presidente de la Unión Panamericana, doctor L. Rowe, al eminente médico argentino, director del Departamento Nacional de Higiene. Rodéanlo las siguientes personalidades: doctores Fowler, Long, Espil y mister Wells, ministro de Estado; almirante Stitz, general Cumming y mistress Albot, directora del "Children Bureau.

Demostración a los aviadores de la misión Lacoetere



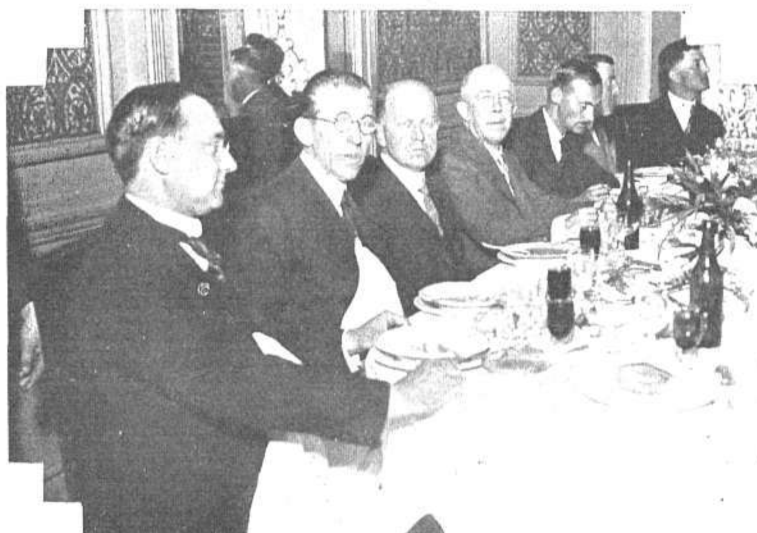
Grupo de asistentes al banquete ofrecido por el ministro de Francia, M. Roger Clausse, en honor de los intrépidos pilotos, al que asistieron el director de Correos, el presidente del Aero Club, miembros de la colectividad y socios honorarios del Club Francés.

Recepción de los nuevos subtenientes del ejército



Los recientemente egresados como oficiales del ejército fueron agasajados por las autoridades del Círculo Militar con una brillante fiesta, siguiendo la tradicional costumbre de camaradería.

Aniversario de la Transradio



Cabecera de la mesa, ocupada por los dirigentes de la Transradio Internacional, en la comida que esta culta institución ofreció a sus numerosos amigos, para celebrar el primer año de su servicio público.

Dr. Manuel Balado



Distinguido cirujano a quien la Institución Rockefeller honró concediéndole una beca en la clínica de los eminentes especialistas doctores Mayo, instalada en Rochester, Minessotta.

FOTOS DE ARROYO Y BELL

Aspecto general de la hermosa playa de Pocitos a la hora del baño. Como puede apreciarse en la fotografía, las autoridades edilicias de Montevideo han introducido en el conocido balneario una serie de importantes reformas, destinadas a aumentar las comodidades del público veraneante.

LA TEMPORADA VERANIEGA EN LAS PLAYAS DE MONTEVIDEO

Fotos enviadas por nuestro corresponsal



Una sirena a quien no agradan las indiscreciones del objetivo.



Un poco de coquetería antes de sumergirse en la pérfida onda, no está mal.



La antigua salida de baño tiene aún fervientes partidarias.



El popular Bohr y la no menos popular bailarina Hortensia Arnaud, con el conjunto de chicas del teatro "Porteño", interpretan a pleno sol la canción: "Pero hay una elena"...



Una formidable nadadora que sale de hacer su paseo diario por el mar...



¡Estaba tan tibia el agua y tan acariciadoras las olas!...



Aunque muy tímidamente, la simpática malla comienza a aparecer.



La reunion familiar de re acios a las aventuras marinas...



Este obsequioso fotógrafo se salió con la suya.



Pa res complacientes admirando la obra el futuro arquitecto.

Conflicto diplomático con el Vaticano

El Nuncio Apostólico y su secretario dejaron de ser personas gratas al gobierno argentino



Doctor Angel Gallardo, ministro de Relaciones Exteriores y Culto, que, después de una conferencia con el Presidente, envió a la Santa Sede la nota pidiendo el retiro del representante pontificio y de su secretario.



El ministro argentino ante el Vaticano, doctor Daniel García Mansilla, quien intervino en el sonado asunto del arzobispado de Buenos Aires, y que ha presentó al cardenal Gasparri la comunicación del P.E.

El nuncio apostólico, monseñor Juan Beda Cardinali, y su secretario, monseñor Maurilio Silvani, a los cuales el gobierno decidió declarar personas no gratas.

Truc fotográfico de "Caras y Caretas"



Lo que más se comentó del viaje a Córdoba realizado por el jefe del radicalismo personalista, fué el saludo que le envió a su llegada el Gobernador Dr. Roca. ¿Y qué no se dirá ahora cuando se vea esta fotografía en que aparecen despidiendo al Dr. Irigoyen en la estación, el mandatario cordobés y su irreconciliable enemigo político, el vice presidente, Dr. Elpidio González?

LA SENSACIONAL EVASION

Otro de los presidiarios fugados cae en poder de la policía



Saverio Chimera, condenado a 2 años de prisión y confinamiento en el presidio de Ushuaia.



Lugares por donde merodeaba Chimera antes de encontrar albergue en el rancho que se ve al fondo y en cuyo interior se realizó la captura.



Empleado José R. Villanueva, que detuvo al evadido.

La policía, siguiendo sus activas pesquisas, ha logrado detener a otro de los evadidos del vapor «Buenos Aires». La captura se realizó en el linde de la provincia con la capital, siendo dirigida por el comisario señor Calandra, auxiliar Barneda y oficial Manzione. Es es el segundo de los presidiarios fugados que vuelve a caer bajo el imperio de la ley.



José Galeano, empleado que cooperó en la detención.

CARRERA CICLISTA DE ROSARIO A SANTA FE



Momento en que los numerosos competidores de la importante prueba se aprestan para partir desde Alberdi en dirección a Santa Fe.



Cosme Saavedra, A. Pompeio y A. Reigosa, vencedores en el orden citado. El primero cubrió la distancia en 6 h. 35 m.



El gobernador de la provincia y los organizadores de la carrera esperando en Santa Fe la llegada de los deportistas.

"Caras y Caretas" y "Plvs Vltra" agradecen a la prensa de la capital y del interior de la República, los homenajes y felicitaciones recibidos, con motivo de haber sido designado para ocupar la dirección de ambas revistas don Juan Alonso



LA ÑANDURIHÉ

HASTA el día de hoy, las gentes del norte no han podido ponerse de acuerdo sobre la ñandurihé. Esta víbora representa, sin género alguno de duda, al más venenoso ser de la creación.

Hasta aquí, el acorde es perfecto. Pero cuando deseamos especificar fisonomía, color y particularidades de esta lúgubre bestia, las lenguas se confunden.

Sólo un aspecto de aquélla permanece inalterable en todas las leyendas: su tamaño. La ñandurihé es una viborilla deslizante y fugaz, cuya breve mordedura anuncia cierta, segura, precisa, inexorable y fatalmente, la muerte.

En casa tuvimos una, a que mis

chicos profesaron un afecto casi de hermanos mayores. La habíamos hallado entre los bambúes, deslizándose bajo las hojas caídas, que se arqueaban apenas a su paso.

Ante el anuncio siempre flotante en el aire tropical: "¡una víbora!", mis chicos corrieron a verla. Y un instante después se disputaban a la ñandurihé para jugar con ella.

Pues lo que yo acababa de poner en sus manos, ante el grito de horror de la cocinera, era una pequeña ñacaniná amarilla, como la llaman allí, y asombrosamente parecida a una yarará, en su tierna infancia.

Algunos peones que al atardecer pasaron frente a casa, desviaron el paso al ver a la ñandurihé entre los dedos de las criaturas. No concebían semejante milagro, como no se lo concibió nunca en el país.

Mas la culebrita aquella endulzó algunas horas de nuestra vida, no obstante los serios trabajos que nos exigía. En efecto, no comía sola. Era menester abrirle la boca y alimentarla a la fuerza con pedacitos de carne cruda que introducíamos en sus fauces, y que llevábamos hasta su estómago por medio de largos e inacabables masajes a lo largo del cuerpo.

Los chicos la sacaban todos los mediodía de invierno a asolearla en la arena del patio, habiendo llegado así, la viborita, no a conocernos, pero sí a admitir el roce de los dedos sin sobresaltarse.

Su resistencia a la dieta era asombrosa, como la de todas las serpientes. Por causas ajenas a nosotros, no salió un día de su jaula durante toda nuestra ausencia. Cuando volvimos había adelgazado tanto, que su espinazo parecía una lima; y a ambos lados, sobre el piso, la piel descansaba, achatada.

Había pasado siete meses sin comer.

Por segunda vez nuestra culebrita se vió abandonada en su jaula, pero entonces la culpa fué nuestra. Los chicos se olvidaron de entrar la jaula durante todo un interminable día de fuego. Y cuando nos acordamos por fin, nuestra pupila había muerto. Estaba caída dentro de su bañadera, con los ojos blancos; y en toda la porción de su cuerpo que yacía en el agua, la piel se había arrugado y descolorido.

Nunca quisimos tener otra ñandurihé.

H. Q.

DIBUJOS DE MACAYA.



CREPÚSCULO EN EL CAMPO

VERANO. Crepúsculo.
Vaho que abochorna.

En el campo verde,
vacas negras, rojas.

El sol se va yendo.
Se opacan las cosas.

Se callan las aves.
Se duermen las hojas.

Unas casuarinas,
de cónica forma,

que, de norte a sur,
el camino escoltan,

en la tierra negra
alargan sus sombras.

Y, entre nubes blancas,
por el cielo, asoma

—sin luz todavía—
la luna redonda.

PLAZA PROVINCIANA

Linda plaza provinciana
con palmeras y magnolias.

(El poeta bien querría
cantarte toda la flora).

En la arena y en el césped
hay juegos de luz y sombra.

Es fin de estío. En los plátanos.
se mueren algunas hojas;

y de las ramas al suelo
van cayendo una tras otra.

Un sol moribundo y dulce
baña de oro la fronda.

Y, delante de la Iglesia,
—sin curar de la corona—

sonríe, amable, a las chicas
el cura de la parroquia.

PEDRO HERREROS

A V E N T U R A S







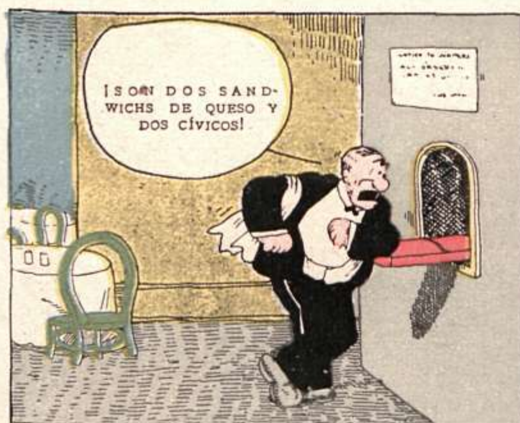


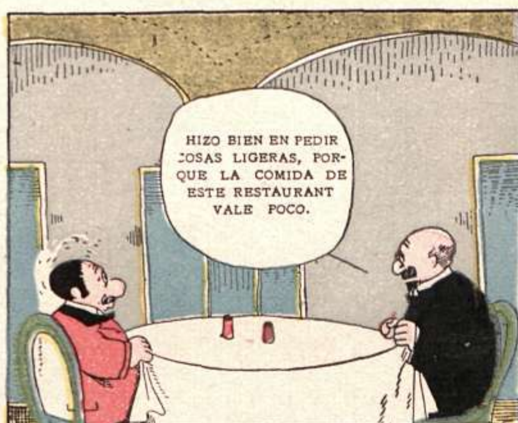


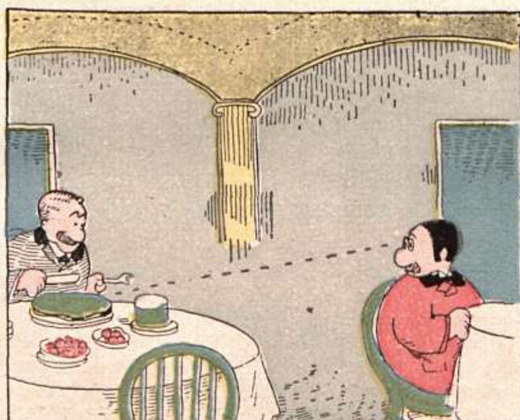


D I B U J O S D E

D E I S A A C

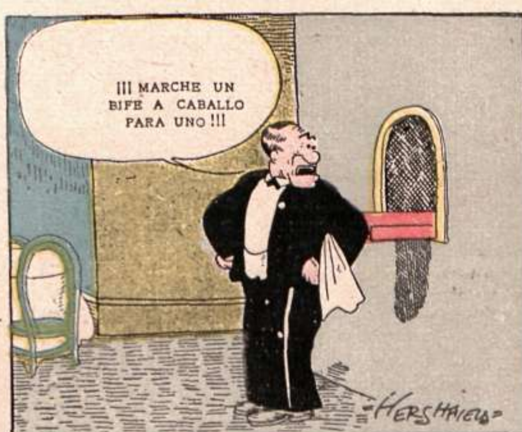












H E R S H F I E L D



LA IRONIA EN LAS COPLAS DE LAS MONTAÑAS

Por CESAR CARRIZO

Las gentes civilizadas de las grandes ciudades manejan el arma de la ironía que tiene un tintineo de oro y de cristales en manos de la mujer; y a veces, vibración de acero en puños del hombre. Mas, no siempre es oportuno el símil del arma para comparar esta flor de ingenio, que a veces es rosa con espinas, y en ocasiones adelfa amarga.

¿Y en los campos? También se hace ironía. Pero es una ironía ingenua, sana, a ratos desnuda de eufemismos, o envuelta en una sonrisa triste. Y vamos directamente a los hechos.

Es en las tierras altas de occidente, donde la sal española, si bien ha perdido su sabor primitivo, mantiene algo de su gracia y de su enjundia, en donde hemos encontrado, guardado en coplas, el sabroso aticismo de la casta.

Los vientos del progreso que todo lo desplazan, no se han llevado de aquellos pueblos enclavados en el besalto de la sierra, o semiescondidos en los valles, la herencia castiza de la España fundadora. Esto ya lo hemos dicho alguna vez, quizá varias veces. La España brava y lírica, triste y riente; áspera en su franqueza, y sin cálculo, a fuerza de entregarse toda entera en el pensamiento y en la acción, vive latente en las serranías y en los bosques del interior.

Hay allá por cierto una poesía trovadoresca, cuyas trovas y coplas algo tienen del «cante hondo» y del gay saber de los viejos juglares. La reminiscencia es evidente; la herencia es íntima. La gemebunda guitarra y el tamboril indio, substituyeron a los panderos y laúdes; y al ritmo de vihuela y tambor se cantan las coplas y trovas nativas.

Y bien: en esa poesía no todo es lamento que desgarra, ni melancolía que llena de nieblas otoñales el alma. Hay en ella, una ironía dulce, exquisita, cuando son labios de mujer quienes la cantan o la dicen. Mas esta misma ironía se torna reidera y medio zafada, cuando suena en boca de los hombres.

Henos aquí pues, en el ambiente de la musa popular. Las coplas que siguen son apenas una muestra del fecundo ingenio a que hacemos referencia, y pertenecen a eso que podría llamarse nuestro Romancero, y que aun no ha sido recogido en su innumerable belleza de trovas, endechas, decires, refranes, «cifras», «letras», y layes de toda índole, compuestos por la musa de los pastores y arrieros, de los cavadores y las mozas de cántaro.

Escuchamos estas coplas en la montaña, en una fiesta dada en nuestro honor por gente sana y sin malicia, que a la sombra de las viñas familiares, quisieron brindar por nosotros, los mostos de sus viejas bodegas. Dos números inesperados hubieron de ser el encanto por excelencia de la reunión. Un tamborilero que llegara de las sierras altas a los valles, en busca de una moza que lo tenía «templao», púsose a cantar para solaz de los comensales:

«Desde arriba me i venío
Buscándote entre las flores;
Como soy mocito tierno,
Vengo rendido de amores».

Y la moza de sus tormentos, era precisamente la muchacha que iba y volvía con los mostos de la bodega, y se ocupaba en los menesteres de la casa. Al oir a su enamorado se puso ligeramente encendida, pero sin perder el buen sentido. Se llamaba Brígida Zelaya; y según se nos dijo tenía ciertos resentimientos con ese pastor de las sierras altas— de nombre Silverio Guantay — porque no cumplía sus promesas, y todo se iba en vidalitas, cuando no en «ceniza y humo».

Sino supimos algo más interesante de Brígida Zelaya: que tenía una admirable voz, y que solía acompañarse con la guitarra endechas y coplas picarescas de su invención. Al punto se le pidió que dejara sus menesteres, y nos regalara el alma con sus canciones. A todo esto Silverio Guantay seguía cantando, y dando al aire sus penas cuando no sus reproches. Oíd esta copla:

«Desde arriba me i venío,
Cruzando soles y vientos,
Y agora quiero volver
Cuesta arriba, y sierra adentro».

La moza al fin, tomó la guitarra, y con voz argentina y dominio de sí misma cantó:

«No me busquen entre flores
Que entre flores yo no estoy:
Chacarera soy, señores
Traigo zapallo y melón...»

Los oyentes estallamos en carcajadas. Brígida, la muy ingrata y pícara contestaba de esta manera, y sin dirigirse a Silverio, el reclamo lírico de su enamorado. El pastor de las sierras altas se sonrojó, y no tuvo más remedio que soportar el chubasco.

La muchacha, después de un breve intervalo siguió cantando:

«No me busquen entre flores
Por deshojarme después:
Penca soy de los caminos,
Tengo espinas pa los pies».

Nuevamente reímos los comensales, y aplaudimos a la linda moza, que entre ironía e ironía, entre copla y copla, se estaba vengando de quién sabe qué promesas no cumplidas.

Hasta que le llegó el turno al enamorado. Tomó el tamboril. Lo levantó a la altura del corazón. Compuso la voz y el temple. Y una sonrisa picaresca se dibujó en su rostro moreno; y dió al viento esta «citra»:

«Desde arriba me i venío
Escribiendo en las «paderes»,
Este letrero que dice:
«Rienda quieren las mujeres».

Ovacionamos a Silverio Guantay por su respuesta. Reímos hasta más no poder; y alguien le sirvió un vaso de buen vino.

Prosiguió al ritmo de su tamboril indígena, cantando su romance, sus infortunios y amores. Pero no había en las estancias el amargo veneno, ni la fluencia de lágrimas que era de esperarse, y que es uno de los atributos esenciales de la poesía y de la música de la montaña.

Alguna vez hemos de hablar de la lacería siempre abierta, de la pena insanable que hay en el canto popular y en el verbo que lo acompaña. Es una pena, que digámoslo a modo de preanuncio, parece ser herencia de razas abolidas, reflejo del ambiente y del paisaje, y expresión de un callado heroísmo que se manifiesta en congoja.

Lo cierto es que aquel pastor de las tierras altas no lloraba; antes bien reía o narraba simplemente; y en más de un pasaje ponía un poco de vanidad y desenfado.

Silverio Guantay dió término a su romance; y ya se reía triunfante cuando Brígida, tomando la guitarra le contestó:

«Una tarde de verano
Me puse a considerar,
Las mentiras de los hombres
Y los choclos del maizal».

Pero no terminó ahí la respuesta que la moza daba a su enamorado. Siguió trinando la guitarra, y cantó las dos coplas que siguen:

«Una tarde estando triste
En los soles me senté,
Y me dijo un arbolito;
— «Si quieres sombra, te haré».
«Yo le dije al arbolito
Si era cierto o era mofa;
¡Qué sombra me puede hacer
Un árbol de pocas hojas!

Volved a leer estas dos estrofas compuestas por la musa del pueblo y cantadas por una simple mujer que así contesta al hombre que la corteja y no le cumple sus promesas; y veréis que hay en ellas una dulce y oportuna ironía, una ironía llena de ternura y acaso de tristeza.

Ved a la moza que sin saber qué hacer de su pena, busca el calor del sol, y la soledad del campo para distraerse. Nadie se conduele de ella; ni el agua, ni el viento, ni los pájaros; cuando en eso el arbolito de pocas hojas le ofrece su sombra. Mas, ¿cómo va a protegerla si el galante arbolito, apenas puede con sus ramas desnudas?

Y bien, el símbolo es claro: ¿cómo un hombre que vive por que vive, tiene la vanidad de ofrecer su amparo, su munificencia a una mujer?... No, no es posible; y de ahí la copla:

«Yo le dije al arbolito
Si era cierto o era mofa;
¡Qué sombra me puede hacer
Un árbol de pocas hojas!

Pero aun la moza quería desahogar su pena y su desencanto de amor, aun quería decirle al pastor de las altas mesetas, que ya nada tenía qué hacer con ella, porque el pesimismo y el desengaño habían hecho presa de su corazón. Dió fin a su canto con esta estrofa:

«No me llames «Vida mía»,
Que mi nombre se acabó;
Llámame la flor marchita
Que del árbol se cayó»...

Cuando terminó aquel duelo gentil, aquel bello contrapunto, preguntamos a los contendientes:

— ¿Dónde han aprendido estos versos y estas tonadas? ¿Quién les enseñó?

Brígida no supo qué responder, miró a Silverio, como diciéndole que respondiera por los dos, y el mozo habló:

— Es el querer y el padecer, señor; y después el campo, los soles y vientos; y después la mesma entraña de uno, apenada o contenta, la que nos dita la afición de cantar...

Aquel hombre, ciertamente decía la verdad. La musa de la montaña, la inspiradora del gay saber popular, que llora y ríe, toma del aire y del sol, de la tierra y de la vida, y del propio corazón del juglar, las notas, los ritmos, las ideas y emociones de su ciencia musical, de su inocente sabiduría.

D I B U J O D E B E S A R E S



TIERRA DE HUARPES

MISA DE NUEVE

Blanqueando al sol mi achupalla
a misa voy hacia el llano,
jinete en mi yegua baya
por el camino serrano.

Por el serrano camino
de chañar y fique en flor,
que en el aire montesino
se van en ondas de olor.

Bajo en mi yegua contento,
hecho canto en la mañana.
El viento trae el lamento
de la campana aldeana.

Posado en una jarilla
al tibio sol temprano,
es una roja estampilla
el plumaje de un fueguero.

Corta un carancho la pura
mañana con tardo vuelo;
movediza hebilla obscura
en la etamina del cielo.

Relumbra el pico sombrío
de la alta sierra escarlata;
y cuaja el sol en el río
redondos quesos de plata.

Llego al poblado, sonoro
de frenos, riendas y espuelas,
e inflado de su tesoro
de cintas y bagatelas.

En la iglesia lugareña
está todo el mujerío.
Sangrando en su cruz de leña
Jesús dormita su hastío.

Rosarios, negros mantones;
fuertes rostros pensativos;
llamativos pañolones
y verdes ramos de olivos.

Cumplido ya el sacramento
salgo al sol de la mañana.
¡Qué alegre y tibio está el viento
con su agrio olor a pichana!

¡Mediodía, mediodía!
¡Río azul, sierra escarlata!
Hiende el aire la alegría
de los arreos de plata.

Jinete en mi yegua baya
voy dejando atrás el llano.
Blanquea al sol mi achupalla
por el camino serrano.

ALFREDO R. BUFANO

ACEITE COMESTIBLE PURO DE OLIVA

REFINERIA DE ACEITE PURO DE OLIVA

BAU

CALIDAD EXTRA-FINA

Con los aceites pasa como con las nueces, con esta diferencia, que las nueces no tienen marca y hay que abrirlas para ver la clase, mientras que las latas de aceite no hay necesidad de abrirlas porque tienen marca y cuando se quiere la clase mejor se pide por su nombre: Aceite-Bau.



EL EJEMPLO DE LAS NUECES



AGRICVLTVRA



TRILOGÍA DEL MOMENTO

SEMBRAR MAS TRIGO. — ORDEÑAR MAS VACAS. — PLANTAR MAS ARBOLES

Con estos tres mandamientos condensa el Ministerio de Agricultura de la Nación, por medio de sus órganos de propaganda, la orientación que, en estos momentos, debe caracterizar la labor de los agricultores en la Argentina para satisfacer necesidades de orden nacional y beneficiar sus propios intereses.

En verdad: debemos *sembrar más trigo*, porque Europa



Sembrando al por mayor: 30 hectáreas por día.

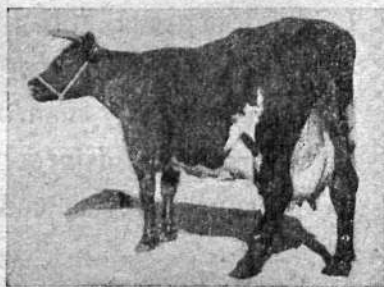
no puede cubrir las exigencias de su alimentación; porque el mercado mundial ofrece precios y perspectivas halagüeñas para nuestra producción cereal; porque el promedio de los dos últimos quinquenios acusa que el área cultivada con trigo no aumenta en forma y proporciones sensibles, oscilando alrededor de seis y medio millones de hectáreas, mientras en la gran zona cerealista que actualmente ocupa el trigo en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, La Pampa, y que cubren una extensión territorial que pasa de 82 millones de hectáreas, puede su cultivo encontrar una vasta y fácil expansión, dentro de su área normal agrológica y económica,



Los precursores del momento actual: Cien hectáreas de parque.

puesto que los 7 millones que este año hemos cosechado, apenas representan el 8 por ciento de aquella extensión; y aunque la ganadería, los demás cultivos, los bosques y tierras inútiles, etc., ocuparan la mitad de *aquel territorio, siempre el trigo tendría una superficie* disponible para su futura extensión, de muchos millones de hectáreas de buenas y fertilísimas tierras de pan-llevar ubicadas bajo climas benignos y adecuados; debemos, en fin, sembrar más trigo para hacer obra patriótica y proficua que eleva y robustece el índice de la riqueza y prosperidad nacional.

Debemos también *ordeñar más vacas* por muchas razones: porque tenemos más de 35 millones de cabezas de ganado vacuno, que pastan en unos campos naturales o alfalfados que nos envidia el mundo entero y solamente ordeñamos poco más de 2 millones de vacas lecheras y nos contentamos con las que dan 600 litros de leche por año, cuando podríamos ordeñar por lo menos 10 millones de vacas lecheras con una producción de más de dos mil litros por año; porque en la Argentina se toma poca leche, mientras esta constituye un alimento sano, abundante, completo, barato, con el que podríamos alimentarnos más y mejor y con poco gasto; porque tenemos en Europa y Norteamérica una buena clientela para nuestra manteca, pues si bien hemos exportado en el año 1923 casi 33 millones de kilogramos de manteca, tenemos una capacidad productiva para duplicar y triplicar esa cifra en cualquier momento; lo mismo puede decirse de la exportación de quesos que en el año 1919 alcanzó casi los 9 millones de kilogramos, mientras en 1923 apenas pasó los 5 y medio millones y todavía hemos importado más de un millón de kilogramos— porque la leche flaca y el suero derivados de la elaboración de la leche pueden alimentar millones de cerdos, cuya cría es lucrosa en sumo grado; y porque, en fin, la explotación del tambo ya sola o asociada a las industrias de la granja, constituye un auxiliar poderoso y providencial para el agricultor, que perfecciona y estabiliza su empresa.



Campeona argentina: 30 litros por día. ¡Así da gusto, ordeñar más vacas!

Y, en fin, debemos *plantar más árboles*, muchos árboles, para asegurar más las cosechas mayores, que constituyen la fortuna económica del país y que están, frecuentemente, subordinadas a la marcha del clima y a sus rasgos intemperantes y caprichosos; para procurar abrigo al ganado en los campos y proveer de combustible, sombra y adorno al hogar rural, al rancho humilde del puestero y del agricultor y dotarlo de este elemento de cultura, de progreso, de bienestar, de salud y que es también emblema de propiedad, que arraiga el hombre a la habitación, lo vincula a la tierra por ese anhelo constante, por esa aspiración suprema y universal de todas las clases sociales desheredadas por la suerte; para eliminar esos 84 millones de pesos, que acusa nuestra última importación anual de maderas del extranjero; y, en fin, para continuar y perfeccionar la obra de la creación cubriendo de arboledas todo el territorio del país, que solamente tiene un 14 *por ciento cubierto de bosques*, quedando el resto, como inmensa sabana desprovista totalmente del verde manto de vegetación arbórea, la vasta planicie del centro, la extensa e interminable llanura pampeana, y precisamente la zona económica mejor del país, donde la civilización agrícola y ganadera ha sentado y extendidos sus dominios.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO



NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—¿Y usted cree doctor que la pierna no la volverá a poner derecha?

—No solamente no la podrá poner derecha sino que morirá.

—¡Pobre! ¡Después de tanto sufrir con una pierna encogida va a *estirar la pata!*

Nuevos Bachilleres egresados del Colegio Nacional de San Juan



Oscar Varela. Jerónimo Hernández. Raquel Kirchuvsky. Evaristo Bustos. Petrona Gutiérrez. Gabriel Gallardo. Berta Salvatierra.



Arturo Guimaraes. Felipe Cobas. Humberto Masquijo. Domingo Krausse. Filomena Riveros. Ernestina Andino. Miguel Dobladez.

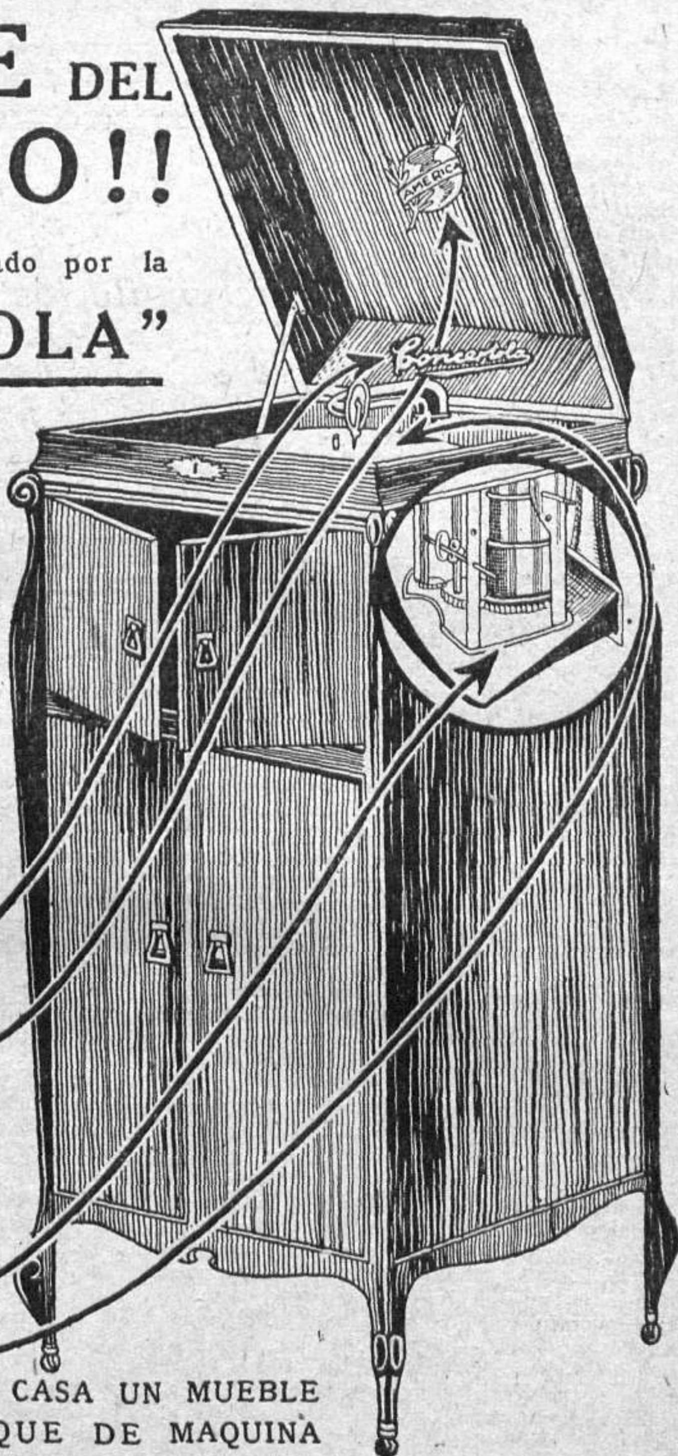


Señoritas de la Sociedad "Amigos de los Pobres" repartiendo ropas entre los pequeños necesitados de esta localidad.

¡¡CUÍDESE DEL ENGAÑO!!

El éxito sin igual alcanzado por la

"CONCERTOLA"



debido a su perfección insuperable, ha dado incentivo a comerciantes pocos escrupulosos para imitarla en sus características exteriores ofreciendo modelos parecidos con el atractivo del bajo precio.

PARA EVITAR SER DEFRAUDADOS EXIJA SIEMPRE LA PALABRA:

"CONCERTOLA"

Y LA MARCA

"AMERICA"

sobre cada aparato. Tendrá así la seguridad de obtener una máquina parlante perfecta que reune en sí los últimos adelantos de la MECANICA y de la ACUSTICA

NO LLEVARA ASI A SU CASA UN MUEBLE MAS O MENOS LINDO QUE DE MAQUINA PARLANTE SOLO TIENE LA APARIENCIA.

CONCERTOLAS desde $ **45** hasta $ **650**	GRAN CATALOGO N.º 21 de CONCERTOLAS y DISCOS REMITIMOS GRATIS	ACORDAMOS FACILIDADES DE PAGO

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de MAYO 979
BUENOS AIRES

No tenemos sucursales.
No cerramos los sábados.



La rehabilitación de la Dolores

El culto, celoso y diligente alcalde de Calatayud, don Antonio Banlagi, está empeñado en la noble tarea de rehabilitar la memoria de la Dolores, víctima de una leyenda calumniosa concretada en el popular cantar:

Si vas a Calatayud
pregunta por la Do-
[lores...
etc., etc., etc.

Un verdadero honor me hace el señor alcalde de la histórica ciudad, al solicitar mi colaboración — un ensayo, un artículo, un verso, una frase — que tienda a reparar el inmerecido ultraje de que es víctima la guapa moza de Calatayud.

«Basándose en el *conocido cantar* — me dice el señor Alcalde en su comunicación — Feliú y Codina forjó el argumento de su drama «La Dolores» que luego llevó Bretón al pentágrama, y más tarde, plasmado en la película del cinematógrafo, circula hasta en los más humildes pueblos. De un modo muy hondo se duele el sentido honesto de la mujer bilbilitana (Calatayud se llamaba Bilbilis durante la dominación romana) del infamante cantar, y, ciertamente, le es debida a ella, y por extensión a la mujer aragonesa, solemne y pública reparación».

Paréceme que el señor alcalde de Calatayud se excede en su celo; porque el percance personal de la Dolores, que además es pura leyenda, en nada empaña las sólidas virtudes de las damas y doncellas de aquel pueblo, ni, en general, de las garridas, honestas y fuertes mozas de los campos aragoneses.

Bilbilis, o Calatayud, ha dado, entre otros, dos personajes célebres, uno real, y otro imaginario: el gran poeta latino, Marcial, y la Dolores. No escapó tampoco el autor de los «Epigramas», a los efectos deletéreos de la ponzoñosa calumnia; y si bien es cierto que dedicó loas hiperbólicas a cuatro emperadores decadentes, sobre todo a Domiciano, no es menos exacto que abandonó las turbias tareas forenses por el cultivo de las letras. «Yo he sido y soy pobre, Calistrato, pero no obscuro ni caballero de mala fama»; — dice Marcial, saliendo al paso de los calumniadores. Y añade en otra parte: «No sabes, lector, cuánto me cuestan tus aplausos. Porque si yo quisiera defender causas en el templo de Saturno; si quisiera vender mi elocuencia a los temblorosos acusados, muchos navieros, mis clientes, aprovisionarían mis bodegas de vinos españoles, y mi toga se mancharía con el dinero de todos los países.»

En medio de sus triunfos en Roma, no olvidaba Marcial a los bilbilitanos, a sus paisanos de Calatayud. Y, al revés de la Dolores, el epigramático vate, orgulloso de su genio, como todo poeta, creía honrar con su gloria a todos los habitantes de su pueblo. «¡Oh. mis conciudadanos — dice — nacidos en la escarpada montaña de Bilbilis, ¿no estáis gozosos y ufanos de vuestro poeta? Yo soy vuestro honor, vuestro renombre, vuestra gloria. Hace treinta y cuatro años que ofrecéis sin mí vuestros rústicos pasteles a Ceres; y desde que habito en la soberbia Roma, mis cabellos han cambiado de color. Si vuestra acogida ha de ser cordial, estaré entre vosotros; si es fría, pronto retornaré.

Plinio, el joven, que le admiraba, le dió dinero para volver a Calatayud, prueba de que no se corría mucho Domiciano en sus dádivas. Y ya viejo, frisando en los sesenta, encontró novia rica en Calatayud, Marcela le ofreció su amor y su belleza, casa espléndida y jardín maravilloso, según cuenta el propio poeta: «Estos bosques, estas fuentes, estas glorietas revestidas por un parral; este arroyo de agua viva y corriente; estos prados, estas rosaledas que no ceden a las de Pestu, que florecen dos veces al año; estas legumbres que verdean en enero y no se hielan jamás; estos viveros en donde nada la anguila doméstica; esta torre blanca, asilo de blancas palomas, son un presente de mi esposa, Marcela me ha dado, después de siete lustros de ausencia, este pequeño reino. Si Nausica me cediese los jardines de su padre, podría decir a Alcinóo: amo más los míos».

Según un biógrafo moderno de Marcial, don Ricardo del Arco, ilustre cronista aragonés, el poeta, a pesar de estos lujos y del amor de Marcela, vivió sus últimos años un poco triste en Calatayud, o Bilbilis, nostálgico de la vida estrepitosa de Roma y de la popularidad que gozara bajo Domiciano, fama que decayó mucho en tiempos de Nerva y Trajano. *Sic transit gloria mundi...*

❦

Calatayud es una ciudad recia, austera, llena de sano vigor. Su título de Augusta, otorgado por los Césares, da idea de su importancia en el período romano. Aun se conservan allí los bustos de Augusto, Tiberio y Calígula. En sus campos libraron cruenta batalla Sertorio y Metelo. Una ciudad con tales timbres de honor y de gloria, no puede permanecer bajo los efectos depresivos de una insidia coplera como la dedicada a la Dolores. Y se explica, por lo mismo la actitud caballeresca del señor alcalde, intentando una pública y solemne reparación a las mozas bilbilitanas, cuya limpia doncellez, según el justo juicio de la primera autoridad de Calatayud, padece un tanto bajo la universal difusión de la consabida copla. Desde luego,

el alcalde exagera al suponer que el mundo confunde con la Dolores a todas las chicas de la comarca. Es lo mismo que si se juzgara a todas las francesas por la Dama de las Camelias, o a todas las españolas por la Bella Otero. La seducción es un percance, un pequeño percance individual, cuyos efectos morales, nunca alcanzan a la colectividad.

Con todo, yo quisiera secundar al señor alcalde en su obra reparadora. Pero, ¿ha existido la Dolores? ¿No es una entelequia, una ficción, un ser imaginario, producto artificioso de un poeta popular, de Celemín—creo que se llama Celemín el que lanza la copla infamante? — Y si no tiene existencia real, corpórea y deteriorada, ¿cómo la vamos a redimir?

En la hipótesis, inadmisible, de la existencia de la Dolores, no hay más que dos medios de redención, o arreglo del estropicio: uno es aquél en que era maestra la madre Celestina, y en cuya eficacia nunca creyó Quevedo; otro, el más heroico, según el prejuicio vulgar y corriente en el mundo, consiste en ofrecer a la Dolores nuestra mano y nuestro nombre.

Dispuesto a complacer al señor alcalde de Calatayud, yo me ofrezco para esta obra redentora. Puede enviarme la Dolores y me caso con ella. Esto es mucho más eficaz que un artículo, un verso, o un discurso defendiendo a la moza. Hay cosas que no se arreglan con literatura. Por lo demás, todo alcanza en la vida soluciones decorosas. Y si Marcial, ya viejo y caduco, farrista y tronera en Roma, durante cuarenta años, encontró al fin novia rica y bonita en Calatayud, bien puede la Dolores hallar en mí, no un novio de tanto viso literario como Marcial, pero sí un hombre superior, desde luego, a Celemín, el alardoso de favores que acaso no obtuvo.

Quizá choquen en Calatayud estos arrestos míos. Carecen, sin embargo, de valor alguno. Porque yo creo que Anatole France tiene razón al afirmar que estos percances femeniles no superan en importancia al acto corriente de cortarse el pelo. Una larga tradición de prejuicios y de monogamia por parte de la mujer — pues el hombre sigue siendo polígamo — nos hace ver el asunto en forma absurda y trágica.

En dictamen de Lamartine, cuando una mujer cae desde lo alto, puede repetir como Cristo: «Estoy triste hasta morir». La poesía es el arte de la amplificación. Me parecen mucho más acertadas estas palabras de Mlle. de Scúdery: «el amor es un no sé qué, que viene de yo no sé dónde y concluye yo no sé cómo». Así es, en efecto. Quizá la Dolores pensara lo mismo, y no se quedase como dice Lamartine, triste hasta morir. Para Ninón de Lenclós lo que hace el amor peligroso es la idea sublime que de él nos forjamos a veces. Hay quien cree que el amor, aparte de su misión de perpetuar la especie, no es más que un producto artificial de la literatura.



Tengo por imposible la noble iniciativa del señor alcalde de Calatayud. Porque no se trata de rehabilitar la memoria de una moza, de cuya existencia real nada sabemos con seguridad, sino de abolir una poesía, un cantar difamatorio, que está en la mente de todo el vasto mundo hispanoparlante. ¿Cómo arrancarlo de ochenta millones de cabezas? No es posible, señor alcalde. La Dolores no podrá librarse nunca del dolor moral de esta copla.

Pero lo condenable en este cantar no es la Dolores, sino Celemín, el difamador por despecho. Y así, la manifestación proyectada y ya realizada, a la cual me invita a colaborar el señor alcalde, no debe ser para rehabilitar a la Dolores, sino para hundir en el desprecio al miserable Celemín, cuya conducta, fuera o no fuera suya la Dolores un momento, es siempre incalificable.

Yo no sé, señor alcalde de Calatayud, si la Dolores ha existido o no. Creo, sin embargo, que correríamos el riesgo de no ser creídos si afirmásemos que Aragón, en materia de deslices femeninos y de fragilidad amorosa, constituye una excepción en el mundo. En cambio podemos proclamar que jamás, jamás, jamás, el enhiesto y altivo carácter aragonés produjo un Celemín...

FRANCISCO GRANDMONTAGNE



COINCIDENCIA — ¡Ay, Atilio! Qué coincidencia: ¡estaba pensando en usted!...


Alumnos del Colegio "San Patricio" de esta ciudad, entre los cuales fueron distribuidos los premios obtenidos por su aplicación durante el año escolar.

CALENTAR SIN DESTEMPLAR

Sucede con frecuencia que hay necesidad de hacer un agujero en una barra de metal cualquiera. Se pueden presentar dos casos: que el agujero haya de practicarse en una de las extremidades o en el medio.

Para lo primero, se atraviesa una patata con la barra, corriendo aquella hasta unos milímetros antes de llegar al punto que quiera taladrarse. Se calienta al rojo éste teniendo cuidado de inclinar hacia atrás la parte contraria; el vapor de agua desprendido de la patata, condensándose sobre la parte trasera de la barra, la mantendrá completamente fría, y el calor no sobrepasará la que se quiere agujerear.

Cuando el agujero quiera hacerse en el centro, se procede del mismo modo, pero empleando dos patatas, que se colocarán a una y otra parte y muy cerca del punto por donde se quiera taladrar.

De este modo se procura poner al rojo la parte que haya de agujerearse sin destemplar el resto.

Marido, palabra con la cual se designa al miembro más importante de familia; tiene la misma importancia que el *balón* en el juego de football, en cuanto aparece en escena, le patean.

De Coghlan



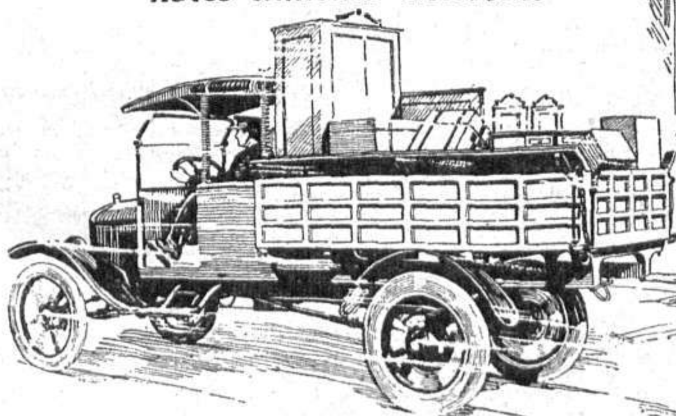
Núcleo de señoritas de esta localidad repartiendo juguetes entre los enfermitos del Hospital Pirovano.



Señoritas del comité "Corazones de Coghlan" que tuvo a su cargo el reparto de juguetes.

LA HIGIENE DE LAS UÑAS

"Llevad limpias las uñas, y la mayor parte de las epidemias desaparecerán". "¡Los gérmenes de todas *las enfermedades las transportamos nosotros* bajo las uñas!" Estos y parecidos aforismos y amonestaciones va lanzando con miras de propaganda higiénica, el "Matin", a base de las observaciones experimentales del doctor Manté, jefe del laboratorio de un hospital parisiense, a propósito de una verdadera epidemia de amigdalitis y de forúnculos que de algún tiempo impera con verdadero ensañamiento en toda la Francia y especialmente en la capital. Está fuera de duda, que el microbio del forúnculo el "estafilococo dorado", que una vez seco, no es muy peligroso (cuando no está asociado a otro microbio, el "etreptococo"), ha adquirido, después de la guerra, una virulencia creciente; las infecciones de "estafilococo" son cada vez más numerosas. ¡No es menos cierto, que las enfermedades microbicidas, contangiosas, no existirían si todos se dignasen observar las reglas — nada más simple y fácil — de las más elementales reglas higiénicas, salvándose así miles de existencias! La boca, la principal vía de acceso de los gérmenes que matan es servida por la mano; y en ésta — continúa el doctor Manté — y especialmente en las uñas, todos somos "portadores de gérmenes": de gérmenes de todas las enfermedades. El citado doctor que ha examinado las manos de gente de todas clases en su laboratorio, declara: "es espantosa la interminable colección de microbios huéspedes que viven en las uñas y que inconscientemente nos transmitimos unos a otros. Y termina diciendo: Limpieza mediante cepillo, asidua vigilancia enérgica de las uñas: impóntela a ti mismo, y exígela a los tuyos, a las personas que tienes a tu servicio, a los amigos"...



Tres «P» se necesitan para hacer una mujer: plumas, pieles y perlas.

Las perlas simbolizan las «lágrimas», y sin embargo toda mujer ambiciona ceñirse el cuello, la muñeca y los dedos hasta la frente, con ese simbólico llanto. Nuestros escritores hablan con imágenes poéticas de los reflejos extraños que adquieren las perlas al contacto del cutis femenino.

Los poetas han cantado las lágrimas maternales transformadas en perlas del Océano; y mil otras comparaciones bonitas pensando en las cuales, las mujeres se quedan en éxtasis delante de los escaparates y los hombres delante de un descote.

Toda esta gente está ilusionada.

Cuando la reina Cleopatra, para hacer un brindis a Marco Antonio se tragó una perla que valía un millón y medio, su huésped no pensó que ese grano precioso era una enfermedad de la ostra.



LAS TRES "P"



Un cuerpo extraño, un grano de arena, un huevo de pez, producen esa abundante secreción que se dispone en forma concéntrica.

Esta enfermedad, descubierta y observada por los chinos y los indúes, dió lugar a la fabricación de las imitaciones que hoy día se encuentran en el comercio y encima del 99% de las mujeres que llevan perlas. La enfermedad de las ostras viene provocada artificialmente con fragmentos de vidrio o metal.

Antes se había empezado la fabricación de perlas con escamas de un pez llamado Argentina. Se quitaban estas escamas, se lavaban y formábase una masa llamada esencia de Oriente que mezclada con «colapez» aplicábase sobre granos de cera que luego se cubrían con barniz. Pero el calor del cutis derretía la cera, sobre el descote de las elegantes y con grandísimo terror de las mismas. Un humilde comerciante pensó entonces en usar granos de vidrio, y desde 1867 se vieron en la Exposición de París unas imitaciones de perlas perfectas. Hoy día los mismos joyeros encuentran dificultad en conocer, a primera vista, las perlas falsas de las buenas.

Las ostras perlíferas se encuentran en las Indias, en el Japón, en los mares de América, en Arabia.

Los joyeros afirman que en la Argentina se prefiere la perla ligeramente esfumada, sobre todo las de tonalidad crema, Norteamérica las rosadas, Alemania las blancas, Francia las rosas y blanco-crema, Italia las blancas... y las negras también.

Cierto es que esa enfermedad de las ostras ha excitado tanto la fantasía humana, que los mejores brillantes no pueden estar a su lado.

En otros tiempos se ha creído que las perlas tendrían un poder curativo, así como los anillos eran preciosos talismanes.

También en los anillos la perla tiene un lugar de importancia.

En el siglo de las *supersticiones*, cuando la panoja debía de traer abundancia y la uva blanca disgustos, se excluía la perla de los anillos de compromiso, ¡porque era indicio seguro de grandes dolores! Lágrimas, lágrimas. Y se elegía un brillante y una piedra, o el zafiro o el ónix rodeado de brillante, haciendo juego con los aros, la pulsera y el «pendantif», y transformando la mujer en un escaparate de mal gusto.

Con mejor sentido práctico hoy la mujer se deja obsequiar la gruesa perla negra montada sobre platino, o el hilo de perlas pequeñas, perfectamente iguales, que tanto sientan a nuestra moda de vestidos sencillos, cabellos cortos y porte «dégagé».

Para esas siluetas el brillante sería un contraste.

¡Y entonces la ostra y su preciosa enfermedad!

Los indiscretos aseguran que la bella reina de España posee un collar de las más bellas perlas del mundo, y que ha dejado de lucirlo desde cuando vió uno igual al cuello de una riquísima norteamericana ambiciosa de rivalizar en elegancia con la soberana. La abuela del ex Káiser tenía también un hermosísimo juego de perlas, pero éstas, al contacto del aparato de cera que cubría el descote de la emperatriz, enfermáronse y palidecieron...

Entonces, después de mucho reflexionar, la ciencia mandó cerrar las perlas en un cofre y colocarlas en el fondo del mar.

Así se hizo y aquellas volvieron a tomar su coloración...

Otra maravillosa colección es la de la reina madre de Italia, Margarita, quien amaba las perlas sobre toda otra alhaja, y a las que el esposo, rey Humberto, regalaba cada año un hilo...

En esos meses fué vendida por remate y por más de once millones, el collar de Madame Thiers, que estuvo expuesto en el Louvre, y que su antigua dueña había formado a fuerza de economías.

Y también la leyenda de Don Juan habla de un collar de perlas, que él mismo rompió por distracción, y que había sido regalado a su bienamada por la madre de ella, quien lo había obtenido de una manera original.

Por cada tentación que la sabia señora había vencido, habíase hecho regalar de su esposo una perla...

Tiempos felices aquellos, en los que había más perlas, o quizás menos tentaciones.

De Pueblo Nuevo (Los Hornos)



Comisión directiva de la Asociación de Fomento "Unión Vecinal del Pueblo Nuevo", que organizó las romerías españolas celebradas últimamente.

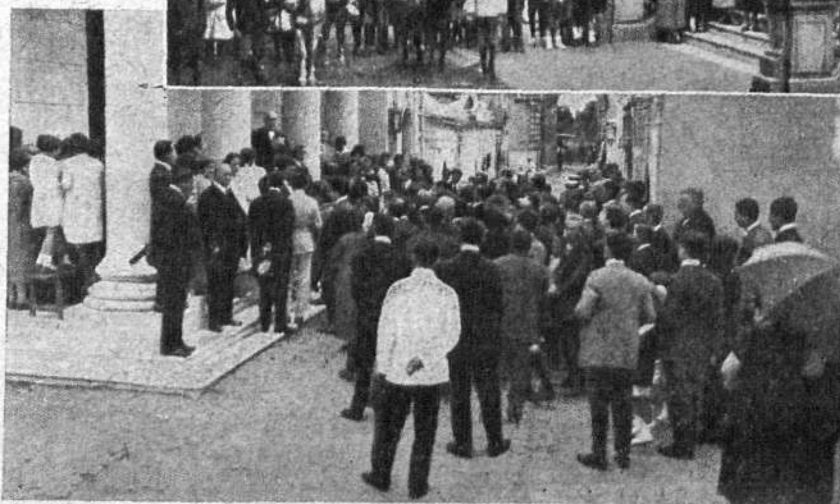


La Comisión de señoritas encargada, que tuvo a su cargo la dirección de los juegos y la distribución de obsequios y premios.

De Bragado

Comisión de señoritas que tuvo a su cargo el reparto de juguetes entre los niños pobres de esta localidad, acto que dió lugar a una *interesante fiesta* infantil realizada en los salones de la Sociedad Española.

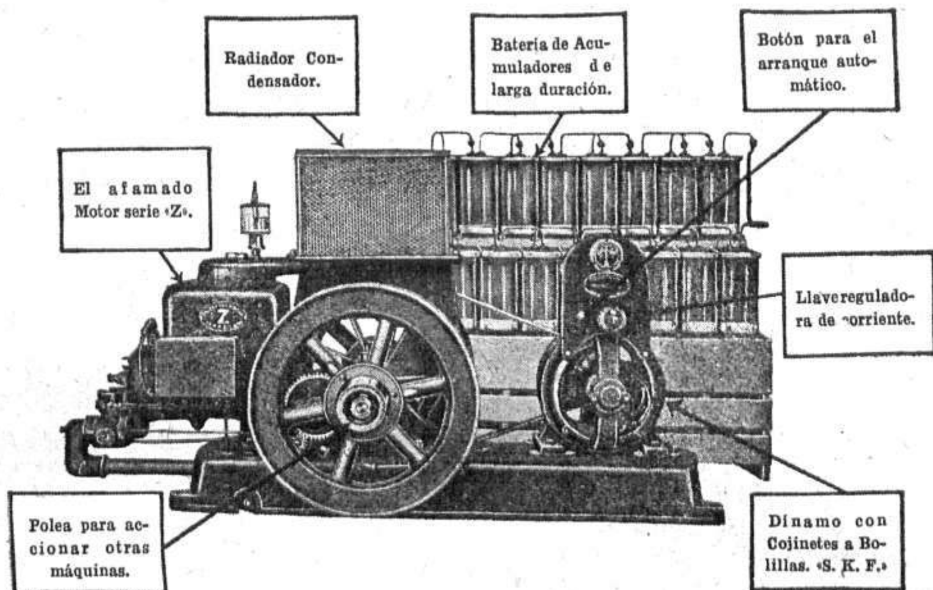




INAUGURACION DEL PANTEON DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE SOCORROS MUTUOS. El señor Jesús Otero pronunciendo el discurso inaugural.

OBSERVE LA **SIMPLICIDAD** Y A LA VEZ LA **UTILIDAD** DEL EQUIPO PARA LUZ ELECTRICA

EFEMCO



N.° 1 1/2 para 40 luces.
N.° 2 " 80 "
N.° 3 " 100 "

También disponemos de Equipos serie "F" con o sin motor. Los poseedores de motores pueden con un gasto ínfimo, proveerse de un Equipo "F" con o sin batería de acumuladores.

PIDAN DETALLES

Tenemos algunas zonas disponibles para nombrar representantes.

HENRY W. PEABODY y Cía.

Bmé. MITRE, 1746. BUENOS AIRES





Diversos aspectos de la brillante fiesta social realizada en el Munical, al objeto de allegar recursos para la erección del monumento al brigadier general don Estanislao López.











Para que todos comprueben la superioridad de nuestros instrumentos ofrecemos, CASI REGALADOS

Este bonito ACORDEON de 8 bajos y 19 voces, sonido fuerte y vibrante, con método para aprender sin maestro y embalaje gratis por solo

$ 15

Esta preciosa *Guitarra* "América", verdadero instrumento artístico, construida en madera estacionada de nogal con finos trabajos de mosaicos en la boca. Voces melodiosas. Con método "América" para aprender sin maestro,

$ 13.90

Este regio ACORDEON a PIANO de la afamada marca "PIEMONTE" 36 bajos, voces de acero finísimo, sonido fuerte y sumamente armonioso, en rico estuche similicuero y método "América" para aprender por música y cifra,

$ 190



El más grandioso surtido en GUITARRAS NACIONALES y ESPAÑOLAS, de Estudio y Concierto, ofrecemos a precios incompetibles. Rogamos solicitarnos el catálogo ilustrado N.º 23.

Todos los demás tipos y modelos de ACORDEONES a PIANO, SEMITONADOS, CROMATICOS y DIATONICOS, ofrecemos a PRECIOS INCREIBLEMENTE REDUCIDOS. Solicite el catálogo ilustrado N.º 26.

CASA AMERICA
(STAHLBERG & RIGOTTI)

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

MOMENTOS EMBARAZOSOS

Por el dibujante norteamericano CHARLES DUNN



Cuando usted se metía en el cercado ajeno, y el hortelano le aplicaba un penal.



Figúrese el estrilo de don Cristóbal Colón al enterarse de que no había descubierto nuevamente el Asia.



Cuando usted purga el pecado de haber recibido momentos antes un billete falso.



Cuando usted quiere darle al cuzco de su novia un puntapié en lugar de dejarse morder por el animalito.



Cuando usted sufre la pequeña molestia de ser rechazado en plena avenida.



Cuando una muchacha le confunde lamentablemente.

FERNET-BRANCA



1844 1925

Cambian gustos y costumbres...

los progresos que se realizan en todas las ramas de las actividades humanas, crean novedades, reemplazando lo viejo. - Rara excepción, el FERNET-BRANCA, en su vida octogenaria, no ha sido reemplazado, ni siquiera igualado; sigue siendo **único** e **indispensable** por sus eminentes cualidades tónicas estomacales, que le han valido su justo renombre universal.

Importadores: **HOFER & Cía.** - Buenos Aires.

CONVENIENTE OFERTA para NOVIOS



UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS de oro 18 kilates verdosos, de 6 gramos c/uno con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo **$ 30.—**

El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates macizo. Precio excepcional........ **$ 45.—**



N.° 548. — ANILLO de oro 18 kilates fix cincelado y un brillante químico, fino, a....$ **14.00**



N.° 510.—PLATA 900 para señorita, con el nombre en esmalte, a.. $ **3.90**

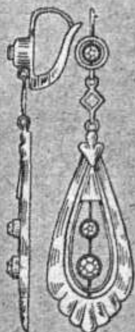
De oro 18 kilates, macizo, esmalte fino, a fuego, a.... $ 18.—

GARANTIA POR 5 AÑOS

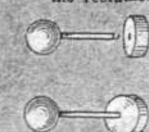


$ 45

N.° 553. — TRES TAPAS plaqué oro 18 kilates inalterable, máquina áncora con 15 rubíes, monograma grabado, cadena y cortaplumas enchapado en oro, todo como reclame......... $ **45.00**



N.° 577.—ORO garantido y químicas finas, pesos...... **15.00**



N.° 555—ABRIDORES de orejas, de oro 18 k. macizo a presión, precio increíble, el par, a..$ **5.90**



N.° 205—ARITOS de oro para niña, c/ perlitas finas, a $ **4.00**



N.° 580.—BONITOS AROS plaqué 18 k. inalterables, y químicas finas por sólo $ **5.90**



N.° 142.—PLATA 900 con iniciales en esmalte, $ **5.00**



N.° 550.—GEMELOS plata 900, con iniciales que se deseen, en esmalte, el par a $ **4.50**

DE ORO, 18 k., a $ 24.

ACEPTAMOS EN PAGO CARTONCITOS "43" A DOS CENTAVOS CADA UNO

LA SUIZA AMERICANA

RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 - BUENOS AIRES

4 Volúmenes que son una verdadera joya del arte pictórico.



EN ESTA MARAVILLOSA PUBLICACION

se reproducen, con una fidelidad asombrosa, las obras de más renombre y valía que existen en los

MUSEOS DE FLORENCIA
MUSEO DEL PRADO
MUSEOS DE LOS PAISES BAJOS
MUSEOS ALEMANES

No deje de adquirir esta colección sin igual y única en el mundo.

Consta de cuatro preciosos volúmenes regiamente encuadernados en "chamois", tamaño 32×26 centímetros, con un total de 240 grandes reproducciones en colores y más de 500 páginas de texto. Cada reproducción va acompañada de una extensa explicación técnica histórica y emocional.

Al contado $ 35.— m/n. c/uno.

CONCEDEMOS LARGO CREDITO

Cada volumen, $ 40 %. por mensualidades de pesos 10 cada una.

Pida gratis el Folleto explicativo.

Los 4 volúmenes, $ 20 %. al contado y 14 mensualidades a $ 10 c/u.

SIN FIADOR NI PAGARES

Cupón para el folleto gratis y condiciones de compra de la Colección GALERIAS DE EUROPA.

D. ....

Profesión ....

Calle ....

Localidad ....

Provincia ....

C. C. 2. Corte este cupón y envíelo a:



EDITORIAL LABOR

Piedras 599 - Buenos Aires.

Casa Editora de Obras Modernas de Ingeniería, Medicina, Farmacia, Química y Arte; Enciclopedias prácticas de Comercio, Electricidad, Mecánica, Automovilismo, etc. A solicitud, remitimos gratis el folleto explicativo de la sección u obra que le interese.



Sepa el lector — a manera de introducción y como panacea sedativa — que no es propósito del cronista hacer una página severa de historia filosófica sobre «Las leyes de los reinos de las Indias».

Un amigo suyo, en los ratos de ocio, estudiaba el diccionario enciclopédico; el cronista ha estudiado estas preciosas leyes. Una enseñanza ha conseguido asimilar desde el principio: en ellas se habla a cada instante de los «contadores de cuentas»; parecería que en aquellos remotos días del año 1681 — en que vieran la luz en forma de recopilación — el desprestigio de los «contadores de cuentas» había alcanzado tal popularidad, que fuera preciso diferenciarlos de los otros, los serios, los útiles al tesoro público, agregando al título de aquéllos la aclaración: «de *cuentas*».

El cronista se clasifica entre los desprestigiados, luego, sino es útil, por lo menos es pintoresco.

Las tapas que cubren la sabiduría codificada que estas leyes guardan, son de terso cuero de carnero. Este modesto animalito ha cubierto en todas las épocas las cosas más solemnes de la administración y la política.

Esta vez se nos ha ocurrido glosar las leyes que hablan a los virreyes, gobernadores, oidores y demás ministros y personajes de la justicia, del ejército, de la precedencia y forma de las ceremonias.

Una de las leyes, dictada por Felipe IV, en Fraga, a 21 de Junio de 1644, dice textualmente: «*Ordenamos a los presidentes, y oidores y a los demás ministros, que en las iglesias recibieren la paz, que hagan la cortesía y urbanidad, que (conforme al Ceremonial Romano y órdenes nuestras) se deve al clérigo que la administrare*».

Se ve, desde luego, el espíritu de cultura que deseaban imponer en las prácticas de la gente de las Indias. Algo muy principal — en este orden de recomendaciones — es la categórica que se hace a los virreyes, diciéndoles que no se hagan esperar y lleguen con exactitud a la hora señalada para el comienzo de las fiestas de «tabla». Teníase por falta grave, en la península, la desatención de los mandatarios hacia sus inferiores y pueblo, cuando llegaban tarde a las ceremonias.

Cita criolla solemos decir, cuando alguien falta, en nuestra tierra, a la hora convenida; y atribuímos a los ingleses la exactitud y puntualidad. Mal decimos y hacemos, en tales casos. Las fuentes de nuestra ética están profundamente estudiadas en estas leyes de las Indias, y vemos que en ellas se ordenaba la puntualidad. No serían ya, en esos tiempos, muy elegantes los gobernadores y virreyes, si tenían costumbre de hacerse esperar para el comienzo de las fiestas de *tabla*. Quizá esta ley sabia tuviese el propósito de evitar que llegasen tarde y entrasen haciendo ruido, como los nuevos ricos en los teatros de mundo.

Los tres Felipes, II, III y IV, tuvieron una misma preocupación y la resolvieron por una ley que dictó el primero en 1579, y la confirmaron los otros dos en 1618 y 1621. Refiérese ella al acompañamiento de los virreyes y presidentes, hasta su domicilio particular, después de haber asistido a las fiestas oficiales.

Transcribiremos una parte de la ley, para que pueda apreciarse su verdadero espíritu. Dice así: «*En las ocasiones en que fuesen convocados para cualquier acompañamiento, y se celebrase fiesta de tabla, el Oidor más antiguo, o el que sucediere en su lugar, vaya al lado izquierdo del virrey, o presidente, y luego que llegue a emparejar con él, le haga la cortesía y reverencia debida, como a Virrey y Presidente, y él le corresponda con el agrado y buen término, que se deve, de forma, que entre todos conserven la buena correspondencia, que es justot y cuando volvieran a nuestras casas Reales todos los Oidores, Alcaldes, Fiscales, y los demás del cuerpo de Audiencia, si aquel día no hubieren de comer juntos, se queden a cavallo a la puerta, pasando por en medio el Virrey, o Presidente, y desde los cavallos le hagan la cortesía devida, y solamente se apeen los Alcaldes de el Crimen en Lima, y México y estos vayan acompañando al Virrey hasta la puerta de su aposento, por que el oficio de los alcaldes en cuanto es execución de la justicia criminal, ha de andar tan cercano, y a la mano del Virrey, que por ésta razón se separen de los demás, sin que esto sea disfavor, ni desigualdad, sino honra y preeminencia de sus oficios, lo qual se guarde así quando el Virrey fuere en coche: como quando fuere a cavallo, con que si fuere en coche con los oidores, se apeen los oidores, y le vayan acompañando hasta la escalera, adonde el Virrey les dirá que se queden, y la primera vez, sin embargo de esto, subirán un poco más, y el Virrey les bolverá a decir que se queden, y no pasen adelante, ellos lo harán así: y los Alcaldes proseguirán hasta la puerta del aposento, y por la misma razón de acompañar los Alcaldes al Virrey, deven hazer lo mismo los Oidores de las demás Audiencias, con sus Presidentes, pues tambien exercen la jurisdicción criminal*».

La primera recomendación que se hace en esta ley, procura que los virreyes y presidentes de audiencia, no sientan la parábola de su preeminencia y traten a los subordinados y funcionarios menores con tono de protección.

Si esta ley, que en su forma es tan franciscana y en su fondo tan generosa y seria, se aplicase hoy en nuestro ambiente, concluiría la eficacia satírica de la frase:

— He visto a *Fulano*. Iba con aire *de diputado*.

Muy natural. Porque entonces los diputados, aun los que más de sorpresa llegaron a su apogeo político, nos tratarían con *aire* de atención y *grata correspondencia*, tal como lo mandaron en su ley los otros Felipes.

En cuanto al acompañamiento del virrey se refiere, jamás se ha visto nada más previsor que aquello de: «le vayan acompañando hasta la escalera, *adonde el Virrey les dirá que se queden y no pasen adelante*». Sería un arma brillante para nuestros presidentes y minis-

tros. Sin embargo, una pequeña sutileza se ha deslizado en esta ley: para llegar al aposento de los virreyes, ¿habría que subir siempre una escalera?

En otra ley, de 1618, se establece lo siguiente: *En los actos eclesiasticos, y otros lugares públicos, no hagan el Presidente y Oidores, Audiencia, ni voten negocios y solo asistan colegialmente, y si se ofrece hablar con Prebendado para algún caso, o accidente, que toque al govierno, el Presidente, y Oidor más antiguo en su ausencia, le llame, quite la gorra, y trate como es justo, y lo hiziera fuera del acto de judicatura, estando en el Tribunal y Audiencia: que la misma orden se observa en estos Reynos de Castilla y no le llame de vos".*

Tres cosas importantes establece esta ley: 1º. que en la iglesia no deben los funcionarios realizar actos de compraventa ni ocuparse de negocios privados o públicos; ni interrumpir los oficios sagrados pidiendo la palabra o votando asuntos en deliberación; 2º. que cuando el Virrey se halle en la iglesia y se encuentre con un prebendado, con quien deba conversar, se quite, antes la gorra; y 3º. que no se tome la libertad de tratar de *vos* a los prebendados.

No es aplicable esta ley a nuestro tiempos, ni aun por lo de la gorra, puesto que todos entramos en cabeza al templo.

Ahora bien: nos pasmamos cuando vemos en las grandes fiestas oficiales, romper las vallas opuestas al elemento sin representación legítima e invadir las estrados y lugares reservados por lógica precedencia, llenándose así los sitios de la comitiva con la gente que tiene la transitoria culminación del minuto, surgida quizás, del milagro político.

En 1619, Felipe III ponía coto a semejantes abusos con una ley que establecía: *"no consientan ni permitan (los Presidentes Oidores, etc.) que en ningunos actos públicos se junte, e incorpore con ellos ninguna persona, de cualquier estado, o dignidad que sea, etc.".*

Y aun más: — *"no pueden, ni deven juntarse ni introducirse en ella (Audiencia o ceremonia) aunque sean prelados, o Titulados, o criados de los Virreyes, en cualquier exercicio, por preeminente que sea".*

Otra vez los tres Felipes vuelven a coincidir en una preocupación, pero ésta, merece ser censurada. Establecen por ley, el asiento que tendrán las esposas de los ministros en las fiestas de «tabla», y veamos lo que ordenan:

— *"Que en las capillas mayores de las Catedrales, no haya ni se permitan estrados de madera para las mugeres de los Presidentes y Oidores, Alcaldes del Crimen y Fiscales, y los demás, que tienen asiento en cuerpo de Audiencia, con espaldar, ni sin él, ni más bancos de asiento, que los permitidos por otras leyes, y se acomoden, de modo que no haya escándalo teniendo sus asientos en la peana de la Capilla Mayor por la parte de afuera, con algunas personas de autoridad, sus familiares, o otras mugeres principales, que llevaren consigo, y no indias, negras, ni mulatas".*

Lo peor que tiene esta disposición sobre las dignas señoras de los presidentes oidores y fiscales, es la advertencia de que *se acomoden de modo que no haya escándalo*. Pudiera decirse, por desprestigiarlas, que eran escandalosas, o al menos, que lo eran a menudo. Sin embargo, las crónicas nos cuentan el cúmulo de sus virtudes, y si no lo eran en público menos lo serían en privado: hasta la ausencia del baño, les evitaría serlo consigo mismas.

Los tres pulcros Felipes, armónicos, sesudos, coincidentes, cuántas leyes escribirían hoy, para reprimir el escándalo, si tal llamaban a la concupiscencia mundana.

Mal nos suena, también la expresión *acomodarse*, en semejante advertencia. Para acomodarse, según el valor del vocablo en aquella época y en la presente, las señoras debían arrellanarse demasiado en sus asientos; tomar amplia comodidad o recostarse. Acepción idéntica le daba Fray Luis de Granada, contemporáneo de esas leyes, cuando escribió: — había dos banquillos toscos de pino, en que ambos se acomodaron».

Las señoras de aquel tiempo, no se *acomodaban* en la iglesia. De nuestra era, la historia juzgará...

No sólo con las señoras usaban los tres Felipes, de palabras duras. Veremos con qué despejo, aquellos venerables monarcas, llamaban *indecentes* a los prelados.

Dice así, una ley dictada en 1619:

"Algunos prelados han introducido llevar el dia de Corpus Christi en la procesión una silla en que sentarse, siempre que el Santisimo Sacramento se detiene en Altar, o otra parte, asistiendo en la procesión nuestra Real Audiencia. Y porque es indecente introdución, y no se deve permitir, encargamos a los Prelados que los escusen, y no hagan semejante novedad".

⊡

¿Qué entendería don Felipe III, por *indecente introducción*, para calificar con tanta crueldad, el inocente acto, de sentarse, realizado por los padrecitos que entonaban las loas del Corpus Christi? No merecían ellos semejante baldón. Muy bien se libraban de ser indecentes y hasta se morían de virtuosa consunción. Luego: perdonen las señoras a los tres Felipes, la afrenta anterior, por que ellos eran así; excesivamente expresivos cuando querían ordenar y reprimir.

⊡

El quitasol — cuyo bonito nombre se ha transformado adoptándose el de sombrilla — también entretenía la atención de don Felipe IV. Le usaban los prebendados, en España y por reflejo en las Indias.

El uso del quitasol desapareció con el paganismo y resurgió en Europa a fines del siglo XVIII.

No obstante, en España, los prebendados lo usaron más que como una comodidad, como un símbolo. Si fuésemos irreverentes — no lo somos — diríamos que en eso se parecían aquellos señores de preeminencia, a Dionisio, el Baco de los Helenos, que le sacaban en andas durante la *fiesta de los quitasoles*, y una doncella le resguardaba con uno, su cabeza de piedra...

Don Felipe IV, dispuso lo siguiente:

— *"Todas las vezes que concurrieren los Prebendados de las Iglesias con Audiencia Real en procesiones, y otros actos, no usen de quitasol, ni dexen de ir a las funciones de su obligación, por falta dél.*

En esto, los prebendados, cuando se hallaban en fiestas oficiales al aire libre, no se diferenciaban de nuestros funcionarios del Estado, si les toca un día de «Tedéum» y desfile militar con lluvia. Nos superan en este punto los mandatarios de Siam, de las Molucas, de Java y de Ceilán.

No pueden jactarse nuestros diputados de tener la primicia de la ley de alquileres.

Si bien don Felipe IV, en 1622, se ocupó, no ya del precio del alquiler

de las casas, sino de las preferencias que debían tenerse en cuenta para la elección del inquilino, estableció por ley una restricción al derecho de alquilar las fincas de propiedad particular.

— "*Si concurrieren Obispo, y Oidor a alquilar casa para su vivienda, sea preferido el Obispo, sin competencia, pues por ser Pastor y Prelado se le deve guardar este respeto*".

Ante semejante situación, los inquilinos sin tonsura tomarían represalias contra los obispos.

Una rara coincidencia debe advertirse con juicio: la ley de Felipe IV fué dictada a 9 de Septiembre de 1622; la ley de alquileres del Congreso Argentino, a 19 de Septiembre de 1921. Veamos: 9 — 19 — y Septiembre, mes nueve. Luego con criterio moderno, con inquietante credulidad cabalística, los inquilinos deben proclamar al 9, su número simbólico.



La vanidad, según unos; el espejismo de su valor rotativo, según otros; el empuje de la preponderancia que da a ciertas personas la situación política, según algunos, originan conflictos entre la gente de *importancia* que asiste a las reuniones de ambiente oficial, sobre todo, en aquellas reuniones en que, el estar un poco más adelante o más atrás, en un palco o estrado, o en un lugar donde la comitiva toma asiento en sillas escalonadas por filas, parece que diera o quitara lustre, así como los planetas tienen más o menos calor, según la distancia que media entre ellos y el sol.

En 1622, don Felipe IV estaba fastidiado con la relación que le hacían los viajantes y los virreyes en sus cartas, de esos conflictos de precedencia. En aquellos tiempos lo mismo que hoy, había resentidos en todas las ceremonias: madres y hermanas de diputados; cuñados y hermanos de altos funcionarios; militares retirados, ex magistrados; ex ministros; ex personajes de brillo obscurecido, que ante la disminución de su *rango* por los encargados de la precedencia, abandonan su lugar y se van haciendo ruido, en medio de la espectación general.

Por eso don Felipe IV, dió en Madrid, la ley siguiente:

— "*En materia de ceremonias, y lo que deben usar y practicar los Presidentes, o sus mugeres, Oidores, o Ministros de las Audiencias entre sí mismos, reciprocamente, suelen acontecer muchas dudas en actos públicos, y privados, de que resulta, que algunas vezes desean los ministros sus lugares, y se salen de las Iglesias, con escándalo y mal ejemplo, faltando por emulaciones a la paz, y conformidad, que conviene a nuestro Real servicio. Y porque cesen estos, y otros muchos inconvenientes, ordenamos y mandamos que los Presidentes y Oidores, habiéndose propuesto en el acuerdo la duda que se ofreciere, con quietud, modestia y brevedad, la resuelvan el Presidente y Oidores, y esto se guarde, con calidad de que luego nos consulten, porque visto en el consejo provea lo que más convenga*".



Don Felipe III, en su obra de altisimo magistrado, irradiaba cariño. ¡Qué rey tan amoroso! ¡Qué rey tan sedativo! Las damas debían quererlo mucho, porque, aun cuando corren versiones contradictorias, a las mujeres les gusta que los hombres sean cálidos, suaves, un tanto candorosos. Por eso, es principio de sana y provechosa filosofía acallar para con las mujeres la masculina demostración de la vehemencia; someter los impulsos y aún las creencias a una agradable y severa medida que tamice y pula, como el joven que amanece con su enmarañada melena, rebelde y erecta, y la seduce a la belleza de las líneas, mediante agua de rosas y goma de membrillo.

Don Felipe III quería una paz permanente entre los hombres, una fraternal correspondencia de afectos.

He aquí su ley:

— "... *cuando fuesen a casa del Virrey, (los alcaldes, oidores y fiscales) a negocios públicos o particulares, no los detenga, ni haga que aguarden, y les dé asiento, y así los oiga, pues como: Padre, Cabeza, Presidente y Protector de tales Ministros, los deve estimar, estando advertido, que será cargo, y ofensa contra la causa pública, faltar a esta honra y urbanidad, etc.*"

En otra ley de 1620, el mismo don Felipe, dispone:

— "*Ordenamos a los Virreyes, Presidentes, y Governadores, que quando los Comisarios de las ciudades les fueren a dar cuenta de algunos negocios convenientes al bien público, y administración de justicia, les den grata y favorable Audiencia, de forma, que su buen término, y el amor, y gratitud con los oyeren y recivieren, les obligue a mayor cuidado, y desvelo en cumplimiento de sus oficios*".

Nótese, que el espíritu de la primera y de la segunda de estas dos leyes, que culminaron la palabra *amor*, no puede ser más edificante y expresivo. La administración pública sería, de esa manera una verdadera cofradía.



Es corriente en nuestros días, tal vez por obra del predominio de los valores relativos en la consideración social, que los hombres ocultan y cambien el título de su función pública. Así un portero del Banco de la Nación, por ejemplo, escribe a su lejana tierra, y cuenta a sus deudos que *ahora es banquero del estado*. Un ayudante de cualquier secretaría de la administración nacional, se dice *el secretario*, o inventa un *pro secretariado* para él.

Creíamos, hasta ayer, que esa mistificación de la burocracia era obra de la confusión de nuestros procederes. Gracias a Dios, nos viene de lejos. La reprimió don Felipe III, en estos términos:

— "*Mandamos, que los Contadores de Cuentas no se intitulen Contadores mayores, ni el Tribunal Contaduría mayor, y quando sobreescriban las cartas unos a otros, y asimismo los particulares no los nombren del nuestro Consejo, ni ellos se lo permitan llamar, sino solamente Contadores, y Contadurias de Cuentas*".



Hemos llegado al término de este serio y gracioso capítulo de las leyes de los reinos de las Indias. El talento previsor de los reyes y de los miembros del Consejo de Indias se trasluce con claridad. Saquemos de esta glosa pintoresca las buenas enseñanzas que de ella se desprenden.

ARTURO M. MAÑÉ

De Luján



Alumnos del seminario local que fueron obsequiados con un almuerzo campestre, con motivo de su pase al seminario de La Plata, donde continuarán sus estudios.

SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DEL CARBÓN DE PIEDRA

El descubrimiento del carbón de piedra se debe al siguiente hecho curioso. Un día del verano de 1637, se le ocurrió a un monje del monasterio de Glastonbury (Inglaterra) salir al campo a coger moras y tuvo la suerte de detenerse en una vieja y abandonada cantera de piedra. En ella tropezó con una piedra extraña, de color negro, que recogió y se llevó al monasterio. Mostrósela al prior, pero éste no tenía ganas de inquietarse con piedras negras halladas por monjes golosos buscadores de moras, y, sin más ni más, la arrojó al fuego de la cocina. Entonces se produjo el asombro de toda la comunidad. La piedra ardía perfectamente. Desde aquel momento no se encendió fuego en el monasterio, que no fuese alimentado con aquella piedra negra. Pero los benditos monjes se cuidaron muy mucho de guardar el secreto que, hasta cien años después, no fué conocido del resto del mundo.

No tardó mucho el carbón en mostrar sus ventajas por casi toda la superficie de la tierra, que ofrecía generosamente al hombre sus entrañas henchidas del preciado mineral.

De O'Brien



Cuadro "Las mamitas".



Cuadro Gaucho.



Niñas de las Escuelas locales que tomaron parte en la hermosa fiesta escolar realizada con motivo de la finalización de los cursos.

"El alba".

SALUD
FUERZA
VIGOR

conseguirá Vd. tomando

Bioforina Liquida
de Ruxell

aprobada y recomendada por eminencias médicas como tónico ideal en casos de

***Debilidad, Anemia, Clorosis, Neurastenia** etc.*

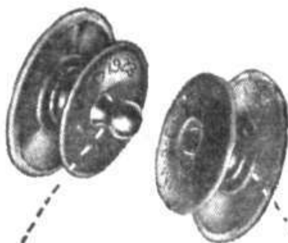
Venta en farmacias

TIRANTES CH. GUYOT

LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO

Rechácense las imitaciones.





Por que el gemelo Kum-a-Part puede ser garantizado por una vida entera.



Punta endurecida a máquina que retiene su forma sin perder nunca su poderoso agarre.



Resorte científicamente construído.

La punta de metal endurecido y el resorte científicamente construído del botón Kum-a-Part (características patentadas) no se encuentran en ningún otro botón separable para puños. Aseguran larga duración y dan una doble seguridad del resorte.

Pídale a su proveedor que le muestre el lindo surtido de botones Kum-a-Part.

Will L. Smith, Inc.

Representantes Exclusivos por Mayor

Cangallo, 1175 **Buenos Aires**

KUM-A-PART
CUFF BUTTON

Marca Registrada

"El resorte garantizado por una vida entera".

De Carlos Casares



Los concejales socialistas señores Bernardo Mindlin y Eduardo Hauferch presidiendo la comida que les fuera ofrecida por sus correligionarios y amigos.

LOS INSECTOS Y LOS COLORES

Indudablemente, las moscas, las mariposas, y en general todos los insectos, tienen marcadas preferencias por ciertos colores.

Para comprobarlo se han hecho muchas curiosas observaciones.

Después de encerrar en una gran campana de vidrio una buena cantidad de moscas, se pusieron dentro de la misma campana varias cajitas pintadas con colores diferentes. Las moscas se precipitaron hacia las cajas de tonos claros: rosa, verde pálido, amarillo limón, huyendo con horror de las pintadas de azul y de negro.

En cambio, los dos últimamente citados colores parece que son los preferidos de los moscones y de los tábanos; no hay sino fijarse en que atacan especialmente a las personas vestidas de negro o de colores parduscos.

Las mariposas tienen decidida predilección por las flores del mismo color que el de sus alas.

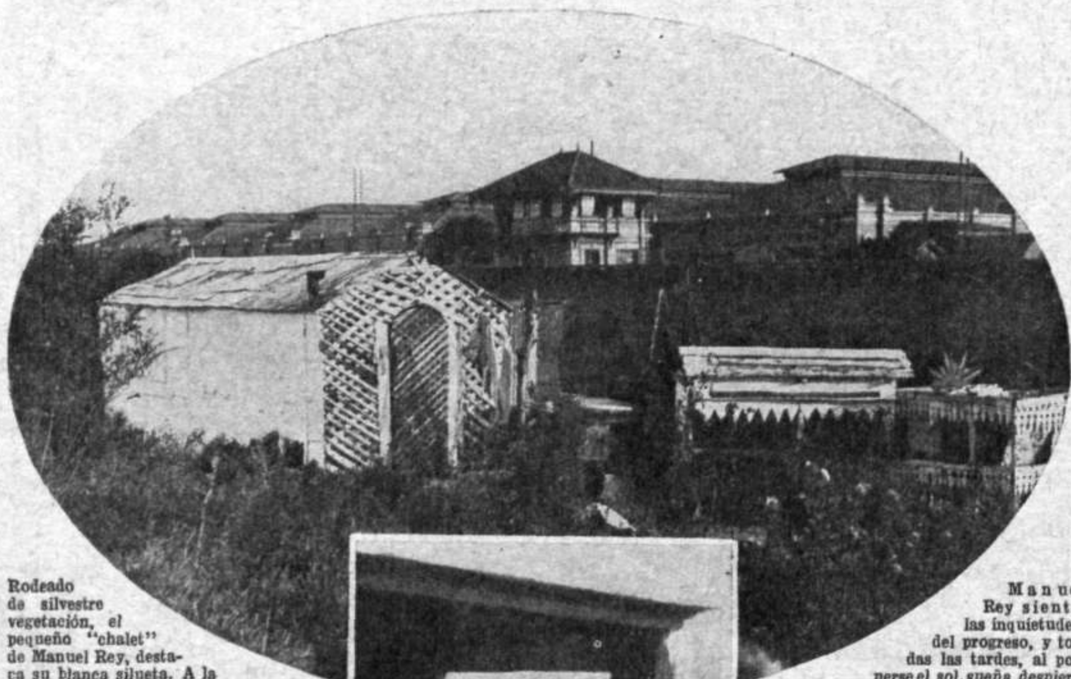
Las abejas gustan extraordinariamente de las flores azules, tal vez porque sean las más ricas en miel.

En cuanto a las hormigas, parece que tienen ciertas particularidades visivas: evitan la luz violeta, y si en la obscuridad se enciende de pronto una luz roja o de color de naranja, no se enteran, no la distinguen.









Rodeado de silvestre vegetación, el pequeño "chalet" de Manuel Rey, destaca su blanca silueta. A la derecha los repletos colmenares endulzan la vida del solitario.

Manuel Rey siente las inquietudes del progreso, y todas las tardes, al ponerse el sol, sueña despierto las bases del futuro ensanche de un blanco castillo.



EL HOMBRE QUE BUSCA ORO EN LAS ENTRAÑAS DE LA CIUDAD

CARLOS PONSE

—¿...?

—Me llamo Manuel Rey, español de Pontevedra, llegado al país en el año 1893. Ejercí varios oficios: fuí conductor de tranvías a caballo, motorman de los eléctricos, agricultor en tierras de mi familia y por fin, estibador en el puerto de la capital, donde me hirieron en una refriega con la policía durante el conflicto obrero.

—¿...?

—Heredé mi fundo de un viejito francés, ex «chef» de uno de los mejores hoteles de Nueva York. Fíjese usted en las vueltas que dan los hombres y en los azares de la suerte. El viejito francés, que en paz descanse, y que era un fanático del aseo, murió devorado por una plaga de bichos molestos. Hacen cinco años de su muerte. Una fría y tormentosa mañana lo encontré sin vida en su choza miserable, pues yo le ayudaba a hacer la comida algunas veces. Pero el hombre había tenido tiempo de testar y en un papel dirigido al comisario, me legó la posesión de todos sus bienes.

—¿...?

—Entonces, sintiéndome propietario, comencé a edificar mi nueva casa con los materiales que pude hallar, porque la choza del francés carecía de las más elementales comodidades.

—¿...?

—Mi azarosa vida está llena de aventuras que sería largo relatar. Pero en la actualidad, ella se desliza plácida y serena. Cuando abandono mi casa, es para «pescar»...

—¿...?

—Sí, señor. «Pesco» en la cloaca que desemboca en el río, frente a aquellos galpones del ferrocarril. Es un caño máximo que permite fácilmente la entrada de un hombre de pie. Me interno en él muchas cuadras y con una redecilla busco en sus aguas cosas perdidas: objetos de oro y plata, dinero, monedas y mil chucherías que tienen valor de cambio. En esta tarea, no estoy yo solo. Hay otros que también lo hacen. Algunos han conseguido juntar una pequeña fortuna, que les permitió edificar su casa propia. En fin: un oficio como otro cualquiera y que también tiene sus riesgos. Se ha dado el caso de que una imprevista tormenta sorprenda a un «pescador» internado muchas cuadras. El torrente que forman las aguas es impetuoso y de una fuerza de mil demonios. Entonces, es necesario poner en práctica toda la pericia de un largo aprendizaje para escapar de una muerte segura.

—¿...?

—Felizmente nunca me ví en ese trance apurado. La cloaca ha sido para mí, propicia y benévola.

Y aquí tiene usted, en pocas palabras, mi vida y milagros. Mis proyectos para el porvenir son amplios pero no me conviene divulgarlos... Como la sociedad de los hombres no me causó más que afanes inútiles, amó la soledad y el silencio. Y este es el secreto de la felicidad.



Lo de todas las noches: llegaba al «bar» y se sentaba. Al rato, el mozo, sin preguntarle nada, colocaba ante él, la taza de café, un poco grande, de todas las noches y, discreto, se retiraba porque sabía que ese parroquiano no gustaba de hablar, ni opinar sobre el tiempo, ni sobre tal o cual caballo, Nada. Para el mozo era un hombre extraño, absurdo, aquel que, desde hacía años, llegaba al «bar» a las diez de la noche, permanecía una hora, pagaba su gasto, con su correspondiente y modesta propina, y se retiraba hasta el día siguiente. Y así años... y años...

....

Y mientras, sin apuro, aquel hombre echaba la azúcar necesaria al brebaje irremplazable pensaba... Pensaba... Hacía también muchos años que pensaba lo mismo...

....

¿Para qué vivía? ¿Para quién? Estaba solo, sin amigos, siempre triste, como si hubiera «nacido» triste, sin esperanzas, sin ilusiones sin nada de eso con que engañamos las horas de nuestra existencia. ¿Aventuras? ¿Amores? No se hicieron para él. A todo contagiaba su enorme, infinita tristeza. ¿Cuál era su vida? (Pero, ¿acaso, «vivía» él?) Por las mañanas, un despertador colocado casi encima de su cabeza, le indicaba de una manera insolente y ruidosa que era la hora de ir a la oficina, a la cual, jamás llegó un día temprano.
Siempre, siempre tarde. Pero, durante las horas de trabajo pagaba con exceso aquel retraso «involuntario». Almorzaba en la pensión donde lo tenían por loco, y luego, a la salida del trabajo, asistía indiferente a una sección de cine. Volvía a cenar en la pensión y... al «café», a tomar el líquido negro de todas las noches. ¿Y qué más? Nada más. Su vida se componía de eso: un despertador, la pensión, el trabajo, la sección de cine y la taza de café.

Después, a dormir. Así vivía desde hacía diez años. Luego, en las paredes de su cerebro golpeaba la eterna pregunta: ¿para qué vivía? ¿Para quién? Y otra vez la idea del suicidio cruzaba con la luz de un relámpago por su imaginación, borracha ya de la bebida obscura. Al fin, tuvo que aceptar aquella idea que le imponían las circunstancias de un modo tan fatal. Estaba dispuesto a suicidarse, sí, pero de ¿qué manera? Y recordaba las noticias de policía de todos los diarios. Un balazo en la sien tenía sus peligros: podía la emoción desviar el arma e incrustarse la bala en el techo de su bohardilla y tener un disgusto con la dueña de la casa. ¿Ahorcarse? Era muy pobre, muy franciscano ese modo de eliminarse. ¿Envenenarse con bicloruro? Eso lo dejaba para las corseteras enfermas de cursilería. ¿Entonces? Y pensaba... pensaba...

Años enteros pensaba lo mismo. Hasta que un día, (¡oh, señor!) se decidió. ¡Sí! Ya no vacilaría más, al pagar el café, como todas las noches, sintió deseos de abrazar al mozo, a ese mozo que desde que le servía, parecíale más triste que antes, pero se contuvo. Le dió propina «doble», lo cual agrandó de un modo desproporcionado los ojos del que la recibía y se fué, seguro de sí mismo, camino de la pensión, donde pondría la palabra «telón» a la comedia, un poco larga, de su vida. Sí. Iba hacia la muerte. Por las calles, acariciaba el revólver que, disimuladamente, llevaba en el bolsillo de atrás de su pantalón, que ya comenzaba a tener brillo...

....

Llegó a la pensión. Subió los treinta y cinco escalones que le llevaban a «su» habitación. «Y... una vez allí, quitóse las ropas y se acostó, como todas noches, como hacía años, como lo haría mientras viviera.
Al rato, dormía profundamente...

D I B U J O D E B E S A R E S



Exposición de labores y manualidades realizada por los alumnos de la Escuela N.° 9 que dirige la señorita Marcelina Vázquez la cual, junto con el resto del personal docente ha sido muy felitada por el éxito obtenido.

LOS INVENTORES DEL JABÓN

Las primeras formas del jabón fueron usadas por los antiguos habitantes de Alemania. Fabricábanlo con sebo de cabra y cenizas de haya. Créese que su empleo casi exclusivo era para enrojecer los cabellos. Esto, al menos, nos dice Plinio, el mayor.

Los galos fueron quienes propagaron el producto por otros países. Actualmente, la producción jabonera en los Estados Unidos se eleva a 2.500.000.000 de libras anuales.

El jabón no fué usado como un producto para limpiar hasta el siglo II de nuestra Era. Una antigua fábrica de jabón, descubierta en las ruinas de Pompeya, contiene aún cantidades de aquel producto, en buen estado de conservación.

En la actualidad, los centros de mayor producción jabonera son Marsella y el Norte de España.

Las noticias que se tienen acerca del uso del jabón en los primitivos pueblos asiáticos, deben referirse a productos que en manera alguna servían para la limpieza.

DIEZ COSAN QUE DEBEN RECORDARSE

1.° — El valor del tiempo.
2.° — El éxito viene con la perseverancia.
3.° — Querer mucho el trabajo.
4.° — La dignidad y la sencillez.
5.° — La fuerza del carácter.
6.° — La energía y la bondad a un tiempo.
7.° — La influencia del ejemplo.
8.° — La prudencia y la economía.
9.° — Cultivar el talento.
10. — La alegría y la originalidad.



Hágase rico

...estudiando uno de nuestros cursos profesionales.

Mande su dirección y recibirá gratis **un manual para aprender a escribir a máquina** y folletos explicativos de los cursos que enseñamos por **correo.**

Usted estudia en su casa y envía los ejercicios **por correo** para que nuestros profesores especialistas se los corrijan.

Regalamos a los alumnos; papeles, sobres, libros de estudio, diploma al terminar etc.

Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio.

Mande este cupón le regalaremos un ALMANAQUE

ESCUELAS SUDAMERICANAS
DE ENSEÑANZA POR CORREO
1059, LAVALLE, 1059. — Buenos Aires.
(Las escuelas más grandes del mundo.)

Nombre ....

Dirección ....

Localidad ....C. C.

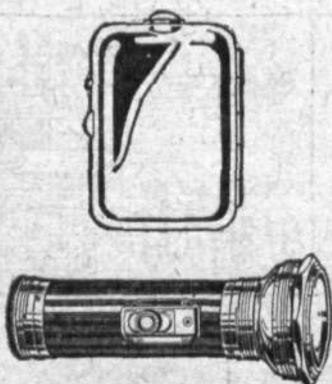
- Tenedor de Libros
- Taquigrafía
- Ortografía
- Aritmética
- Electricidad
- Dibujo Artístico
- Constructor
- Contador Mercantil
- Correspondencia
- Caligrafía
- Mecánico
- Chauffeur
- Maquinista
- Dibujo Mecánico



La directora de la Academia de Corte y Confección, señorita R. Sánchez, rodeada por las alumnas del primer turno en el taller que costea la Liga de Damas Católicas.



La directora de la Escuela N.° 22, señorita Jorgelina Paz Castelltorf, rodeada por las alumnas y público que asistió a la fiesta realizada al terminar el año escolar.



Lámparas de Bolsillo

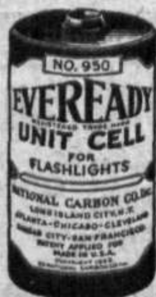
EVEREADY

—son de mayor duración

LAS lámparas de bolsillo EVEREADY son necesarias en todas partes y para todo el mundo. Se hacen de muchos estilos bonitos y elegantes a propósito para todos los usos. Hay un estilo pequeño y compacto para el bolsillo, lámparas tubulares de distintos tamaños para el hogar, y la sorprendente lámpara enfocable en varios estilos para fuera de la casa.

Las lámparas de bolsillo EVEREADY producen una luz intensa y penetrante en el instante que se toca el interruptor. Son seguras, portátiles y duraderas.

Las pilas "Unit Cell" EVEREADY para lámparas de bolsillo son potentes y prestan prolongado servicio.



Insístase siempre en obtener las lámparas y pilas "Unit Cell" EVEREADY.

Vila, Marzoni y Cia.
Rivadavia, 1451
Buenos Aires



escasez o atraso del período, tómese

"AMENORROL"

FRASCO $ 4.—

comprobado inofensivo, de resultados positivos.

EN EL PERIODO DOLOROSO Y DESARREGLADO, METRITIS, HEMORRAGIAS, FLUJOS, etc., deben tomar el

"Específico Scheid's"

FRASCO $ 4.—

Pida en toda buena farmacia de estos dos productos el que necesite emplear, mencionando sus nombres con claridad. No admita otros. Hágalo hoy mismo. Evitará males mayores. Depósito general: SCHEID & VALLE. — C. Pellegrini, 644, Buenos Aires.

Dice el doctor Alberto Galindez, Cirujano del Instituto Modelo del Rawson, Cirugía en general y enfermedades de señoras:

Tengo el agrado de comunicarle que he empleado los específicos "Amenorrol" y "Específico Scheid's", obteniendo resultados muy satisfactorios.

GRATIS: Pida el interesante libro escrito por el Dr. Bouquet, con copias de certificados médicos que constituyen la mejor prueba de su eficacia, en sobre cerrado sin membrete o personalmente a: J. VALLE.



Carlos Pellegrini 644.
Buenos Aires.

¡¡Enderécese!!

Llene sus pulmones de aire, evite el peligro de enfermarse del pecho; no ande con los hombros agachados y el pecho oprimido. Enderécese; esto lo haría nuestra "ESPALDERA HERCULEX", pues le obligaría a echar los hombros para atrás y sacar bien el pecho.



El precio de la "ESPALDERA HERCULEX" es de $ 2.80 m/n c/l.

Para el envío por encomienda postal, agregar $ 0.20 m/l. (Para la Capital Federal $ 0.45 por encomienda). Mande Medida de cintura y sisa. — Consultas gratis.

Cía. "SANDEN" Sección S - C. Pellegrini, 105. Buenos Aires.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1898. — Un taller de modista.
CARLOS A. PAGLIANO.



1899. — Un ómnibus porteño.
CARLOS LOPERENA VERNET.



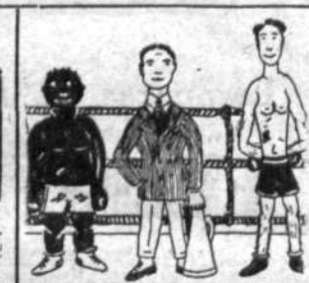
1900. — El almacén de mi tío.
MARCELINO CIAMPARELLA.



1901. — Un puesto en la feria.
EDUARDO ROSAS.



1902. — El ómnibus de la avenida.
JOSE SANTOMARTINO.



1903. — Los del gran match de box.
CÉSAR A. BUSTOS.

De los dibujos publicados durante el mes de diciembre han sido premiados los siguientes números: 1857, 1858, 1859, 1860, 1861, 1862, 1863, 1864, 1866, 1868, 1869, 1871, 1872.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		En EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del corriente año	40 »	Número atrasado del corriente año	50 »		

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año .... $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



CERES, F.C.C.A. — Comisión de damas y señoritas que organizó y atendió el bazar en las Romerías Españolas vistiendo trajes regionales de la Península Ibérica.



HUMBERTO I — Baile social dado en el Bar "Firpo" por los conscriptos de la clase de 1904, como despedida.

La MUJER y la CASA

BEBIDAS REFRESCANTES

Como los días caniculares se están haciendo sentir con todo su rigor, la naturaleza se resiente y el cuerpo pide bebidas que refresquen, calmen la sed y la irritación producida por el sol y por el excesivo calor.

Entre las bebidas refrescantes, las más conocidas y que todo el mundo sabe preparar son: la limonada, la naranjada, agua de tamarindo, la horchata y todos los deliciosos refrescos agradables al paladar y saludables al cuerpo, cuando están preparados con la esencia misma de la fruta y no con extractos equivalentes desagradables y perjudiciales.

Pero aparte de esta serie de bebidas refrescantes existen otras menos conocidas.

El "Vinagre de frambuesas", es de una preparación bastante fácil; se llena una jarra de cristal con frambuesas maduras, apretándolas bien, después de vaciar sobre ellas



todo el vinagre que la jarra pueda contener, se deja así por espacio de un mes, se cuela, se embotella y basta poner una cucharada en un vaso de agua endulzada para obtener una bebida deliciosa.

La "limonada de grosella" se prepara poniendo en una jarra el jugo y la raspadura de dos limones, llenándola de agua hasta la mitad; después se toman grosellas y frambuesas bien maduras y machacándolas se les extrae el jugo, se cuela, se mezcla a lo anterior y se endulza al gusto. Con las cerezas se hace otra bebida: se machacan las cerezas, se dejan reposar durante veinticuatro horas, se pasan por tamiz y por 500 gramos de jugo un kilo de azúcar granulada, se pone al fuego el jugo endulzado, luego que hierva se retira, se espuma y una vez frío se embotella.

PRECEPTOS HIGIENICOS

Ahora que el calor se ha decidido a *ejercer* todo su imperio, damos a continuación unas cuantas indicaciones útiles, prescriptas por los doctores Lable y Daranière, que, no son una novedad que digamos.

Dice el doctor Lable:

1.° Evitad el sol, cubríos la cabeza con sombreros ligeros, y procurad llevar también cubierta la nuca.

2.° Vestíos con vestidos ligeros, amplios y claros.

3.° Alimentáos moderamente con una alimentación lacto-vegetariana.

4.° Comed frutas cocidas, mondadas y, sobre todo, maduras.

5.° Absteneos de conservas, de los dulces de crema y de todas las substancias subsceptibles de alterarse por el calor.

6.° Bebed cuando tengáis sed agua con alguna infusión. Y cuidad que el agua esté filtrada o esterilizada por el calor o por agentes químicos, como el yodo, por ejemplo.

7.° Refrescad con bebidas frías, pero no heladas, y, sobre todo, no pongáis hielo en ellas.

8.° Haced ejercicios moderados. No seáis muy sedentarios. Reposad después de las comidas, pero no con exceso.

9.° Tomad duchas, abluciones y baños frescos.

10. Dormid con las ventanas abiertas y poco cubiertos.

Y el doctor Daranière:

1.° Laváos muy cuidadosamente por las mañanas.

2.° Vestid ropas ligeras, blancas y amplias.

3.° Pasead lentamente a la sombra.

4.° No comáis con frecuencia alimentos crudos y fiambres.

5.° No bebáis agua que no esté filtrada cuando tengáis mucha sed.

6.° Bebed poco para no sudar mucho.

7.° Tened las ventanas durante el día herméticamente cerradas.

8.° Tenedlas, por el contrario, abiertas de par en par durante la noche.

9.° No tengáis en la cama más que una sola cubierta.

10. Leed estos preceptos 500 veces. Y luego haced lo que estiméis más conveniente.

EL ABANICO

Pequeño, pequeño. Minúsculas varillas de madera, minúscula hoja de papel y con sus dibujos de paisajes, florcitas y caricaturitas; más elegantes se les ven en marfil o todo de carey, siempre chiquitito. Sirve para mostrar la finura de la mano que lo sostiene, la blancura de los torneados dedos, la lucidez rosada de las uñas; sirve para ocultar graciosamente una risa demasiado maliciosa; sirve para castigar con un golpecito bien asestado, a un cortejante que se haya permitido mostrarse un poco atrevido. Dicen que alguna vez sirve también para dar fresco.



CUIDADOS DE LA BELLEZA

Para poner el cuello blanco y liso. — Darse fricciones por la mañana y por la tarde con una pomada compuesta así:

Cohombros . . . . 50 gramos
Oxido de cinc. . . . . . . 5 "

—

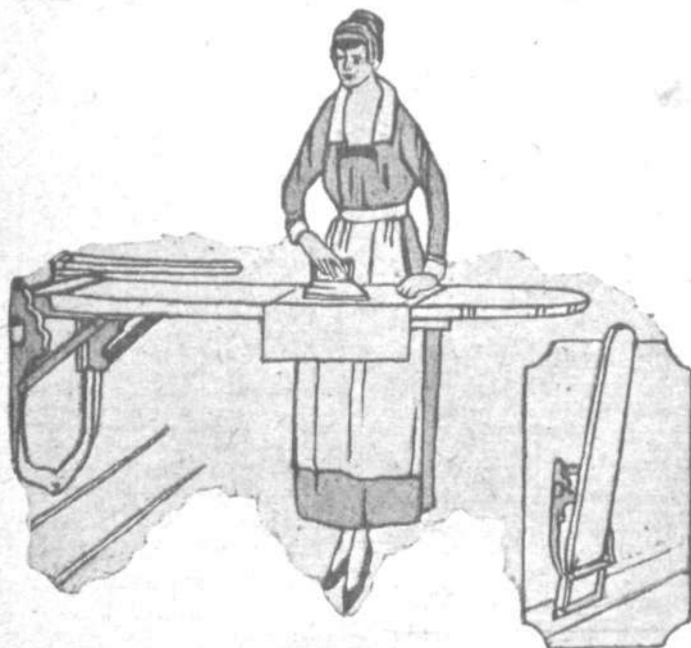
Para tener las manos lindas. — Todas las noches se deben lavar las manos con agua tibia, y después de bien limpias se frotan con la pomada siguiente:

Polvos de almidón.
Glicerina.

(Cantidad suficiente para pasta).

Nunca se recomendará lo bastante que las señoras que tienen necesidad de dedicarse a algunas faenas domésticas lo hagan con guantes, porque el polvo, sobre todo, es muy perjudicial para la piel.

LOS ACCESORIOS DE LA LAVANDERIA MODERNA



Seguramente nada es más estimable hoy que todo aquello que puede contribuir en algo que ahorremos tiempo. Un proverbio moderno norteamericano expresa esto: Da a tu amigo el obsequio de no quitarle el tiempo y seguramente te estimará más.

El ahorro de tiempo y la facilidad en nuestras labores son producto siempre de los medios que el ingenio humano hoy ha creado para hacer la vida más sencilla y más amable.

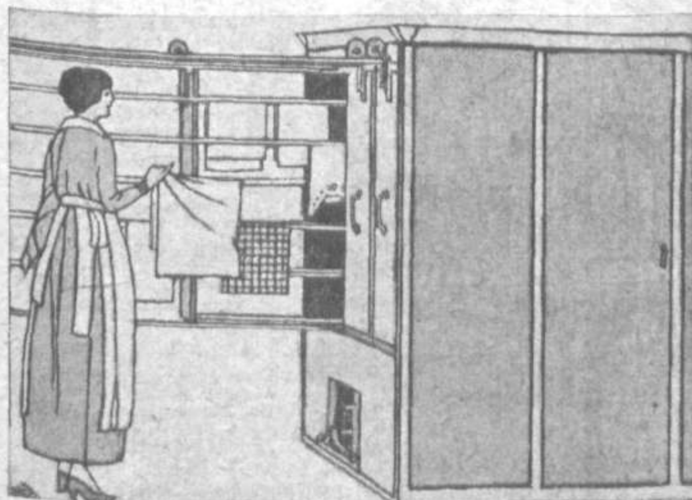
La lavandería de la casa es una pesada labor que ha sido objeto de la preocupación de muchos manufactureros que han diseñado accesorios que facilitan este trabajo de las amas de casa y de los sirvientes. Por eso hoy llenan los hogares estas aplicaciones de la industria humana y expertos que mucho han trabajado y no en vano.

Por ejemplo, en otro tiempo si llovía en lunes o martes, el trabajo de toda la semana se dificultaba y se hacía pesado para sirvientes y señoras de casa, la ropa no podía secarse y las labores se transferían en espera de días de mejor sol.

Hoy no es necesario contar con el sol para que esas labores caseras se hagan ordenadamente; los secadores, gabinetes hechos de lámina galvanizada, como el que ilustra esta página, llena este vacío de las labores domésticas.

Estos gabinetes tienen abajo un pequeño horno, cuyo fuego seca la ropa.

Antes se pensaba que el sol y el aire solo secaban las telas, pero el hecho es que el aire es sólo el medio y los modernos secadores de reciente invención están provistos de una buena circulación de aire.



PARA AHUYENTAR LA DESGRACIA

En algunas casas del Extremo Oriente, cuelgan con este fin, en la puerta, el arma que se haya servido un asesino para cometer su crimen; dicen que el medio es infalible para ahuyentar los malos espíritus.

Así mismo se aleja la desgracia colgando en la puerta de la casa una rama de ciruelo en flor, y poniendo en el dormitorio hojas de artemisa o de iris. Para preservar de todo peligro a los niños, hasta los diez años, se les clavan en la trenza o se les hacen pulseras, con clavos que hayan servido para cerrar un ataúd.

Así se podría alargar indefinidamente la lista; es sabido que la superstición es de todas las épocas y de todos los países.



LABORES MANUALES

He aquí una caja para guardar pañuelos, adornada con los motivos que están más de moda: los chinescos. Es de raso «beige» y en su tapa podéis reproducir, lectoras amables, el sencillo y artístico dibujo que acompaña este texto.

La chinita va reaplicada en raso azul muy vivo y todo su vestido está adornado con dibujos oro formados por hilvanes. Los contornos están rodeados por una hebrita de hilo de oro cosida sólo por arriba de tela con pequeñas puntadas transversales; su cinturón es azul verde, contorneada de igual modo que el vestido con hilo de oro; la cara va delineada a punto de tallo con seda color carne; sus cabellos van bordados al pasado con seda negra, cinta amarilla, alfileres de oro. La linterna que lleva la china es azul rodeada de rojo y los dibujos van bordados en oro. La varita que sostiene la linterna es color madera. El kiosco se borda a punto de tallo e hilvanes color madera, e igualmente contorneado con hilo de oro.



Caja para guardar pañuelos.

Nota de la Redacción. — Toda correspondencia para esta sección diríjase a nombre del redactor de la «Sección Ajedrez», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

PARTIDA JUGADA EN EL TORNEO DE SCHEVENINGEN, JULIO DE 1923.

GAMBITO DEL ALFIL REY

	BLANCAS R. Loman	NEGRAS F. D. Yates
1	P 4 R	P 4 R
2	P 4 A R	P × P
3	A 4 A	C 3 A R
4	C 3 A D	C 3 A
5	C 3 A	A 5 C
6	C 5 D	O - O
7	O - O	C × C
8	P × C	C 2 R
9	P 4 D	C 3 C
10	P 4 T R	A 3 D (1)
11	P 5 T	C 5 T
12	D 1 R	C × C jaque
13	T × C	D 4 C
14	T 3 T	P 4 C
15	A 3 D (2)	A 2 C
16	D 4 R	P 4 A R
17	D 3 A	T D 1 R
18	A 2 D	T 2 A
19	T 1 A R	D 5 C
20	A D × P	A × A
21	D × A	A × P
22	T 3 C	D × D
23	T × D	A 5 R (3)
24	A × P	T 1 C
25	A 4 A	P 4 D
26	A 3 C	T 3 A
27	P 4 A	P 3 A
28	P × P	P × P
29	T 3 A D	T 5 C
30	T 8 A jaque	T 1 A
31	T × T jaque	R × T
32	P 4 C	R 2 R
33	P × P	R 3 A
34	P 6 T ?	P × P
35	T 4 T	R 4 C
36	T 2 T (4)	T × P
37	P 6 A	R × P
38	T × P jaque	R 4 C
39	T 6 T	T 7 D
40	T × P	P 4 T
41	T 7 C jaque	R 5 A
42	T 7 A jaque	R 6 R
43	T 8 A	T 7 C jaque
44	R 1 A	T × P
45	R 1 C	P 5 T
46	T 1 A	T 2 C jaque
47	R 1 T	T × P jaque descubierto.
48	Blancas abandonan	

NOTAS:

(1) Por ambas partes se ha tratado esta apertura de un modo original, aunque el negro tiene la ventaja.

(2) Si 15 A×P, seguiría 15... D×PD, con ventaja.

(3) Con este alfil fuertemente ubicado, el negro tiene la mejor partida.

(4) Era erróneo el sacrificio del peón, pero de cualquier modo el blanco ya tenía una mala partida.

(De la revista del Club Argentino de Ajedrez. Notas por R. Teichmann.)

A NUESTROS LECTORES

En lo sucesivo la «Sección Ajedrez» aparecerá regularmente, reanudándose la publicación de problemas y finales.

CORREO

Carlos M. Ibarra, ciudad. — Puede solicitar «El Ajedrez Argentino», órgano de la Federación Argentina de Ajedrez, a la secretaría, Viamonte, 927, ciudad. Suscripción anual, $ 5.

Eugenio R. Alsina. La Plata. — Las partidas del torneo de Nueva York fueron publicadas todas en los principales diarios de esta capital.

R. Nieto Ortiz. San Juan. — El señor Fernando L. Bonazzi, Sarmiento 1320, tiene un amplio surtido de libros de ajedrez, a quien usted puede dirigirse en procura del tratado de Reti, o bien a la Federación Argentina de Ajedrez, Viamonte 927, ciudad.

Arturo Vázquez. Ciudad. — Han publicado libros Reti y Capablanca; en cuanto a *Grünfeld y Spielmann no tenemos seguridad.* Un libro recomendable es el «Manual de ajedrez» por Lucena.

Luis Miranda. Ciudad. — La dirección del Club Argentino de Ajedrez es: Cangallo 833, donde puede suscribirse a la revista del mismo, por $ 3 al año.

EL CAMPEONATO MUNDIAL

Las condiciones anormales en que se disputó el campeonato del mundo entre el doctor Manuel Lasker y José Raúl Capablanca, y en que éste se adjudicó el triunfo, hacen necesaria una lógica revancha que tarda demasiado en llegar y más aún después de ciertas apreciaciones hechas por Capablanca, a raíz del resultado del torneo de Nueva York, en que venció Lasker, que no han causado efecto agradable, en Estados Unidos.



Lavando a la antigua

el trabajo resulta muy doloroso, pesado, fatigoso y largo.

Pero lavando a la moderna, Vd. no se moja las manos y le resulta un pasatiempo descansado, agradable y cómodo si emplea el

Lavandero

PRACTICO

Es el aparato más sencillo que se ha inventado para lavar la ropa. Es el más económico.

Evita los reumatismos y demás enfermedades que acarrea el lavado.

En 5 minutos hace el trabajo de 2 horas y deja la ropa más blanca y limpia que a mano.

Precio Completo $ 17.— c/l.

Corte, llene y mande este cupón.

Sres. M. G de la TORRE y Cía.
SALTA, 1081 **BUENOS AIRES**

Sírvanse mandarme GRATIS el libreto ilustrado "LAVANDERO PRACTICO".

Nombre..............................

Calle.......................*N.º*.......

Localidad ....*F. C.*.......

Escríbase muy claro.

FAJAS "Dr. DIVAI"





Estas nuevas fajas en sus distintos modelos del *Dr. Divai*, de la Facultad de Medicina de París, para *Señoras* y *Caballeros*, dan una elegante conformación al talle, reduciendo las líneas prominentes del cuerpo, siendo al mismo tiempo las más eficaces para combatir la OBESIDAD, VIENTRE CAIDO, DILATACION DEL ESTOMAGO, RIÑON MOVIL, HERNIA UMBILICAL, EVENTRACION y modelos especiales para el *embarazo* y *operados*, etc., etc.

Especialidad en fajas de caucho (goma), desde $ 20.

Pídase personalmente o por carta el *catálogo ilustrado* con *sesenta fotograbados*, que remitimos GRATIS, por retorno de Correo.

Medias elásticas para várices y flebitis.





LEONARD PRODEL

AVENIDA DE MAYO 1172 - Bs. As. ♦ CASA MATRIZ 11 rue SAINT LAZARE Paris.



GRATIS ALHAJAS

NO QUEREMOS DINERO

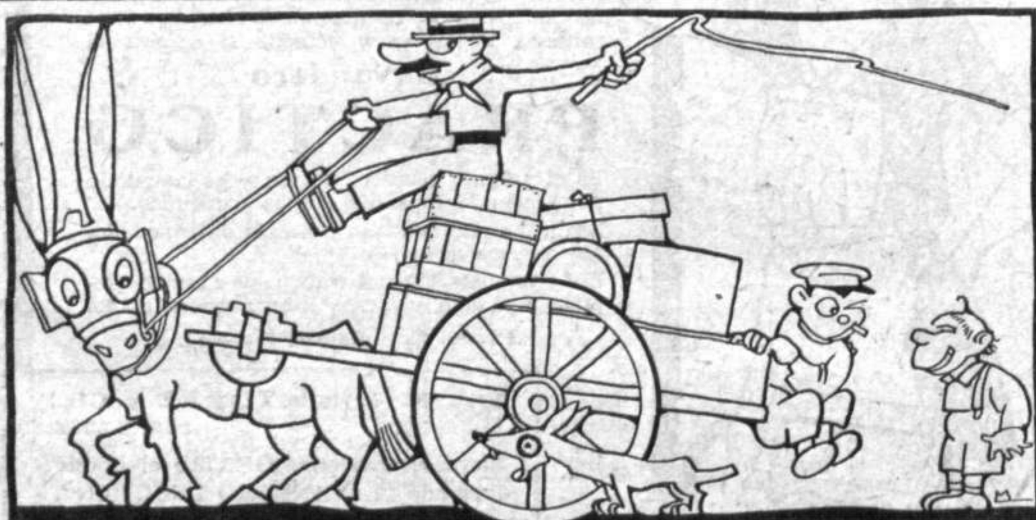
Regalamos relojes, pulseras, anillos, collares y muchas otras alhajas de oro 18 K. R. a toda persona propagandista de nuestros artículos, entre sus amigos y relaciones.— Sin gastar un centavo y con gran facilidad obtendrá importantes regalos. No le pedimos dinero y remitimos el catálogo gratis a quien lo solicite por carta.— Sin ningún trabajo conseguirá una alhaja gratis.— Pídalo hoy mismo a:

JOYEROS UNIDOS — MORENO, 1994 - Buenos Aires

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 114.

Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del *Concurso N.° [illegible] han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan.*

Agulla, Delia.
Allende, Juan.
Azarola, Santos.
Asten, Rebeca.
Acosta, Ana.
Ayerza, Delia Agote.
Arroyo, Francisco Antonio.
Araujo, Lolita.
Britos, Blanca Stela.
Baldrich, Flora Isabel.
Bernabé, Carlos.
Benitez, Rubén.
Burgos, Luis R.
Bourdalé, Abelardo René.
Botta, Edgardo.
Begino, Juan F.
Basile, Florinda.
Bottini, Julia María.
Blanco, Justo.
Bustamante, Ramón.
Branca, Salvador María.
Cabral, Elisa.
Castro, Adelina A.
Camarotti, Margarita Lydia.
Corrales, María Elena.
Ceverio, Josefa.
Castillo, César R.
Carducci, Carmelo A.
Cafferatto, Tomasito.
Candelero, Aurelia M.
Costa, Roberto E.
Cistac, Haydée Leonor.
Castellan, María Inés.
Colotta, Alberto.
Decima, L.
Donnet, Nieves Albina.
Demarchi, José Luis.
Duarte, Rogelio.
Dumont, Enrique.
Esteban, Fortunato.
Eggers, Marthita.
Fontana, Horacio Parody.
Figueroa, Olga Cleria.
Frachetti, Aníbal.
Gorostidi, Jaime E.
Gamberini, Natalio.
Gutiérrez, Matilde.
González, Severina Cecilia.
Gelman, Mauricio.
Huergo, María E. A.
Herbel, Enrique.
Lucero, Angel.
Ludueña, Mariano T.
Lanfre, Luis.
Lupardo, Rodolfo.
Lovera, Juan.
Meneguzzi, Francisco.
Menozzi, Laura.
Michelena, Zulema.
Monteverde, Rosa C.
Morri, Horacio.
Meroi, Virginio.
Macagno, Ernesto.
Mariñas, Roberto Luis.
Malagamba, Silvio E.
Morilla, Carlos.
Navarrete, Severina.
Negro, Juan Adolfo.
Ojeda, César R.
Oro, Carmen B.
Ocampo, María A.
Ovington, Hilda Beatriz.
Pepa, Margarita.
Palmieri, Aurora Isabel.
Palacios, Carlos H.
Pividori, Juan.
Piñero, Adolfo E.
Piedrabuena, Jorge Carmelo.
Paiz, María Luisa.
Rojas, Margot.
Rodríguez, Eduardo H.
Ripeta, Elvira.
Rebuffo, José Stefano.
Reggio, Thelma.
Scala, María Esther.
Siri, Onildo.
Schapira, Bernardo.
Santos, María del Carmen.
Soria, Néstor, G. O.
Sellares, Mario E.
Sartori, Carlos Florencio.
Saralegui, Luis Hermida.
Torra, Mercedes.
Temón, Luis.
Vildoza, Esther.
Vila, Federico.
Vera, Marciano.
Vergara, María Zulina.
Wysochi, Ana María.
Weiss, Víctor.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 3 y 4 del mes de Febrero, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital, rogamos soliciten sus premios por carta.

UN Candidato

POR

Leonardo A. Bazzano



Don Venancio Verbolardi era un hombre que prometía mucho... Cuando alcanzó su mayoría de edad, se dijo: «Yo debiera hacer algo.» Se le ocurrió ser actor cómico nacional. Decía los chistes de manera tan fúnebre que ni podía reírlos ni la *claque*, que estaba pagada para eso. Entonces intentó ser pugilista. Se entrenó convenientemente y subió al *ring*, rodeado del prestigio de *esperanza futura*. Del primer *match* resultó con un ojo negro y con la nariz fracturada. Cambió nuevamente de orientación. Se dedicó al periodismo. Escribía editoriales que sólo el linotipista leía.

—«Tampoco por aquí voy bien, se dijo.

Meditando, dió con la tecla. «Seré diputado», pensó. Pero para ser diputado es preciso empezar por ser candidato. Y para ser candidato es indispensable afiliarse a un comité, vincularse con personas del mismo partido, pronunciar discursos y pagar el aperital a los admiradores.

Verbolardi hablaba hasta por los codos. Era un conversador sempiterno. Hablaba de cuanto sabía y de cuanto ignoraba. Al hombre de ciencia, de ciencia le hablaba; a los deportistas, de la ventaja de los deportes; a los militares, de lo que significaba el militarismo para la nación constituída; a los comerciantes, de lo que representa el comercio para el progreso del país. Y etcétera.

Verbolardi, como es natural, se captó la simpatía de mucha gente.

Los hombres de ciencia, los deportistas, los militares, los comerciantes, se decían:

— Este Verbolardi tiene mucho talento y mucha facilidad de palabra. Se podría hacer de él un diputado.

— Naturalmente — respondía algún amigo de Verbolardi; — hay tanto bruto en la cámara joven...

Verbolardi, además de la facilidad de palabra y de saber de todo, reunía otra condición simpática: nunca le faltaba dinero para pagar la «consumación».

— Esta vuelta la pago yo — decía con aplomo.

Y pagaba.

Los contertulianos llamaban al mozo y pedían se les sirviera nuevamente.

Verbolardi, orgulloso, con gesto displicente, sacaba la cartera y decía, como siempre:

— Esta vuelta la pago yo.

Y en el *bar* vecino del comité, la fama del *candidato* había cundido.

Muchos, que apenas le conocían de vista, se sentaban alrededor de la mesa que elegía Verbolardi y pedían tranquilamente:

— ¡Un cocktail!

— ¡Un sanmartín!

— ¡Un canadián!

Y cuando el *mozo*, mirando de reojo como para estudiar la catadura de los clientes, daba unos pasitos lentos cerca de la mesa, alguien decía pomposamente:

— Esta vuelta la paga Verbolardi.

¡Las *vueltas* que pagaba el pobre hombre!

Muchos intrusos, antes de tomar asiento, preguntaban al *mozo*:

— ¿Ha venido Verbolardi?

— Aun no ha llegado, pero es seguro que vendrá.

— ¿Completamente seguro?

— No falta ninguna tarde.

Los intrusos tomaban asiento.

— ¡Un cocktail!

— ¡Un sanmartín!

— ¡Un canadián!

— A mí tráigame un cigarro de hoja.

— ¿Qué marca?

— Cualquiera, con tal que sea bueno. Nada de economías. Esta vuelta la pagará Verbolardi.

Y luego, en tren de conversación confidencial, mientras se aguardaba al *candidato*, decía alguno:

— ¡Pobre Fernández!

— ¿Qué le pasa?

— Algo muy grave, amigo. Lo desalojan de la casa porque no puede pagar el alquiler.

— No. Eso no podemos permitirlo,

— ¿Y qué vamos a hacer?

— ¿Nosotros? Nada. Decírselo a Verbolardi. El arreglará el asunto fácilmente.

— ¿Y cómo?

— Pagando.

Verbolardi lo pagaba todo; salía de fiador para todo el mundo. Y así llegó a ser el hombre indispensable en la parroquia.

— Verbolardi — se decían todos — es la fija de las próximas elecciones.

— ¡Hombre! A mí me extraña muchísimo que no se adoquine la calle Chuquindaca. Al fin, no dista más de quince cuadras de la plaza.

— ¿Desea usted que se adoquine?

— Es natural.

— Descuide usted. Yo soy íntimo de Verbolardi, y se lo diré.

Y la calle se adoquinaba.

Llegaba Verbolardi. Se le hacía una ovación.

— ¡Viva el futuro diputado!

— ¡Viva el más genuino representante de la democracia!

Y todos, en coro:

— ¡Vivaaaa!

Verbolardi sonreía, saludaba con la cabeza a diestra y siniestra, luego con las manos, así que las hubiera desenguantado.

Y luego, antes de sentarse:

— Mozo, ¿cuánto se debe?

Pagaba, y, sin detenerse, de sorpresa, a boca de jarro:

— Vamos a tomar otra vuelta.

El regocijo se asomaba a todos los semblantes.

Era un gran *candidato*.

— ¿Qué tal van sus asuntos, doctor? — preguntaba alguno.

— No, muchachos; no soy doctor.

— ¡Qué no lo va a ser! Usted es más doctor que cualquiera..

— Sí, pero no tengo el título.

— Se lo damos nosotros, y se acabó. ¡Viva el doctor Verbolardi!

— ¡Vivaaa!...

Verbolardi era la columna más firme que servía de sostén al *bar* «Las Margaritas».

Era el hombre de la parroquia.

Pero un día surgió, de improviso, otro candidato del mismo partido.

Y habiendo dos candidatos se imponía la elección del comité.

El otro estaba recomendado por el presidente del comité central.

Entonces alguien llevó la versión de que Verbolardi era hijo de un zapatero italiano de la calle Pellegrini, y en cambio *el otro* procedía de una familia *muy bien*, aunque arruinada.

Los admiradores de Verbolardi dieron en pensar que el hijo de un hombre que había hecho fortuna con los pies de los demás no podía hacer la felicidad del país con la otra extremidad: la cabeza. Pensaron que ambas extremidades eran completamente opuestas, y que siendo opuestas eran opositoras, y que con las oposiciones no se va a ninguna parte.

Se llevó a cabo en el comité la elección de ambos candidatos, y el triunfo correspondió al *otro*.

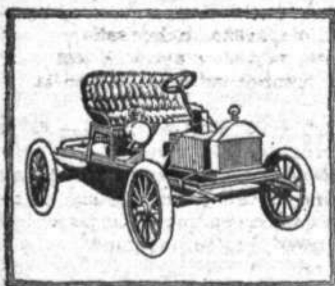
Verbolardi sigue siendo *candidato*, y espera otra oportunidad.

¡Cuántos Verbolardi he conocido yo y conocerá el lector!

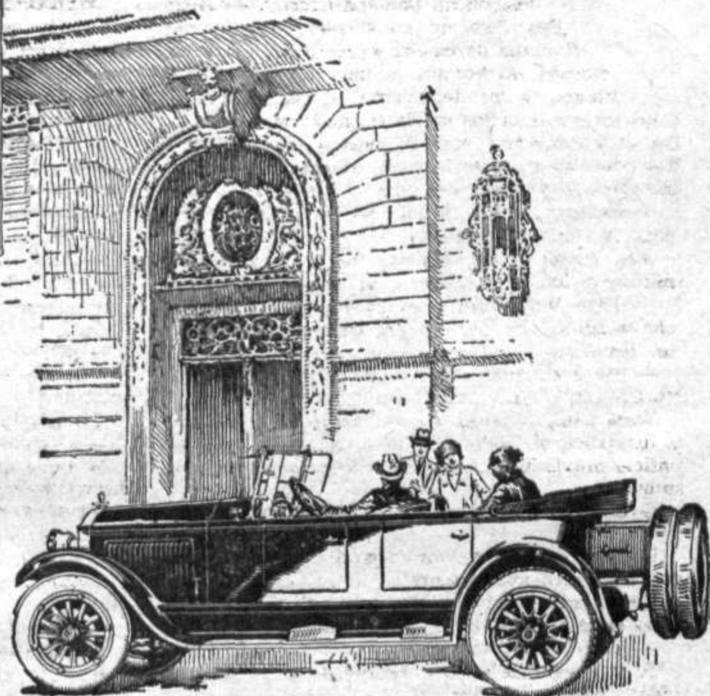
Por ahí andan... ¡pobres y eternos *candidatos*!



DIBUJOS DE BESARES



El primer Buick que se fabricó y el modelo Sport de 1925. En todos los demás automóviles de la General Motors se nota el mismo notable progreso en cuanto al aspecto y utilidad.



¿En qué consiste el valor de un automóvil?

1. *El aspecto*

EL ASPECTO exterior es el sello de distinción de un automóvil fino. La General Motors, reuniendo en una sola familia varias grandes y antiguas compañías de automóviles, asegura la belleza de los contornos y la hermosura y duración del acabado en todos los automóviles fabricados por sus diversas subsidiarias.

Así, por ejemplo: La casa Fisher ha ido siempre a la vanguardia, perfeccionando el arte de la construcción de carrocerías para automóviles, y como miembro de la gran familia de la General Motors pone al servicio de sus hermanas subsidiarias todos sus conocimientos y experiencia en este ramo.

Más aún: La General Motors fué la primera en poner al alcance de los automovilistas las ventajas del nuevo acabado Duco, rico en colores y en extremo resistente, y que rápidamente va substituyendo los apagados y delicados esmaltes antes usados para carrocerías.

• • • •

He aquí la lista de los automóviles que construye la General Motors; los hay para todas las bolsas y todas las exigencias, representando cada unidad, merced a los enormes recursos de la General Motors, el máximo valor intrínseco por el precio a que se ofrecen.

Para más detalles relativos a la General Motors, dirigirse a General Motors Export Company, Calle Garay No. 1, Buenos Aires.

GENERAL MOTORS

BUICK CADILLAC CHEVROLET
OAKLAND OLDSMOBILE CAMIONES GMC

Necrológica



Señor Luis Gastón Paquien, cuyo reciente fallecimiento ha causado penosa impresión en los círculos sociales y ganaderos, donde, por sus dotes morales, ocupaba un privilegiado lugar. — Lobos.

LOS DÍAS DE LA SEMANA

Lunes. — Agria luz fugaz.

Discreto y circunspecto, no te alegras ni te entristeces.

Día absolutamente burgués.

Eres rasurado, limpio. Pasas ligero sin dejarnos nada.

Mejor, vete para siempre.

Martes. — Has abandonado tu discresión del lunes, y comienzas a sonreir.

Ahora recuerdas tus fracasos del domingo, tus gritos destemplados de esa noche.

Miércoles. — El lunes ahoga tus francas risas.

Día amarillo. Clorótico. De luces claras, meridianas.

Timbres en los rincones.

Día absolutamente estúpido.

Jueves. — Te insinúas en la forma de un sábado.

Tienes nuestras simpatías.

Viernes. — Tienes un poco de la acidez del miércoles y un tanto de la jovialidad del sábado.

Eres insubstancial.

Sábado. — Día de largas promesas. El único sincero.

Escozores calmados, rumores ocultos, risas contenidas.

Alegre con la sana alegría de tu bondad, te sonríes a los que te acompañamos en los seis días de la semana de trabajo.

Huelguista bondadoso, pasas suspendiendo las pesadas labores. Tus voces prolongadas de júbilo cerca de nuestros oídos y tus manos cumplidas de dineros, nos hacen ronreir.

Día lírico de mariposas abiertas, de alas.

Día lírico de mariposas abiertas, de alas temblorosas, al aire.

Antesala de la gran fiesta.

Somos fugaces sobre tu eternidad.

Cuando llega la noche tus brujas nos llevan de la mano y reimos con ellas.

Pero a veces nos fastidiamos de tanta libertad, de la infinita libertad de la noche que se prolonga hasta el eterno día del domingo.

Domingo. — Día hipócrita, que defrauda nuestras largas esperanzas del sábado. Y sin embargo, ríes.

Largo, infinito, día tedioso, de falsas alegrías, de tristezas de burdel.

Pierrot enharinado, de marcas risueñas, de lágrimas blancas de albayalde.

Te tiendes perezosamente al lunes como oficio cargado de cascabeles.

Largos bostezos y risas partidas.

Necrológica



Señor Juan Ireneo Palacios. — Córdoba.



CHILECITO. — Concurrentes al solemne acto a que dió lugar la inauguración del Colegio "Sagrado Corazón de Jesús".


Tenedores de libros egresados de la Escuela de Comercio.

SARRASQUETA

Y LA CAMPAÑA CONTRA LAS MOSCAS

Por M. REDONDO



Sarrasqueta, obedeciendo los consejos de la Asistencia Pública y Cruz Roja, los practica y recomienda.



Forma con tus vecinos grandes cuadrillas de matamoscas y pónte en campaña.



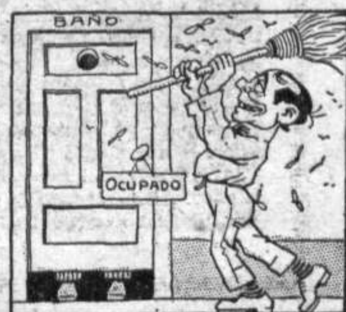
Asalta, quema y destruye todos los lugares de cría, clubs y centros mosquiteriles.



No admitas moscas, moscones ni mosquitos en tu vecindario ni en tu domicilio.



Ofrece grandes premios en metálico, a los niños que más cantidad de moscas cacen al día.



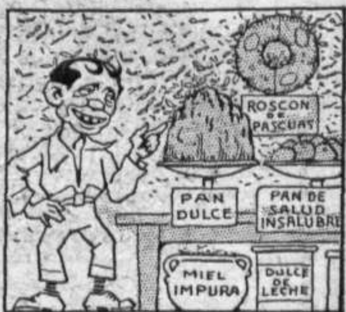
No permitas que las moscas entren en el cuarto de baño, ni para darse una ducha.



Mata sin piedad todas las moscas de invierno, y sé indulgente con las de verano.



Atrapa la mosca donde la encuentres, y destrúyela sin compasión.



Dales dulces y masitas de las que ahora se fabrican, para que se envenenen.



Pon mosquitero en la cama, y telas y alambrados de púa en las ventanas.



Aprende a hacer jaulas cazamoscas, ganarás mucha plata y harán un beneficio a la humanidad.



Y haz como los diputados, que no asisten a las sesiones para no abrir la boca, porque: "en boca cerrada no entran moscas".

EL CAZADOR DE PATOS



El hombre infeliz se halla junto al pabellón de los patos, en el Parque Inglés, y los mira nadar en torno a la pequeña isla en que habita el propietario, el cual ensarta los pequeños aros en un bastón y después se los pasa a la muchacha, a quien pueden comprarse dos de aquellos aros por veinte céntimos. Los patos nadan como si fuesen vivos, o todavía mejor, pues ni siquiera es preciso que muevan las patas y, a pesar de sus cuerpos de hojalata, hacen los mismos extraños movimientos característicos de los patos. Es un placer el mirarlos, y todavía más el arrojar sobre ellos los pequeños aros. Especialmente hay un macho que es sumamente divertido.

El hombre infeliz mira al macho. Agrádale mucho; pero no se atreve a decir nada, pues a su lado estaba su mujer, gorda como una oca y grosera como un león.

— Bueno, majadero — le dice la mujer, — ya veo que te conformas con mirar. Los demás se llevan patos bien cebados, mientras nosotros tenemos que contentarnos con su graznido.

— Con su graznido — responde modestamente el marido. — El ganso es el que grazna; el pato chilla.

— ¿Qué es lo que tú chillas, desgraciado? — grazna la mujer. — Los demás compran los aritos, los lanzan sobre el cuello del animalito y ganan el fino asado de pato. ¡Pero tú!... ¡Ya se ve, tú!... ¡Valiente boda he hecho contigo!

Es preciso declarar que cuanto la mujer dice está desprovisto de todo fundamento. Los demás compraban decenas de cerquillos, los lanzaban hacia los patos; pero los aros ni siquiera alcanzaban a rozar las aves. Por otra parte, esto es tan natural que ni es preciso apuntarlo.

— A mí también me gustaría probar — balbucea el marido.

— ¡Naturalmente! Para tirar tres florines por la ventana. Porque un pato vale lo menos tres florines, ¿verdad? Por tres florines se puede comprar un hermoso ternerillo; tendríamos con él para comer una semana, y hasta podríamos guardar la piel para cuando Jorge crezca y sea soldado. Supongo que no te habrás figurado que vamos a tirar, así, sencillamente, tres florines al agua.

— No, no — balbucea el hombre — pero se puede probar; dan dos por veinte céntimos.

— ¡Dos patos!

— No, dos aritos.

Aquella audacia indigna a la mujer. Saca de su bolso dos monedas de diez céntimos y dice a la muchacha en voz alta, para que todo el mundo lo oiga:

— Bueno, señorita, dele usted a este imbécil dos aros. No le basta con haber perdido al juego toda mi dote, y ahora quiere también tirar sobre los patos los zapatos de su pobre hijito.

El marido baja la cabeza y coge los aros. La mujer, por su parte, añade:

— ¡Ah! Ahora tirarás en seguida esos dos artefactos y dentro de un momento se acabó el dinero. Después ya puedo yo ir a lavar o a repasar la ropa, para satisfacer tus costosos caprichos.

El marido no dice nada, limitándose a esperar. Espera al pato, al macho, que tanto le ha gustado, y espera el momento propicio. Espera a que la pieza se ponga a tiro, como ocurre en los cuentos de la caza. Pero el pato no se presenta porque el muchacho que recoge los aros lanzados retiénelo detrás de la isla. Hay que esperar al macho.

— Muy bien, perfectamente — dice la mujer, — ahora nos pasaremos aquí toda la noche esperando a que salga el sol. De todos modos tenemos el tiempo de sobra. Mañana te levantarás a las diez y te despedirán de la oficina, y después tendré que meterme de cocinera en casa de una familia acomodada. Como si no hubiese nacido para otra cosa.

Pero el marido espera, espera que el macho se presente. Tiene agarrado el aro en disposición de lanzarlo.

— ¿Qué haces, idiota? — pregunta la mujer.

— Apunto — responde tranquilamente el marido.

— ¡Ja, ja, ja! — exclama la mujer echándose a reir. — ¡Apunta! ¿Qué es lo que hace? ¡Apunta! Porque es un cazador que se ha pasado la vida en las selvas vírgenes, ¡y no sabe tirar el cerquillo si no se pasa una hora lo menos apuntando! ¡Oh, desdichado! ¿Por qué no colocas detrás de ti dos monteros, lo mismo que el rey? ¡Eso es lo que necesitaría un cazador tan formidable como tú! El apunta. Pero si es inaudito. En lugar de tirar los aros,



LOGICA

— Siendo mi mujer y yo humoristas, usted comprende que el niño tiene que hacer reir...



ELLA. — Pero, Ruperto, yo me estoy helando... ¡El agua es de hielo!
EL. — ¡Qué le vamos a hacer, Nicolasa! Hasta que no se acabe el alquiler de la caseta, no podremos dejar de bañarnos...

que están ya perdidos, todavía se entretiene en hacerme perder la paciencia.

El marido calla. El macho está ya ante él, y le tira el cerco de mimbre.

— ¡Bah! — dijo la mujer. — Prefiero no mirar. No quiero mirar cuando un burro como tú se pone a cazar patos.

El aro cae exactamente en el cuello del pato y desciende hasta su estómago.

La mujer dice:

— ¡Al fin! Se han acabado los veinte céntimos, ¿verdad? ¿Ya has derrochado el dinero desgraciado? Prefiero no mirar.

— No. No he tirado todavía más que un aro.

— Cerca del pato, ¿verdad? ¿O a un kilómetro de distancia?

— No. Ha caído en su cuello. Ya me traen el pato.

— ¿Qué pato?

— El que he ganado.

La mujer calla un momento. En efecto, traen el pato. Al macho le han quitado el aro, y nada de nuevo delante del hombre. El marido vuelve a apuntar con el arete de mimbre que le queda.

— ¡Oye, majadero — exclama la mujer, — supongo que no creerás que ese pato va a volverse a meter en el aro! Ese pato de hojalata ha sido aún más estúpido que tú, pero sólo una vez. No tientes a Dios; vete, y avergüénzate de que una idiotez semejante haya podido salirte bien.

El marido lanza el aro y éste cae otra vez en el cuello del pato.

— Aquí tiene usted, señora, los dos patos — dice la muchacha de las aves.

La mujer exclama:

— ¡Aquí tienes los dos patos, animal! ¿Quieres acaso que me los cuelgue de las orejas como si fuesen pendientes?

— Se pueden cambiar por dinero — balbucea el hombre. — Dan por ellos tres coronas en dinero contante y sonante.

— ¿Qué? — exclama la mujer. — ¿Qué dices? ¿Crees que me he vuelto loca? ¿Pero es que dos patos valen tres coronas? ¡Tú, naturalmente, crees que sí! Porque te estás roncando en la cama mientras por la mañana muy temprano me voy al mercado. ¡Qué sabes tú del mundo! ¡Cómo vas a saber que un pato, si está un poco gordo, vale cuatro coronas! ¡Y ahora habría yo de regalar dos por tres coronas!... Pero, ¿es que crees que he robado estos patos?

— No; no los has robado; los has ganado — responde el marido.

— Entonces, ¿crees que por eso no valen nada? Porque soy lista y he podido arrancarle en un minuto dos patos a ese judío, ¿crees que es razón para dejarlos por tres coronas, para que mañana se estuviese riendo aún de mí?

— Nos los llevaremos a casa...

— ¡Naturalmente! ¡Pasearnos con dos patos por las avenidas de Pest para hacer el ridículo delante de todo el mundo!.

— Los llevaré yo...

— ¡Ay, qué hombre! ¡Qué horror de hombre! — dice la mujer echando a andar.

Ella marcha delante y su marido detrás, con un pato en cada mano. Cuando salen del parque, la mujer se dispone a alquilar un coche.

El rostro del hombre llénase de alegría; llevarían a los patos en coche hasta su casa. Pero la mujer le dice:

— Yo voy a tomar un coche, porque con estos patos ya he economizado el gasto de dos días. Tú vete a pie con los patos; pero ten cuidado de que no les ocurra nada, porque si les pasa algo te retuerzo el cuello.

Se sube al coche y dice al cochero:

— Segundo distrito, calle de Donati, 9 (1).

Desde el coche vuelve a gritar a su marido:

— Pero no vayas por el túnel de Buda. Toda tu vida no vale los dos «krajcár» que hay que pagar.

Después el coche desaparece.

El hombre lleva los dos patos a través del parque de la ciudad, todo lo largo de la Avenida de Andrássy y de la calle Furdo. Cuando llega al centro del puente colgante mira hacia abajo, al Danubio, desata las patas de los animalitos y se arroja al agua. Les había desatado las patas para que pudiesen nadar. ¡Era muy bueno el pobre! Por tres veces sale a la superficie y mira a los patos, que nadan, tranquilos y felices, junto a él.

— ¡Vivid, vivid! — les dice, y luego vuelve a sumergirse y traga una gran bocanada del agua salada del Danubio Azul, desapareciendo para siempre.

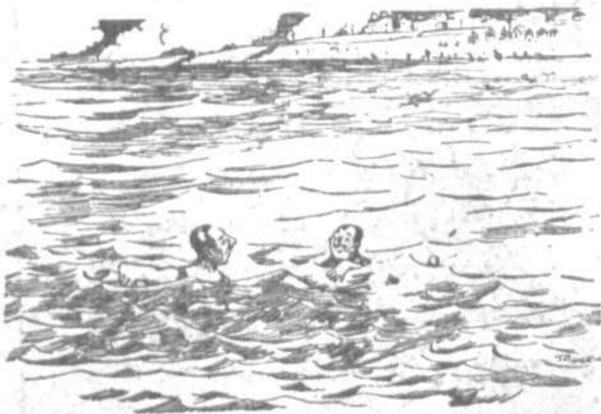


Andor Gabor

(1) A dos horas de camino a pie desde el Parque Inglés.

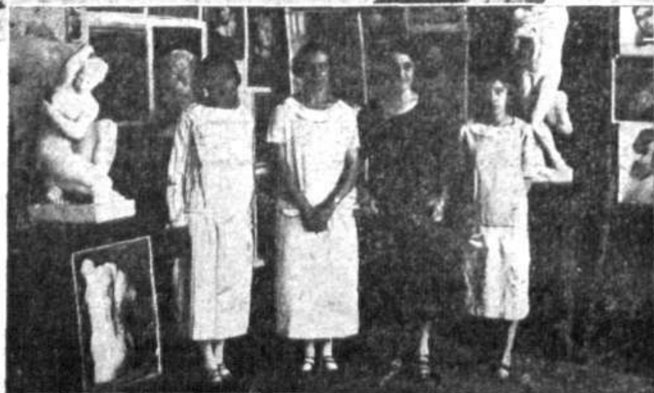


La madre. — ¿Qué estás haciendo Perico?
— Le estoy enseñando a que bese a tío...



— ¡Sálvame, Aniceto!
— ¡No seas egoísta! ¡Ahógate tú solo!...





Alumnas de dibujo de la Academia de Bellas Artes rodeando a su profesora el día en el que finalizaron los cursos.

Profesoras egresadas de la Academia de Bellas Artes: Señoritas Guillermina Idigoras, Lolita Solario y María Julia Palacios.



Numerosos armeros de todas partes del mundo, amparados en la fama conquistada por los revólveres SMITH & WESSON de tambor ladeable, han lanzado al mercado tipos de armas parecidas a las nuestras, pero completamente distintas por su mecanismo imperfecto y por estar construídas deficientemente con materiales inferiores.

La eficaz defensa personal y del hogar sólo se asegura con un Revólver SMITH & WESSON legítimo, fácil de identificar porque todas nuestras armas, llevan la marca estampada de un lado y de otro, el lugar de fabricación: Made in U. S. A.

CARACTERISTICAS del TAMBOR LADEABLE del SMITH & WESSON

La alineación perfecta del cilindro y cañon se hace positiva por la combinación del doble cierre que asegura el pistón del cilindro en posición firme por las chumaceras endurecidas en ambos extremos, tanto que, al tiempo de disparar, no hay la menor posibilidad de variación.

En venta en todas las principales Armerías.

SMITH & WESSON, Inc.,

SPRINGFIELD. — MASSACHUSETTS, E. U. A.

CONCEPCION DEL URUGUAY. — Escuela Superior N.º 1 "Nicolás Avellaneda". Alumnos de este establecimiento educacional durante una clase práctica de carpintería.





Vista parcial del taller de hilado y tejidos.

De San Luis





Alumnas de la Escuela Normal recientemente egresadas.

Grupo de maestros egresados de la Escuela Nor- Normal.

LA INFANCIA

(A las madres)

Quieto en la casa y quieto en la escuela, pronto del mundo se vuela.

Cuando el padre es vicioso y está borracho, tiene un imitador en el muchacho.

El niño que corre y juega, crece, engorda y a viejo llega.

El vientre lleno cada día, da fuerza y alegría.

Está triste y taciturno, quien vive en constante ayuno.

Niño muy tapado, casi siempre resfriado.

Al aire libre se crece y se vive.

No lleves el niño a la escuela, hasta que no mude las muelas.

Saltar, correr y gritar, ayudan a respirar.

Niño sabio, joven tonto y viejo loco.

Enseña más el ejemplo que todos los libros y los maestros.—Doctor Manuel Delfín.



MERCEDES. — El Director de la Escuela Normal Profesor Modesto T. Leites, rodeado por las alumnas egresadas de ese establecimiento.



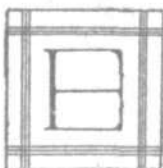
BELLA VISTA. — El señor Alejandro Cueva, director de la Escuela N.° 1, rodeado por el personal docente que lo secunda en sus tareas.



El doctor Guastavino, ministro de gobierno, dando posesión de la Dirección General del Departamento Provincial del Trabajo, al señor Leonardo F. Napolitano.



Alumnos del 5.° año de Normal, en el acto del homenaje que rindieron a la memoria de Sarmiento.



L TERCER DEDO DEL PIE DERECHO

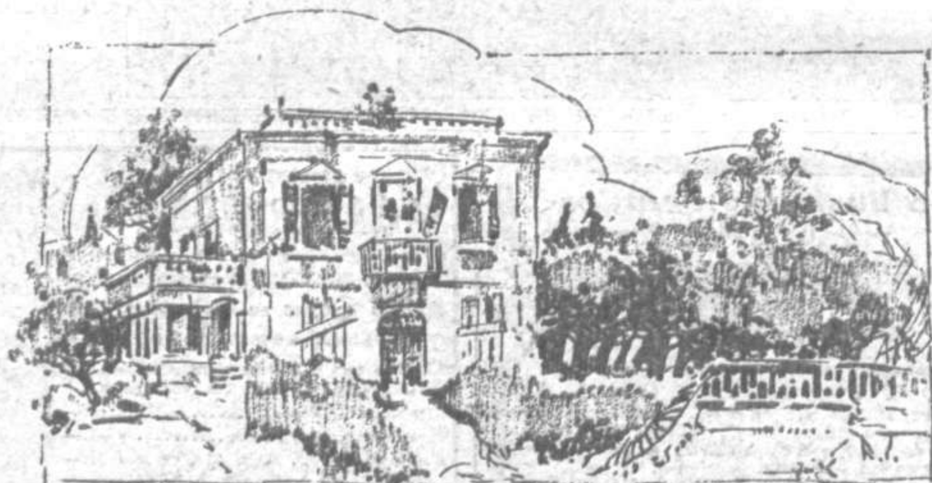
POR AMBROSIO BIERCE

TRADUCCION DE E. M. S. DANERO

PARA "CARAS Y CARETAS"



ABIDO por todo el mundo es que la casa de los Mantón está embrujada. En toda la comarca, y aun en la misma ciudad de Marshall, distante una milla, no existe una persona de espíritu imparcial que guarde la menor duda a este respecto; la incredulidad no subsiste sino en esos contados y únicos testarudos a los que no tardaremos mucho en oir llamar «tocados» en cuanto esta cómoda palabra penetre en el cenáculo del *Progreso* de Marshall.



Dos pruebas de que la casa está embrujada, existen: las declaraciones de los testigos oculares y desinteresados y la confirmación aportada por la misma casa. Los primeros pueden, en rigor, ser desechados y anulados por las múltiples objeciones que puede presentar su espíritu más o menos ingenioso; pero, los hechos que están al alcance y la observación de todos ya son argumentos más sólidos y se imponen al espíritu.

En primer lugar, la casa de Mantón permanece deshabitada desde hace lo menos diez años y, como sus dependencias, poco a poco, va cayendo en ruinas, circunstancia que difícilmente puede escapar a un espíritu avisado. Una distancia corta, aunque siempre desierta, la separa del camino que era de Marshall a Hárriston. Se levanta en un recodo donde, en tiempos mejores, existió una granja de la que perduran algunos despojos cubiertos por la maleza.

La casa, en sí, está en un estado pasable bien que reclamando la presencia inmediata de un vidriero, pues la juventud masculina de la región, a su manera, ha sabido demostrar su inquina hacia todas las casas que permanecen deshabitadas.

El edificio es de dos pisos, más o menos cuadrado. Su frente tiene sólo una puerta flanqueada por dos ventanas tapiadas completamente con gruesos tablones, arriba las aberturas correspondientes, sin protección de ninguna especie, dejan entrar la luz y el agua en las habitaciones del piso superior.

La maleza crece vigorosamente en torno de la construcción y unos cuantos árboles, mal orientados y torcidos por el viento, se inclinan todos en la misma dirección y parecen concertar su esfuerzo para huir de aquel desagradable lugar.

Finalmente, como lo ha hecho constar el humorista de la redacción del *Progreso*, de Marshall, «la conclusión de que la casa de los Mantón está embrujada es el único resultado lógico que se obtiene después de examinar el lugar».

El hecho de que, en esta morada, el señor Mantón una noche, hace unos diez años, juzgara atinado levantarse y estrangular a su esposa y sus dos tiernos hijos, para alejarse inmediatamente hacia otra parte del país, sin duda alguna, ha contribuído poderosamente a atraer la atención pública sobre el lugar y sus disposiciones indudables para ser teatro de todo género de fenómenos sobrenaturales.

Fué, pues, delante de la casa de los Mantón donde, una tarde de verano, se detuvo una carreta ocupada por cuatro hombres.

Tres de ellos descendieron prestamente, y aquel que la conducía ocupóse de atar el caballo al único poste que quedaba en pie. El cuarto permaneció sentado sobre el vehículo.

— Mira — le dijo uno de sus compañeros, dirigiéndosele, mientras que los otros se alejaban en dirección a la casa. — Es aquí

El hombre interpelado ni se movió.

— ¡Por Dios! — díjole rudamente. — Todo esto es una broma, y no creo que tú participes de ella.

— Es posible — dijo el otro, mirándole de frente y con un tono que muy bien podía considerarse como despectivo. — Recuerda, empero, que la elección del lugar, con tu consentimiento, ha sido dejada a la otra parte. Evidentemente, si tienes miedo de las fantasmas...

— Yo no tengo miedo de nada — interrumpióle el hombre con otro gruñido. Y, saltó a tierra.

Los dos alcanzaron al resto de la compañía cuando estaban ya ante la puerta, que uno de ambos acababa de abrir no sin ciertas dificultades: la cerradura y los pasadores se hallaban oxidados.

Entraron todos. El interior estaba en tinieblas; pero, el hombre que había violentado la puerta, sacó un candil, cerillas e hizo la luz. Luego abrió la puerta que tenían a la derecha, mientras permanecían todos en el pasadizo. Penetraron en una gran habitación cuadrada que el candil no iluminaba sino muy débilmente. El piso tenía una gruesa capa de polvo que ahogaba en parte el ruido de sus pisadas. En los ángulos de los muros, las telas de araña pendían como tapices deshilachados, agitándose al menor soplo de aire.

Tenía la habitación dos ventanas de las llamadas de guillotina, a través de las cuales no se veía sino la parte interior y rugosa de los tablones que las cerraban, a pocos centímetros de los mugrientos cristales. No había ni chimenea ni muebles de ninguna especie: no había nada. Con las telas de araña y el polvo, los cuatro hombres eran en aquel lugar, las únicas cosas que no constituían parte integrante de la construcción.

El cuadro era extraño a la luz vacilante y amarillenta del candil. El que tan a desgano descendiera del vehículo, ofrecía un espectáculo curioso y hasta si se quiere conmovedor. Era un hombre ni joven ni viejo, corpulento; tenía el pecho y los hombros fuertes y desarrollados. Al contemplar su cuerpo hubiérase pensado que tenía la fuerza de un gigante, y, sus trazas eran las de que procedía como tal. Estaba afeitado y sus cabellos eran bastantes crespos y canosos. Su frente, baja, surcada estaba por profundas arrugas horizontales; sobre su nariz, en el entrecejo, estos surcos tornábanse verticales. Las espesas cejas negras seguían la dirección de las arrugas, pero se dirigían hacia arriba en el lugar donde se iban a encontrar. Profundos y ocultos bajo las cejas, los ojos, de color indefinible, pero sorprendentes por lo pequeños, brillaban y se agitaban como con recelo. Tenía en su expresión algo de desagradable que acentuaba, aun más la boca cruel y el mentón harto desarrollado. La nariz podía ser de cualquier forma; las narices no son con frecuencia características. Todo cuanto de siniestro había en el rostro de este hombre, acentuado estaba por su extremada palidez. Parecía exángüe.

El aspecto de los otros nada de sorprendente tenía: eran tipos de esos que uno encuentra y olvida al punto. Todos eran más jóvenes que el primero. Entre éste y el mayor de los otros, que permanecía a un lado, no parecía haber ninguna cordialidad. Evitaban mirarse entre sí.

— Señores — dijo el hombre que tenía el candil y las llaves — creo que todo marcha perfectamente. ¿Está usted listo, señor Rosser?

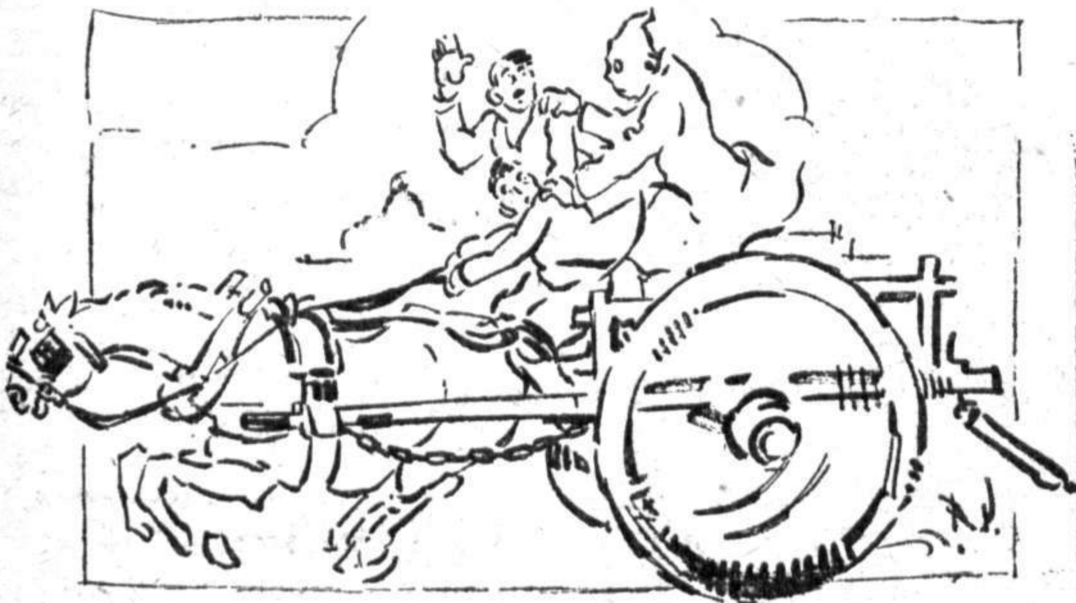
El que se mantenía apartado del grupo, saludó y sonrió.

— ¿Y, usted, señor Grossmith?

El hombre, grueso, se inclinó gruñendo.

— ¿Quieren ustedes desnudarse?

Sombreros, trajes, chalecos, cuellos y corbatas fueron presto retirados y arrojados por la puerta abierta al corredor. El hombre del candil hizo entonces un signo con la cabeza, y el cuarto de los hombres, aquel que había apremiado a Grossmith para que descendiera de la carretela, extrajo de un bolsillo dos for-



DECLARÓ QUE DETRÁS DE LAS DOS PERSONAS QUE OCUPABAN EL PESCANTE IBA UNA TERCERA, ERGUIDA, CON LAS MANOS APOYADAS SOBRE LOS INCLINADOS HOMBROS DE LOS OTROS.

midables puñales, que presto desenvainó.

— Son idénticos — dijo, entregándolos a cada uno de ambos personajes principales. Desde aquel instante, el observador menos perspicaz hubiera descubierto el móvil de aquel encuentro: se trataba de un duelo a muerte.

Cada uno de ambos adversarios cogió su puñal, lo examinó minuciosa y severamente a la luz del candil y probó sobre su rodilla la consistencia de la lámina y la empuñadura.

Luego, cada cual por el testigo de su adversario, fueron revisados.

— Si a usted le parece, señor Grossmith — dijo al hombre que tenía al candil — puede colocarse en este rincón.

Indicóle el ángulo de la habitación que estaba más alejado de la puerta, donde Grossmith fué a ubicarse, después de haber apartado a su testigo con un empullón que nada tenía de cordial. En el ángulo más próximo a la puerta se ubicó el señor Rosser. Después de cambiar algunas palabras en voz baja, su testigo le abandonó para reunirse con el otro casi en la puerta. En aquel instante, la luz se extinguió, quedando todos en medio de la más completa obscuridad. Aquello pudo obedecer a una corriente de aire proveniente de la puerta abierta; pero, de una o de otra manera, el efecto fué sorprendente.

— ¡Señores! — dijo una voz que pareció harto extraña en aquel nuevo estado de cosas. — ¡Señores! ¡Ustedes no se moverán hasta que no nos hayan oído cerrar la puerta que da sobre el camino!

A aquellas palabras sucedió un rumor de pasos, luego la puerta que comunicaba con el pasillo fué cerrada. Y, finalmente, la exterior retumbó con un golpe que hizo temblar a la casa entera.

Algunos minutos más tarde, el muchacho de un granjero, retardado en su camino, encontró una carretela que corría vertiginosamente con rumbo a Marshall. Declaró que detrás de las dos personas que ocupaban el pescante iba una tercera, erguida, con las manos apoyadas sobre los inclinados hombros de los otros. Estos parecían hacer vanos y desesperados esfuerzos para librarse de aquella presión. La tercera silueta, diferente de las otras dos, estaba vestida de blanco, y debía haber trepado a la carretela en el preciso instante en que ésta pasaba por la casa embrujada. Como el muchacho parecía preciarse de haber presenciado ya no pocos casos sobrenaturales, sus palabras fueron consideradas cual las de un experto. La historia (con los acontecimientos que sobrevinieron al día siguiente), apareció en las páginas del *Progreso*, con algunos ligeros aditamentos literarios y una alusión final, a fin de que los señores que algo tenían que ver en el asunto, hicieran el relato de su aventura nocturna. Mas, esta distinción no fué tenida en cuenta por nadie.

II

Las circunstancias que habían provocado aquel duelo en las tinieblas eran por demás simples. Una tarde, tres jóvenes de la ciudad de Marshall, se hallaban cómodamente ubicados en un tranquilo rincón del hotel, fumando y charlando sobre asuntos capaces de interesar a tres jóvenes instruídos de una población del Sur.

Se llamaban: Kink, Sancher y Rosser. No lejos de ellos, escuchándoles, pero sin mezclarse en la conversación, un cuarto individuo estaba sentado. Era un desconocido de los otros, quienes solamente sabían que había llegado en la diligencia, aquel medio día, inscribiéndose en el registro con el nombre de Roberto Grossmith. No se le había visto hablar con nadie, salvo con el encargado del hotel. Parecía complacerse en aquella su soledad o, como lo expresó la redacción del *Progreso* inmediatamente, «entregarse groseramente a las más vituperables frecuentaciones». Es menester decir, empero, para defensa del extraño, que la redacción se encontraba en una disposición harto jovial para poder juzgar equitativamente a un hombre de un temperamento distinto del de sus miembros, y que ella había sufrido una ligera plancha al intentar reportearle.

— Yo detesto toda especie de deformidades en la mujer — dijo Kink — ya sean naturales como *accidentales*. Mi teoría es que toda tara física corresponde a una tara moral.

— De donde deduzco — dijo Rosser gravemente — que una dama a quien la naturaleza ha dotado desventajosamente de nariz, con dificultad convendría a nuestro amigo Kink.

— Así se puede interpretar — respondió éste. — Pero, puedo asegurarles que una vez le colgué la galleta a una muchacha encantadora en cuanto me enteré, por casualidad, que le habían amputado un dedo del pie. Mi actitud, si ustedes quieren, fué brutal; pero, si nos hubiéramos casa-



— ERES INOPORTUNO E INJUSTO — DÍJOLE A ROSSER. — ESTE CABALLERO NADA TE HA HECHO PARA QUE LE TRATES ASÍ.

do, estoy seguro de que nuestra vida habría sido un eterno infierno.

— Mientras que la pobre — agregó Sancher con un tanto de sorna — al casarse con un hombre de miras más amplias, fué robada, y degollada por añadidura...

— ¡Ah! ¿Con qué sabes a quién me refiero? Sí, es verdad; se casó con Mantón. Pero... En cuanto a sus largas miras ya no puedo asegurar que el muy canalla la haya degollado porque le faltaba una cosa tan preciosa en una mujer!: el tercer dedo del pie derecho.

— ¡Mirad ese hombre! — dijo Rosser en voz baja, los ojos fijos sobre el extranjero.

Este escuchaba la conversación con la más viva atención.

— ¡Demonio! — murmuró Kink. — ¿Qué le vamos a hacer?

— Es muy simple — replicó Rosser, levantándose. — Señor — dijo, encarándose con el extraño — creo que haría usted muy bien en llevar su silla al otro lado de la galería. Es evidente que la presencia de personas bien educadas le sorprende un tanto...

El hombre se incorporó prestamente y avanzó, crispados los puños y pálido de indignación. Todos estaban ya de pie. Sancher se colocó entre los dos adversarios.

— Eres inoportuno e injusto — díjole a Rosser. — Este caballero nada te ha hecho para que le trates así.

Pero, Rosser se empeñó en no darle una sola explicación. Siguiendo las costumbres del país y de la época, la querella no tenía sino una solución.

— Reclamo la satisfacción debida a un hombre de mundo — dijo el extranjero ya un tanto tranquilizado. — No conozco a nadie en el lugar — e inclinándose hacia Sancher: — quizá usted, señor, sea tan amable como para secundarme en este asunto...

Sancher, aunque un tanto contrariado pues no le resultaban agradables ni el aspecto ni las maneras del hombre, tuvo que aceptar.

King que, durante la conversación, no había apartado sus miradas del extranjero y que no había abierto la boca, con un movimiento de cabeza, consintió en ayudar a Rosser.

La conclusión de todo aquello fué que, habiéndose retirado los interesados, concertóse un duelo para la tarde próxima. Las condiciones del encuentro ya han sido expuestas. El duelo con puñales en la obscuridad ha sido, durante un buen tiempo, la característica de la vida en el Sudoeste. El barniz de caballerosidad recubriendo la brutalidad fundamental que precedía a aquellos encuentros era, como se verá, por demás deleznable.

III

En lo más caluroso de un medio día estival, la vieja casa de los Mantón faltaba un tanto a sus tradiciones. Era perfectamente terrenal. El sol la bañaba cálidamente, afectuosamente, con una evidente despreocupación por su mala fama. El césped que verdeaba al pie de su fachada parecía crecer no con regularidad, sino con una exuberancia extraordinaria; los hierbajos se desplegaban cual si fueran verdaderas plantas. Plenos de sombras y encantadores golpes de luz, poblados por agradables y bulliciosos pajarillos, los árboles, largo tiempo descuidados, ya no parecían inclinados para emprender una vertiginosa huida. Hasta las ventanas desportilladas y sin vidrios del piso superior parecían bañadas por aquella claridad graciosa y apacible a la vez. Y, en los aledaños, por el campo pedregoso, el calor, diríase visible, danzaba con una vivacidad incompatible con la gravedad, que es atributo exclusivo de todo lo sobrenatural.

Tal fué el aspecto bajo el cual el lugar se presentó el shériff Adams y a los dos hombres de Marshall que le acompañaban.

Uno de estos era Kink, su ayudante. El otro, llamado Brower, era hermano de la difunta señora de Mantón. En virtud de una benéfica ley del Estado, relativa a toda propiedad que ha permanecido, durante un determinado período de tiempo, abandonada por el propietario cuya residencia actual no se conoce, era al shériff a quien correspondía la conservación legal de la casa de los Mantón y sus dependencias.

La presente visita era la consecuencia de un fallo del tribunal autorizando al señor Bower a reivindicar la propiedad en su condición de heredero de su difunta hermana. Por una simple coincidencia, la visita aquella se efectuó al siguiente día de aquel en que el ayudante, señor Kink, abriera la puerta de la casa guiado por una finalidad muy distinta de la que en aquellos instantes le llevaba por allí. Su presencia, esta vez, no obedecía a su propia iniciativa: había recibido orden de acompañarle a su superior y, por el momento, no le quedó otro recurso que obedecer y disimular su muy justificada intranquilidad.

Después de abrir con aparente negligencia la puerta de la fachada y haber comprobado, con gran sorpresa, que allá no tenía el pasador corrido, el shériff quedó estupefacto al ver, mezcladas, en el piso del corredor, algunas prendas de vestir masculinas. Realizado un examen, llegóse a establecer que ellas eran dos sombreros y otros tantos chalecos, americanas y pañuelos, todo en excelente estado, aunque un tanto sucios por el polvo que todo lo cubría en aquella casa.

El señor Bower quedó muy sorprendido; mas, la agitación de King fué indecible. Tomando un mayor interés en todo aquello y muy poseído de sus funciones, el shériff volvióse y violentamente abrió la puerta de la derecha. Entraron los tres. La habitación se hallaba aparentemente vacía. Pero, no. Cuando sus ojos se habituaron a la penumbra, terminaron por distinguir un bulto informe arrinconado en el ángulo más distante de la puerta. Era un cuerpo humano. Algo de su actitud impresionó a los que recién llegaban, deteniéndoles bajo el quicio de la puerta. La silueta se precisó poco a poco. El hombre se hallaba arrodillado, el dorso contra el ángulo del muro, los hombros levantados hasta la altura de las orejas, las manos a la altura del rostro, con las palmas hacia arriba y los dedos crispados como garras; la cabeza echada hacia atrás dejando ver el cuello contraído y la cara lívida, con la boca entreabierta y los ojos dilatados extraordinariamente expresando un indecible terror.

Estaba rígido, muerto. Por lo demás, descontado el puñal que, evidentemente, se había deslizado desde su mano al suelo, no se veía otro objeto en la habitación. Sobre la capa espesa de polvo que cubría el piso, descubríanse huellas confusas de pasos, a lo largo del muro y en las proximidades de la puerta, en particular.

Instintivamente los tres hombres se aproximaron a aquel hombre. El shériff lo cogió por uno de los brazos: estaba rígido, cual si hubiera sido de hierro y al sacudirlo movió todo el cuerpo, sin que cambiara de actitud.

Bower, tembloroso y agitado, detuvo su mirada sobre el rostro ya descompuesto.

— ¡Dios mío! — exclamó, al punto.

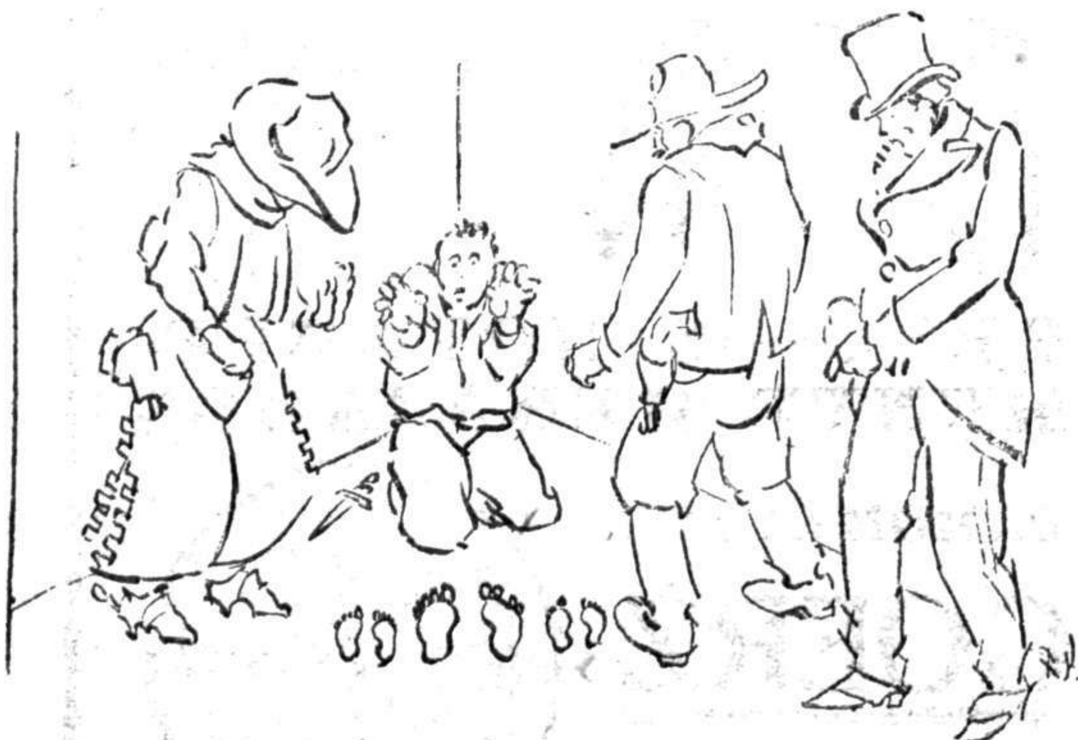
—¡Si es Mantón!

—¡Tiene usted razón! — dijo Kink, esfozrándose por aparecer tranquilo:—Yo conocía a Mantón. En aquel tiempo usaba barba y llevaba los cabellos largos, pero, no hay duda, es él mismo.

Hubiera podido agregar: «Le reconocí en cuanto desafió a Rosser. Yo se lo dije a Rosser y a Sancher antes de hacerle esta horrible farsa. Cuando Rosser, pisándonos los talones, abandonó esta habitación obscura olvidando sus ropas en medio de la agitación de la huída, sin atinar a más, le subimos a la carretela y echamos a correr y no nos cuidamos de la suerte que le estaba deparada a este cobarde, a este asesino».

maquinalmente al suelo como alguien que medita sobre graves asuntos, cayó, al cabo, sobre algo que, allí, en plena luz del día y en presencia de sus compañeros, no dejó de espantarle.

En el polvo de los años que como espeso tapiz cubría el suelo, partiendo de la puerta por donde habían entrado y en línea recta, a través de la estancia hasta un metro más o menos del rincón donde estaba el cadáver de Mantón, veíanse las huellas de los pies de tres personas siguiendo tres líneas paralelas leves, pero precisas, a ambos lados, las de unas criaturas; más netas, en el centro, las de una mujer. Llegadas al punto donde se detenían, no volvían para atrás: ahí



—¡FALTA EL TERCER DEDO! ¡EL PIE DE GERT

Mas, de todo aquello, Kink no dijo ni una sola palabra. Sus facultades empeñábanse en dar con el misterio de aquella muerte.

El hombre no se había movido ni un palmo del rincón que se le indicara antes de comenzar el duelo. Su actitud no era ni la del ataque, ni la de la defensa. Había dejado caer su arma; había muerto, sin duda, de terror, al ver algo: todas aquellas circunstancias no daban una clave al turbado Kink.

Persiguiendo a tientas en la obscuridad de su inteligencia, el hilo que le arrancaría de aquel laberinto, sus miradas dirigidas

quedaban, frente al cadáver, perfilándose, precisas, como en un dibujo.

Bower que, en el mismo instante, habíalas desdescubierto también, inclinóse, horriblemente pálido:

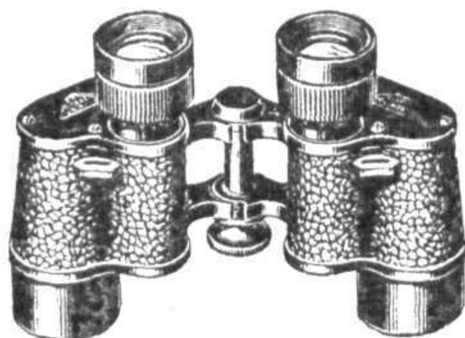
—¡Miren, miren, pues! — dijo a la vez que con ambas manos indicaba las huellas del pie derecho de la mujer, precisamente en el lugar donde terminaban.

—¡Falta el tercer dedo! ¡El pie de Gertrudis!

Gertrudis, la que fuera esposa del Mantón, era hermana del señor Bower.

DIBUJOS DE  PARPAGNOLI

GOERZ



GEMELOS PRISMATICOS

HELINOX

En 6 x 30 y 8 x 30

DE EXTRAORDINARIA LUMINOSIDAD Y ALCANCE

PRECIOS NOTABLEMENTE REBAJADOS

BAROMETROS

GOERZ

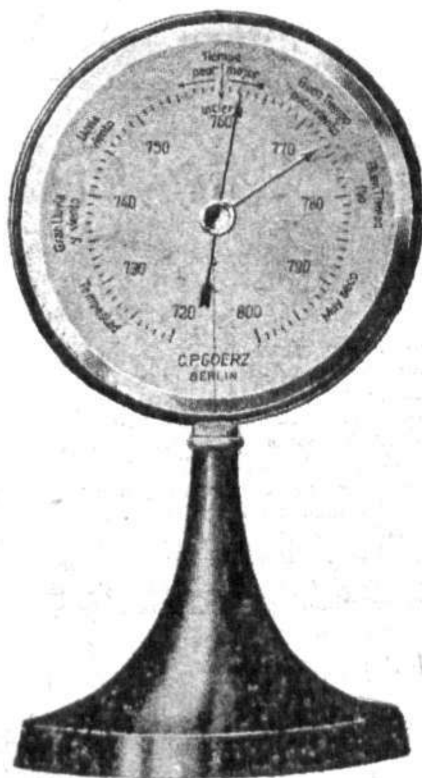
DE MESA

En negro y en dorado

DE UNA PRECISION ABSOLUTA Y GARANTIDA

DE HERMOSA PRESENTACION

En todas las buenas casas del ramo en la República.

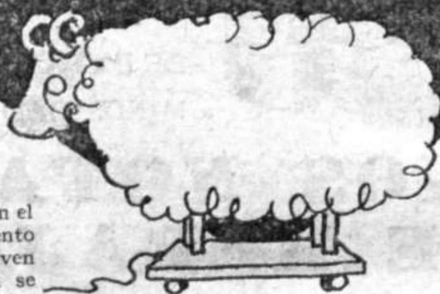


GERMAN PFEIFFER

RIVADAVIA, 1379 — Distribuidor Mayorista — BUENOS AIRES



BE... E... E...





las cuatro, en el preciso momento en que el joven Carlos Vadeau se disponía a dejar el Ministerio, la puerta se abrió precipitadamente, y el jefe de Negociado entró como una bomba, rojo, furioso, indignado.

— Pero mi pobre amigo, ¡usted está loco!

— ¿Loco? ¿Por?

— ¡Absolutamente... ¡Mire usted eso!

Y el digno jefe, trémulo de emoción, puso sobre la mesa un legajo abultado, cuidadosamente catalogado, y en la cubierta del cual se leía en venerable redondilla este epígrafe serio:

Estadística comparativa de las cotizaciones del tres y medio. — Ejercicio corriente.

Carlos Vadeau, que no ha recibido nunca, desde hace diez años, en el ministerio de Hacienda, un *jabón* tan súbitamente espumoso, contempla a su jefe con un aire completamente asombrado:

— ¿Y bien?

— ¿Y bien?... Vea usted estas cotizaciones.

Y el jefe pronuncia «estas cotizaciones» con un respeto que sólo pueden comprender los que están iniciados en los misterios de San Cupón.

— Bueno, ¿explíquese usted? — imploró Vadeau.

— Por el contrario, usted es el que va a explicarme sus tunantadas.

— ¡Oh!

— Sí, señor; tunantadas... ¡Y en un antiguo discípulo de la Politécnica!

Entonces, con muestras de respeto, el jefe del Negociado abre el legajo... Las primeras páginas son soberbias... Veinticuatro columnas de cifras se alinean de derecha a izquierda con una regularidad de zapadores de la Guardia.

— Pues no lo entiendo — dice Vadeau.

— Escuche usted, señor mío.

No fué larga la cosa: en mitad de la duodécima página distingue, dibujado a la pluma, un animalito singular.

¿Carnero? ¿Lobo? ¿Perro?

En la hoja siguiente un conejo golpeaba en un tambor, y, en fin, última provocación, en el índice de materias un payaso grotesco, con un sapo en el vientre, gesticulaba precisamente delante de una baja de la renta.

— Señor mío — pregunta la voz del jefe, — espero de usted una explicación.

Y Vandeau, cohibido, mira desde luego sin decir nada. Es verdad, él es el que ha hecho eso. Después, tímidamente, levanta la cabeza, habiendo encontrado al fin su justificación.

— ¿Ha tenido usted alguna vez un primer hijo?

— Nunca, señor mío.

— Entonces es inútil que me defienda. Castígueme usted.

— Eso es lo que hago, señor mío, esperando que en lo porvenir sabrá usted escoger para sus excentricidades otro terreno que el legajo de las cotizaciones.

Y el jefe salió, dando un portazo.

Pero apenas desaparecido, el joven se echa a reir.

— ¡Pobre niñito mío! — dice, cepillando su sombrero. — No sabe él que acabo de recibir una chillería por su causa.

Y rápidamente Vadeau baja a saltos la escalera, donde se cruza con sus colegas.

— ¡Buenos días!... ¡Buenas tardes!

Enfila la calle de las Tullerías, y atravesando el puente, se hace por la vigésima vez la famosa pregunta:

— ¿Carnero? ¿Caballo? ¿Conejo? ¿Payaso?

Toda la semana se la ha pasado paladeando el placer de esta noche, irá al Bon Marché y allí planteará seriamente la pregunta sobre el mismo terreno... Viéndole pasar tan atildado, tan de prisa, ya condecorado a los treinta años, cualquiera creería que corre a una cita de negocios, a una Comisión, a un Congreso.

De ningún modo. Es un papá pers-



guiendo entusiasmado los aguinaldos de sus hijos.

— ¿Carnero? ¿Caballo? ¿Conejo? ¿Payaso?

Todo el mundo no tiene un hijo como él. Un hijo que se parece a todo lo que ama: las líneas de su abuela; la expresión y los ojos de su querida mujercita, y sus gestos, y su carácter... Un hijo que vale por todos los *jabones* de todos los jefes de Negociado del mundo.

— ¿Carnero? ¿Caballo? ¿Conejo? ¿Payaso?

— He hecho bien de no buscar razones para justificarme... Ese viejo no puede comprender hasta qué punto un niño acapara la vida de uno. Un pequeño ser que procede de mí, de ella, de los dos, que es la razón de ser, la flor, la bendición, la esperanza de nuestro amor. ¡Es capaz de medir todo lo que Dios ha puesto de suavidad en estas dos palabras: *su hijo!*... ¡Ni por pienso!

— ¿Carnero? ¿Caballo? ¿Conejo? ¿Payaso?



Y el papá se apresura.

— ¡Las cinco! ¡Habrá un gentío loco en el almacén!... ¿Quién sabe? Quizá se hayan vendido todos los carneros, y el carnero es lo que preferiría.

Trotando de lo lindo por la acera, goza en la alegría, la gracia, la sonrisa de París... Papá salta sobre la plataforma del ómnibus Vaugirad-Gare-Saint-Lazaire, para llegar más pronto que es ya casi la hora de comer.

Una batahola en el Bon Marché; se forma cola en la puerta y se apelmaza la gente alrededor de los estantes. Papá vacila cada vez más... ¡Evidentemente no habrá ya carneros!

— ¡Si pudiera sobornar a algún empleado! No hay medio de encontrar un dependiente. Trabajo perdido. Las señoritas del mostrador pasan con la tez amarillenta, el lápiz en la oreja, los ojos en la caja.

— ¡Estoy ocupada! ¡Lo siento!

Y ante él unas señoras llevan un carnero soberbio... el suyo... Al fin he aquí un dependiente.

— Yo deseo un carnero... De los más bonitos. ¿No tiene usted más que ese?

— ¡Pero señor!

— Sobre todo de pelo largo... Y que haga beeé... ¿Comprende usted? Es para mi primer hijo... Este no tiene voz. Otro... Be...e...é... Este es bueno.

La noche de Navidad en un lindo cuarto de la calle Scribe; un joven y una joven están alrededor de una cuna pesebre gracioso donde duerme, bajo un crucifijo de marfil, el hermanito de Jesús.

Inclinados, casi de rodillas, alrededor del nido bien caliente, contemplan a Bebé, que duerme con la sonrisa en los labios y abrazado al famoso carnero de las cotizaciones.

Con los ojos puestos en el niño los esposos se sienten revivir en esta común afección, se aman fuera de ellos mismos y a veces se sonríen levantando la cabeza.

— ¿Te acuerdas, Elena, cuando por la noche, solos los dos, hablábamos del porvenir?

Soñando en que un día, al fin,
un nuevo amor a sembrar
viniera al alegre hogar
su rostro de serafín.
¿Creíste, la idea pía
que nuestras almas mecía
oyendo en eco bendito...
¡dilo a quien te lo demande!
que de un niño tan chiquito
fuera su sitio tan grande?

Y he aquí que un campanillazo vibra lejano en el recibimiento. Ambos, tendido el cuello, intentan reconocer a través de la puerta la voz del visitante.

Pasan algunos instantes; después la criada llama a la puerta con los nudillos.

— Señora, es un carnero que traen del Louvre.

— ¿Un carnero? ¿Y de parte de quién?

— Traen una carta.

Y el joven lee:

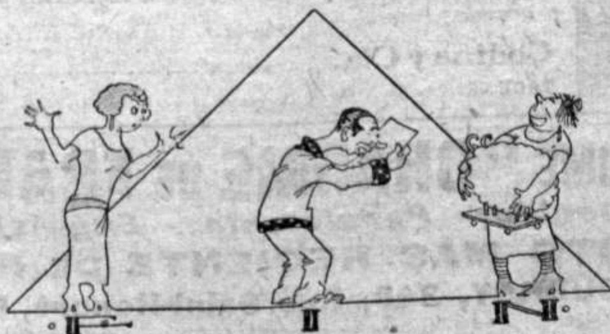
«Mi querido amigo: Soy un filisteo. Toda la tarde en la soledad y el frío de mi cuarto de solterón, he tenido el corazón encogido por haberle reñido. Deje usted saltar algunas gotas de su íntima dicha sobre un jefe de Negociado, que hubiera hecho mejor, sin duda, con ser un jefe de familia. Pero, entonces, ¡desgraciado legajo el de las cotizaciones!

«Soy afectuosamente suyo. X. D.

«P. D.—Adjunto el carnero de la paz y la reconciliación.



PIERRE L'ERMITE



DIBUJOS DE QUINTERNO

Un

TIRO *en la* NOCHE

por

J. S. Fletcher

UNA mano invisible había llamado firme y persistentemente durante cinco minutos a la puerta del dormitorio de Mansón, cuando éste se desprendió del seductor abrazo de sus sábanas para advertir que la luna, entonces en plenitud, bajaba hacia el horizonte más allá del bosque de pinos, frente mismo a su ventana sin cortinas. Fuera ya del lecho, encendió la luz eléctrica y al encaminarse hacia la puerta consultó la hora en el reloj que descansaba sobre el tocador. ¡Las seis y cuarenta y cinco... dos horas de adelanto sobre la que acostumbraba a levantarse! ¿Y quién diablos podía ser aquél que golpeaba tan acentuadamente?

Cuando abrió, encontróse frente a un hombre a quien conocía demasiado bien, un hombre que frisaba más o menos en su misma edad, cuyas ropas presentaban un aspecto desordenado, y que mostraba signos de insólita agitación. Este empujó a Mansón hacia dentro de la habitación, cerró la puerta tras ellos y comenzó a pronunciar cosas extrañas, premiosas, a modo de «staccato».

— Pensé que no le despertaría a usted nunca, Dios de Dios... y menos aun a sus sirvientes. Y lo peor de todo es que he atravesado corriendo toda la ciudad...

Mansón hallábase ya bien despierto, con su cerebro de abogado tan frío como el «parquet» del piso. Se volvió hacia un rincón para calzarse unas chinelas y buscó luego una «robe de chambre».

— ¿Qué es lo qué sucede, Campión? — preguntó en el más indiferente de los tonos. — Algo de anormal, por supuesto...

— ¿Anormal? — gruñó el otro. — ¡Santo Dios, anormal creo que se le puede llamar! ¡Se trata de Leaver, de Ricardo Leaver! El...

— Vamos por partes. ¿Qué hay con Leaver? Hable con calma si quiere que le entienda.

Campión se dejó caer en un sillón, a los pies de la cama. Infló los carrillos y sopló, como si quisiera hacer volar algo desde el fondo de su ser. Luego se estremeció.

— ¡Comprender! — murmuró. — ¡Qué me cuelguen si yo entiendo algo! ¡Ricardo Leaver está arrestado! Sucedió a media noche. Está en la prisión de Soutamínster, y de allí vengo ahora. El me mandó buscar esta mañana a eso de las cinco. Y está acusado de asesinato, Mansón, de asesinato. Como ve...

Mansón le pidió silencio, abrió la puerta y salió al corredor. Campión alcanzó a ver parte de una doméstica con su cepillo y su escoba.

— Juana — le dijo Mansón — ve y dile a la cocinera que prepare el desayuno y lo sirva en la biblioteca. Estaré allí dentro de diez minutos.

Volvió a cerrar la puerta y acercándose a Campión le puso una mano en el hombro, diciéndole:

— Vamos a ver, Campión... hablemos claramente. Si quiere usted hacerme el relato comience por el principio.

— ¿Por el principio? — pronunció Campión, cuya voz se afirmaba al par que recobraba él su serenidad y su aliento. — Algunos cuentos comienzan por la mitad, ¿nó? Pues este es uno de esos. Pero le contaré: a eso de las cinco y media de esta mañana, un agente de policía fué a buscarme, explicándome que Ricardo Leaver, quien se hallaba preso en Soutamínster, deseaba hablar conmigo inmediatamente — éramos vecinos y compañeros. — Fuí allí lo más rápidamente que me fué posible. Y lo que oí, para decir verdad, es esta (¡y que me lleve el diablo si lo entiendo!): ¿Conoce usted ese pedazo de tierra baldía que hay al norte de la población? Le llaman «lo de Warren». Hacia la parte izquierda de ese terreno existe un bosque que forma parte de la propiedad de sir Juan Bower.

« Bien. Anoche, poco antes de las once, el guardabosque de sir Juan, Richards, y un sereno que con él estaba, andaban por el bosque en busca de algún cazador furtivo. De pronto, oyeron dos detonaciones, cercanas, disparadas casi simultáneamente. Corrieron hacia el lado de los tiros. En lo de Warren, en el mismo linde del bosque, hay un arenal cubierto de vegetación que sólo tiene un espacio limpio

en el centro. En este claro — recuerde que había luna llena — vieron a un hombre tendido y a otra persona de pie, junto a él. Notaron que la persona de pie era Ricardo Leaver, quien conservaba en la mano una pistola automática todavía humeante. El hombre tendido en el suelo era su primo, Gerardo Taisley. Estaba muerto».

— ¿Bien muerto? — preguntó Mansón.

— Como el clavo de una puerta. Y, por supuesto, Richard, que conocía tanto a Leaver, como a su primo preguntó a aquél lo que aquello significaba. ¿Qué cree usted que respondió?

— ¿Qué respondió?

— Todo lo que dijo fué: «Dios mío, creo que esta es mi pistola». No hubo más, y Richards expresó a la policía que si bien Leaver pronunciara aquellas palabras habíase vuelto en silencio y encaminado hacia el pueblo sin volver la cabeza. ¿Qué piensa usted de esto?

— ¿Qué hizo Richards? — preguntó Mansón.

— Dejó a su compañero con el cadáver y se dirigió a la policía. Allí, claro está, les relató todo. Buscaron entonces a Leaver y le arrestaron después de interrogarle. Luego me avisaron a mí, a pedido de él... y le he contado a usted todo.

— Sí, pero no me ha dicho lo que él le dijo a usted. Repítamelo, pues.

— A decir verdad, es bien poca cosa. ¡Se me hace que está loco! Fué por indicación suya que la policía me requirió, pero cuando llegué allí no supo qué decirme y solamente me expresó que yo me había portado bondadosamente al ir. La policía acababa de ponerme al tanto de todo, de modo que sugerí a Leaver la idea de buscar un defensor, proponiéndole a usted. Todo lo que me contestó fué que usted lo haría tan bien como cualquier otro. De modo que corrí hacia aquí.

Mientras Campión hablaba, Mansón había acabado de vestirse, de manera que cuando aquél terminó, le invitó a bajar a la biblioteca. Recién cuando hubo apurado media taza de café y un par de bizcochos, volvió a hablar; al hacerlo volvióse a su amigo que, taza en mano, tenía la vista clavada en el fuego que acababa de encender la criada, y le miró hondamente.

— ¿Qué piensa usted de todo esto, Campión? — preguntóle. — Me imagino que tendrá alguna teoría.

Campión depositó su taza, mordió un bizcocho y meneó la cabeza. Y con los ojos en la puerta, bajó la voz hasta asemejarla a un murmullo, no obstante estar aquella bien cerrada.

— Mansón... ¡no me cabe la menor duda! Todo ha sido a causa de la hija del vicario...

Mansón hizo con la cabeza un gesto de afirmación, mientras llevaba a la boca otro bizcocho.

— Nancy Millersley, ¿eh? Muy bueno. ¿Celos?...

— Todo el mundo sabe en el pueblo que ella les había hecho perder la cabeza a los dos... a Leaver y a su primo, — asintió Campión. — Se ha hablado mucho de eso. Leaver ha andado literalmente loco por la chica desde que ella vino del colegio. Y Paisley, más o menos en las mismas condiciones. Es sabido que se celaban entre los dos. Lo singular es que continuaran viviendo juntos en las habitaciones que ocupan en High Street. Pero no hay duda..., eso ha sido todo. Ella, por supuesto, es una coqueta nata, una malvada coqueta.

— ¿No sabe usted si ella favorecía más a uno que al otro?

— La he solido ver con Leaver, y también con Paisley. A toda la gente le ha ocurrido lo mismo. Algunas veces era Ricardo, otras Gerardo. Sólo ellos sabrían más... Pero ahí está el problema. Una cosa, sin embargo, conozco. Ambos estaban anoche en el club — los vi en el salón de billar — y se notaba entre ellos una marcada frialdad. Y eran inseparables... hasta que esta muchacha se interpuso entre ambos. Ahí están los hechos... Paisley es encontrado muerto... ¡asesinado!... y Leaver a su lado con una pistola en la mano...

Mansón se sirvió más café y alargó la jarra a Campión.

— Así es — afirmó. — Pero, vea usted lo que son las cosas, yo no creo que Leaver haya matado a Paisley.

— ¿Por qué no? — preguntó Campión.

— Si él hubiera dado muerte a Paisley, no creo que hubiera pronunciado las palabras que usted dice pronunció: «Dios mío, creo que esta es mi pistola». ¿Piensa usted puede decir eso alguien que acaba de asesinar?

— ¡Yo no sé qué pensar, Mansón! Pero me inclino a creer, como le dije arriba que Ricardo Leaver... bueno, me parece... Todo lo acusa, y aun él mismo; cuando entré esta mañana en la oficina policial me sonrió, sino del todo imbécilmente, por lo menos muy cerca de eso... Estoy seguro de que su mente está afectada. Y así...

— Eso podía ser, y ha de ser así, el efecto del choque, de la brusca emoción — opinó Mansón. — Bueno, vámonos. ¿Qué tiempo hace afuera, frío?

— ¡Cielos! ¡No lo he notado! — exclamó Campión. — Venía yo demasiado lleno de este asunto. Y corrí todo el tiempo.

□□

MEDIA hora después, Mansón entró solo en una pequeña y mal alumbrada celda de la oficina policial, y encontró a Ricardo Leaver sentado en una silla dura, las manos hundidas en los bolsillos, los ojos absortos y fijos en la blanca pared. Miró al visitante con pupilas sin brillo, como si no notara su presencia. Mansón, acercando otra silla y sentándose frente a él, le colocó una mano sobre la rodilla.

— Mire, Ricardo — le dijo. — Usted, naturalmente, no mató a Gerardo Paisley. Entonces, ¿qué hacía usted allí?

Leaver transportó su vista desde la pared a los ojos inquisidores de Mansón. Suspiró hondamente y movió la cabeza.

— ¿Haciendo... allí? — repitió. — ¡Oh! Supongo que... andaba vagando por esos sitios.

— ¿Y de dónde volvía? — inquirió Mansón.

— No lo sé exactamente. Había andado vagando.. vagando.

— ¿Desde qué momento? Veamos, usted estuvo en el club por la noche. ¿Adónde fué después?

Leaver no contestó. Pero sus ojos comenzaron a brillar y su mano derecha alcanzó su mentón y comenzó a acariciarlo.

— Ahora, escuche — continuó Mansón. — Es inútil que trate de ocultar nombres; tal como van las cosas, tienen forzosamente que salir a relucir. ¡Especialmente el de Nancy Mi-

llersley! Compréndalo, Ricardo. Bien..., cuando usted abandonó el club, ¿fué a verla a ella, verdad?

A Leaver lo había tocado el nombre de la joven, pero inclinó afirmativamente la cabeza en respuesta a la pregunta.

— Está bien — pronunció Mansón. — ¿Dónde se encontró con ella?

— Donde nos veíamos a menudo... por la noche — respondió Leaver, con un brusco retorno a la viveza. — En los terrenos de la vicaría, a espaldas de la casa.

— ¿Qué sucedió? Fuere lo que fuere, ¿fué algo... trastornador?

Leaver lanzó una carcajada sarcástica. Sus mejillas se arrebataron y brilláronle notablemente los ojos.

— Dígamelo — expresó Mansón.

— Fué así — contestó Leaver: — usted sabe..., bueno, el hecho es que ella nos había dado esperanzas a Gerardo y a mí. Nosotros nos celábamos... y el asunto se ponía serio. Más aún, viviendo juntos como vivíamos. Y... la otra noche, decidí poner fin a la embarazosa situación. De modo que fuí allí, (yo sabía dónde podía verla; lo hacíamos a menudo). Y le planteé las cosas directamente. Era menester elegir: Gerardo o yo.

— ¿Y? — preguntó Mansón.

— Me costó un poco de trabajo hacerla hablar. Entonces le dije que si no se manifestaba yo partiría para las colonias, o para cualquier parte, y que Gerardo haría lo mismo, sin duda. Nos alteramos. Y, por fin, expresó que no abrigaba el menor propósito de casarse conmigo, ni con Gerardo. En aquel instante tuve la evidencia de lo que ella era interiormente. ¡La malvada!

— Eso es, la malvada — asintió Mansón. — Esa clase de mujer es ella. Bueno, ¿qué más?

— Ella se fué y yo también. Me encontraba loco, rabioso. No sé con exactitud dónde fuí primeramente. Anduve vagando... Luego llegué hasta lo de Warren. Me senté, pensando. Advertí que ella había estado durante la noche misma o al día siguiente, se lo explicaría todo, le demostraría la falta de corazón de aquella mujer, le pediría que no la siguiéramos poniendo entre nosotros. Y luego oí uno o dos disparos hechos simultáneamente, no lejos de mí. Corrí en la dirección de los tiros y me encontré con Gerardo tendido en el suelo. El...

— Tenga usted cuidado — dijo Mansón. — Expóngame todos los detalles.

— Le diré lo que alcancé a ver. El estaba muerto, sencillamente; pensé que recién muerto. Conservaba una pistola en la mano derecha. La tomé y estaba examinándola a la luz de la luna, cuando Richards, el guardabosques de sir Juan, se aproximó rápidamente con otro hombre. Los dejé con... él... y me fuí a casa.



— ¿Por qué razón? — preguntó Mansón.

— Por ésta: no sabía lo que hacía, y por esta otra: quería saber si era mi pistola la que había encontrado. Estaba casi seguro de que lo era, efectivamente.

Así le dije a Richards. Se trata de una pistola automática que conservo de la guerra. Yo la guardaba dentro de un escritorio en mi habitación. Gerardo sabía esto.

— ¿Era realmente su pistola?

— Sí, sí; era la mía, tenía mis iniciales. El la debió sacar de mi escritorio para matarse...

— ¿Suicida, eh?

— ¿Y qué otra cosa? — dijo Leaver.

— ¿Le pareció a usted oir dos disparos?

— No estoy completamente seguro; si fueron dos, debieron de ser disparados casi al mismo tiempo. Pero, pensándolo bien, no pudieron ser dos tiros; quizás el eco del bosque me engañó.

Mansón permaneció silencioso durante unos minutos; luego se puso de pie y golpeó amigablemente a Leaver en la espalda.

— Perfectamente, Ricardo — pronunció alegremente, — déjelo usted por cuenta

mía. ¿No les ha dicho demasiado a éstos de la policía?

— No, no les he dicho más que a usted. Menos aun, de... de la muchacha *no* les dije nada.

— Bien — afirmó Mansón. — Ahora hablaré con ellos algunas palabras.

Salió de allí y encontró en el corredor a dos oficiales de policía, con los cuales entró en la oficina. «Espléndidamente claro el caso. Un suicida. No me explico la detención del señor Leaver».

Pero el hombre a quien fueron dirigidos tales palabras sonrió y meneó la cabeza.

— ¿Le parece, señor Mansón? — dijo. — Nosotros, en cambio sí, nos explicamos esa detención. Y no vemos con tanta claridad el suicidio. Es bien sabido — no creo que usted lo ignore porque «pueblo chico, infierno grande» — que Leaver y su primo festejaban a la hija del vicario y que últimamente sus relaciones habíanse enfriado notablemente. Ambos fueron vistos en el club, la otra noche; no se hablaban, parecían extraños.

— ¿Cree usted — preguntó Mansón — que un un hombre que acaba de matar a otro haría la declaración que Leaver hizo a Richards? (Me refiero a lo de la pistola).

— No lo sé, señor Mansón, no lo sé; no me doy a especulaciones de esa índole. Lo que sé realmente es que el joven Paisley fué hallado muerto, con el corazón atravesado, y que Leaver estaba a su lado con una automática en la mano. Con eso basta para acusarlo...

— El señor Leaver reconoce que la pistola es suya — interrumpió Mansón. — Y supongo que cuando ustedes se llegaron hasta su casa para prenderle, él la entregó de buen grado, ¿no?

— Así es, no hizo cuestión a ese respecto — asintió el oficial. — Tenemos aquí la pistola, si quiere verla... Aquí está. Lleva las iniciales de Leaver. Es una Cotley, calibre 38, con capacidad para siete cartuchos. Uno ha sido disparado; otro está en el caño, y cinco repartidos en las tres cavernas.

Mansón examinó cuidadosamente la pistola. Si los policías hubieran sido más observadores, habrían sorprendido la brusca expresión de curiosidad que se pintó en su semblante. Pero estaban distraídos, murmurando. Mansón devolvió la pistola. «Me imagino — dijo — que al cuerpo de Paisley se le efectuará la autopsia».

— Ah, sí — asintió el oficial. — Tal vez se le practicará hoy mismo. El doctor Sumers se ocupará de eso.

— ¿Y pretenden ustedes mantener detenido al señor Leaver?

El oficial volvió a dejar la pistola en el cajón del escritorio y dió vuelta a la llave con firme movimiento.

— Lo pretendemos, señor Mansón. Y para hablar claramente, le diré que pensamos acusarlo. Esta tarde a las tres hay una reunión de magistrados, y lo haremos comparecer.

— Allí estaré — expresó Mansón. Luego dejó la oficina policial y, una vez en la calle, comenzó a cavilar. «Cotley, automática. Calibre 38. Carga siete balas. Uno disparado. Otro en el disparador. Cinco en la culata, dispuestos en tres cavernas. Tres cavernas. Por lo tanto... Se detuvo un minuto, pensando hondamente; después, como iluminado en medio de un camino obscuro, volvió violentamente sobre sus pasos y llegó hasta una gran casa que ostentaba una placa de bronce con la inscripción: «Doctor Ruperto Summers». Allí llamó.

Mansón acostumbraba llegar a su casa a la una para almorzar. Pero en un día como éste, había echado al aire sus costumbres; tenía las manos llenas. No obstante, un hombre que se ha desayunado a las siete de una mañana invernal con un poco de café y bizcochos y no ha vuelto a tomar nada, comienza a sentirse vacío hacia mediodía. cuando el reloj de la ciudad dió las doce, Mansón entró en el hotel de la Corona y se inclinó sobre la sopa humeante y la carne fría. Uno de sus empleados, acercándosele de pronto, lo interrumpió:

— El doctor Summers le necesita inmediatamente. Dice que usted ya sabe el objeto.

Mansón abandonó el hotel y echó a andar rápidamente, llegando a casa del doctor Summers dos minutos después. El médico, advirtiendo su nerviosidad extrajo del escritorio cierta caja de cartón.

— Aquí está la bala, Mansón, ¿ve? Luego, si lo que me me dijo esta mañana es correcto...

Mansón tuvo pronto el proyectil en la palma de su mano. La observó, devolviéndola a poco.

— ¡Exactamente! — dijo. — Justamente lo que yo pensé. Bueno... usted tiene que estar en la Corte a las tres. Y ahora...

Sin proferir otra palabra, salió de la casa y se dirigió a su oficina.

oo

Durante las dos horas y media siguientes, el joven abogado trabajó insólitamente. Había que hablar a gentes cuya presencia en la Corte era absolutamente imprescindible. A las tres menos cinco tenía todo listo; acudió a la Corte. La noticia de que Leaver sería llevado ante los magistrados bajo la acusación de haber asesinado a su primo, se extendió rápidamente por el pueblo, y Mansón tuvo que abrirse paso por entre una masa de gente. Una vez en el interior del palacio, fué tomado de las solapas por un débil, insignificante hombrecillo, el que — bien se sabía — no ejercía el menor control sobre una larga familia.

— ¡Oh, querido señor Mansón! — exclamó, tratando de apartar a su interlocutor. — Es doloroso que se haya tenido necesidad de hacer comparecer a mi hija, casi una chiquilla, en este desgraciado asunto. Yo esperaba que se tuviera más consideración hacia mí. ¿No podré yo persuadirle a usted de que prescinda de su testimonio? Porque, ¿qué testestimonio puede librar ella? Es doloroso para mí. Considere usted, señor Mansón, lo qué dirá la gente. Y mi posición con respecto al obispo... Realmente, señor...

— Señor vicario, he citado a su hija y ella se sentará en la silla de los testigos y responderá a mis preguntas. ¡Se juega en todo esto la vida de un hombre!

Luego se dirigió a su asiento, en la mesa de la defensa, pareciendo no notar la presencia del cuerpo de magistrados y la cantidad de gente que llenaba la sala; demostró indiferencia ante los juicios preliminares, sin importancia. No había venido a la Corte con el acostumbrado aparato; ante él no se veía ni cartera, ni papeles, ni libro. Permaneció en su sitio los ojos fijos en un punto, distraído de su alrededor, allí donde todo el mundo se sentía agitado por p r o f u n d a s especulaciones. Pero, en realidad, el ánimo de Mansón trabaja más duramente que si se tratara del de un abogado novel. Lo obsedía una cosa:

Alguien en aquel recinto debía saber y podía decir la pura verdad.

Alguien... en alguna parte. Pero, ¿dónde?, ¿y qué? ¿Era la muchacha? Probablemente no; tal vez ella supiera mucho, gran parte de la verdad, mas no todo... Sin embargo, Mansón tenía la noción de que el poseedor de la verdad precisa estaba allí, detrás suyo quizás, tal vez a su lado, pero *allí*, escondiendo su secreto.

El problema estaba en llegar hasta él de la manera más sutil y segura. Porque Mansón tenía la determinación de poner fin al asunto allí mismo y en aquel momento. Sabía lo que la policía quería: dilación. Pero él ansiaba algo incisivo, rápido terminante.



Así como la policía había obrado con rapidez, al acusar a su cliente, así deseaba el joven abogado destruír la falsa dirección de esos cargos. Estaba seguro de su propia arma; aquello acerca de lo cual no tenía certeza era el punto vulnerable donde descargarla. Y si parecía apático e indiferente, no era más que fingimiento; en realidad, encontrábase horriblemente en tensión, y cuando la policía prestó declaración acerca del arresto de Leaver y exigió después inmediata aplicación de la pena, entró en actividad.

— Señorías, comparezco en representación del acusado, Ricardo Leaver, y me opongo al procedimiento que viene cumpliéndose. Me opongo terminantemente. Las autoridades policiales han obrado en este caso con inexplicable precipitación. Estoy dispuesto a probar, aquí y ahora, hasta borrar la más leve duda, que mi cliente es absolutamente inocente del hecho de que se le acusa. Reclamo mi derecho — el derecho del acusado — a dejar aclarada la verdad ahora mismo, en presencia de vuestras señorías.

El presidente del tribunal lanzó una mirada al superintendente de policía, y éste, a su vez, puso suspicazmente sus ojos en Mansón.

— Por supuesto, si el señor Mansón es capaz de producir esa evidencia... — dijo el superintendente.— Pero si es que sus señorías están dispuestas a acceder a tal pedido, he de pedir yo primero que se me permita presentar un testigo. El señor Mansón acaba de afirmar que hemos procedido con inexplicable precipitación; pues bien, creo que al oir vuestras señorías el testimonio se harán cargo de las razones bien fundadas que tuve para acusar al detenido.

El presidente del tribunal cambió algunos cuchicheos con sus conjueces y expresó luego:

— En atención a lo dicho por el señor Mansón, resolvemos seguir adelante. Presente usted a sus testigos, señor superintendente.

Este volvióse y llamó:

— ¡Carlos Richards!

Mansón permaneció tamborileando con los dedos sobre su pupitre mientras Richards prestó declaración, declaración categórica, objetiva, evidente. Mas antes de que éste terminara, aquél se hallaba de pie.

— ¿A qué distancia se encontraba usted, Richards, del arenal cuando oyó los disparos de que ha hablado? — preguntó.

— Alrededor de doscientas yardas, señor.

— ¿En el bosque?

— Eso es, señor, en el bosque.

— ¿Era todavía de noche?

— Sí, completamente, como boca de lobo.

— Ahora dígame, ¿oyó usted un tiro o dos?

— Dos, señor, bien señalados; el uno disparado inmediatamente después del otro.

— ¿En rápida sucesión, eh?

— Sí, señor, así: ¡un-dos! Diría que el segundo fué disparado una fracción de segundo después del primero.

— De modo que sonaron casi a un tiempo...

— Justamente, señor.

— Cuando llegó al arenal, vió al señor Leaver parado junto al muerto. ¿Qué impresión le produjo a usted?

— Muy extraña impresión, señor. El señor Leaver parecía atónito..., atontado, sorprendido; eso me pareció al verle.

— Hemos oído lo que ha expresado usted que él dijo en aquel momento. ¿Nada más que eso le oyó?

— Nada más, señor. Dijo que creía que aquella era su pistola. Luego se retiró

lentamente. Lo llamé dos o tres veces; no pareció advertirlo.

Mansón agitó la cabeza, extendió la mano y, mientras Richards descendía del sillón de los testigos, dijo lentamente:

— Llamen al doctor Summers.

Summers se presentó con la pequeña caja de cartón que había enseñado a Mansón en su consultorio. La depositó sobre el pupitre. El abogado defensor inició sus preguntas.

— Doctor Summers, usted fué llamado esta mañana temprano por la policía para reconocer el cadáver de Gerardo Paisley. En síntesis, ¿cuál fué la causa exacta de la muerte de éste?

— Murió a consecuencia de un disparo que le atravesó el corazón.

— Después, creo, volvió usted a examinar el cadáver...

— Sí, en compañía del doctor Brown.

— ¿Encontraron la bala que mató a Paisley?

— La encontramos. Había penetrado por el corazón, ascendido, y alojádose luego en los gruesos músculos de la espalda.

— Creo que la tiene usted ahí, ¿no? Gracias... Desearía que vuestras señorías la examinarán. Pero, previamente, quiero vuestra atención hacia la pistola automática — depositada ahí sobre el pupitre del señor Superintendente — que es exactamente la misma que se encontró momentos después del crimen en manos de mi cliente y la misma que él entregó luego a los funcionarios policiales. Ahí está la pistola que, según la policía, disparó el proyectil que mató a la víctima. Y aquí está la bala que, de acuerdo también con la policía, fué disparada por la pistola... doctor Summers, tenga la gentileza de mirar la bala; ¿es la misma que usted y el doctor Brown encontraron en el cuerpo de Paislay?

— Efectivamente, esa es.

— Entonces, eso es todo lo que tengo qué preguntarle, doctor; gracias. Llamen ahora a Esteban Ford... Señor Ford, usted es armero. ¿Tiene usted experiencia y ha desempeñado su oficio durante muchos años en este lugar?

— Veinticinco años, señor.

— Es usted, supongo, experto en armas de fuego. Bien. Tome la pistola y descríbasela a sus señorías.

— Sí, señor; — señorías, esta es una pistola automática Cotley; calibre 38, cuyo cargador, donde se notan tres muescas, puede contener siete proyectiles. Veo que ahora encierra cinco, y uno está en el caño. De modo que solamente uno ha sido disparado.

— Gracias, señor Ford. Puede dejar la pistola. Ahora fíjese en esta bala. Y le pido, señor, que ponga muchísimo cuidado en la pregunta que voy a hacerle ahora. Es esta:

Mansón se detuvo un segundo, recorrió de un vistazo la sala, el estrado del Tribunal, y luego, inclinándose hacia el testigo, prosiguió con un tono de intensidad creciente.

— Es ésta, señor Ford, ¡es ésta! *¿Ha sido esa bala disparada por esta pistola?*

Un silencio de muerte pesó sobre la multitud. Uno de los magistrados, más rápidos de entendederas que todos los demás, dejó escapar, dándose cuenta del objeto de Mansón, una aguda, larga y sibilante expiración. Luego vino la respuesta de Ford.

— *¡No, señor!* Esta bala no ha sido disparada por esa pistola.

— ¿Está usted cierto?

— Deposito en esto toda mi reputación, señor.

— Exprese usted a los señores magistrados cómo sabe que no fué disparada por esta pistola, señor Ford.

— La razón es sencilla. Esa pistola Cotley tiene tres muescas en el cargador. Pero esta bala pertenece a una pistola que debe tener cuatro muescas. La evidencia está aquí en este proyectil al alcance de todos.

— Lo sé — afirmó Mansón — hacen horas que lo sé. Ahora, señor Ford, puede usted decirnos a qué clase de pistola pertenece esa bala.

— Sí, señor. A una automática Robinsón.

— Conoce usted bien esa clase de pistolas.

— Perfectamente, señor. Y la Cotley lo mismo. Me he familiarizado con las dos.

— ¿Vendió últimamente a alguién una Robinsón? ¿A alguién de por aquí?

— No, señor; pero he compuesto una.

Mansón miró a los magistrados. Guardó silencio por unos instantes. Después expresó al armero que podía retirarse y dijo a los oficiales:

— Que comparezca Nancy Millersley.

En medio de otro silencio sepulcral, quebrado sólo por un apenas reprimido murmullo de protesta exteriorizado por el vicario, una joven se adelantó y ocupó el sillón de los testigos lanzando a todas partes miradas de rabillo. Era de mediana estatura, esbelta y ágil, no representaba más de diez y ocho o diez y nueve años y tenía los cabellos de un rubio rojizo, la nariz suavemente levantada, los labios bien curvados y finos. Pero estos eran firmes, y su mirada agudísima cobraba aun más energía al encarar a Mansón. Y éste, con no menor energía, comenzó su cuestionario.

— ¿Estoy en lo cierto de afirmar que de algún tiempo atrás mantenía usted relaciones de amistad estrecha con Paisley y su primo Leaver?

La joven vaciló, pareció aquilatar la pregunta y luego, asintiendo con la cabeza, pronunció «Es verdad, a ambos los conocía mucho».

— ¿La festejaban los dos a usted?

— Sí... supongo... supongo que sí.

— Usted salía frecuentemente una vez con uno, otra vez con otro, ¿no?

— Es cierto. Salí con ellos alguna vez.

— ¿Y no se había visto usted con ellos, por separado, secretamente? Para precisar, en los fondos de la vicaría?...

— Sí... lo he hecho.

— ¿Cuándo vió por última vez a Gerardo Paisley?

— La noche anterior a su muerte.

— ¿En secreto?

— Sí... Sí.

— ¿Qué sucedió?

— Poca cosa, nada de importancia.

— ¿Le preguntó él si iba usted a decidirse por él o por su primo? Necesito una respuesta categórica.

— Sí.

— ¿Qué le respondió usted?

— Le dije que no contestaría a pregunta como esa.

— ¿Lo satisfizo eso?

— No lo sé. Se retiró..., parecía enfadado.

— ¡Muy bien! ¿Cuándo vió por última vez a Ricardo Leaver? ¿En el mismo sitio, a espaldas de la vicaría?

— Sí.

— ¿También él exigió una

decisión de usted acerca de la elección entre los dos?

— Sí.

— Bien... ¿y qué le dijo?

— Le dije que no me comprometería... definitivamente con ninguno de los dos.

— ¿Usted pensaba eso realmente?

— Sí, absolutamente.

— No obstante, había estado aceptando sus atenciones, saliendo con ellos, y, lo que es más, entrevistándose secretamente con ambos durante algún tiempo... Ahora bien, ¿no es, entonces, exacto que ha estado usted animando, incitando a estos dos muchachos desde que vino a su casa este verano?

— Ellos... bueno... siempre andaban detrás mío.

— Aceptemos eso..., pero también que la tal persecución de ellos era bien recibida por usted. Entonces, pues, ¿por qué enfrió tan de pronto el asunto?

— Yo... no lo sé. Ellos... comenzaban... los dos, a exigirme promesas.

— Ellos querían, siendo como eran hombres de bien, saber el terreno que pisaban; ¿eh? ¿No llegaron a expresarle que si usted no se decidía, estaban dispuestos a alejarse de aquí?

La joven vaciló y echó una ojeada hacia el estrado.

—Ricardo Leaver dijo eso, sí, pero no Gerardo.

— Gerardo no, ¿verdad? Entonces, ¿a cuál de los dos prefería usted? ¿A Ricardo Leaver o a Gerardo Paisley? Contésteme.

— Bueno... a Gerardo.

Mansón se echó hacia adelante sobre el pupitre, clavando sus ojos en los de la testigo. «¿Por qué no lo aceptó, pues? — preguntó. — ¡Diga!»

Pero la joven no contestó. Los colores subidos comenzaron a parecer y desaparecer en sus carrillos; sus dedos empezaron a moverse nerviosamente sobre el brazo del sillón.

— Escuche — dijo Mansón con grave acento. — Usted estuvo recibiendo de buen grado los festejos de aquellos dos jóvenes y, de pronto, sin más ni más, no obstante haber confesado cierta preferencia por uno de ellos, cortó las ostensibles y viejas relaciones. ¿A qué, le pregunto yo, se debió ese brusco cambio? ¿Se trataba, oiga bien, de la aparición de un tercer rival? ¡Diga!

Creció la agitación de la joven. Mansón insistía.

— Conteste, le digo. ¿Tenía usted un tercer festejante?



La respuesta llegó como un suspiro.

— Había... había alguien más.

— ¿Quién era? ¿Quién es? Su nombre, ¡rápido!, necesito saberlo...

El vicario se hallaba de pie, elevando un brazo hacia la mesa de los magistrados.

— ¡Protesto, señores! — interrumpió éste.

— Siéntese, señor. Quiero que se responda a mi pregunta. — Y volvió a encarar enérgicamente a la testigo. — ¿Quién es ese hombre — o más bien ese muchacho.

— ¿Su nombre?

La joven, roja, tembló, se agitó, intentó hablar, volvió a vacilar y, súbitamente, rompió a llorar.

Y en aquel instante, de entre el gentío, detrás del pupitre del acusador, un joven, un jovenzuelo casi, se puso de pie y trató de abrirse paso.

Estaba ruborizado, trémulo, desafiante y alzó ante Mansón su puño crispado.

— ¡Vamos, deténgase usted! — vociferó. — ¡Déjela, déjela en paz a ella, usted! ¡Usted, cerdo! ¡Yo fuí quien mató a Paisley, a Gerardo Paisley... y volvería ahora a matarlo de nuevo, si fuera posible! El... El habló algunas cosas de ella por ahí, y yo lo desafié. Ahora ya sabe usted..., déjela tranquila a ella.

Mansón permaneció un instante contemplando a su interruptor. Luego, rápidamente, hizo una inclinación de cabeza a los magistrados y, con un suspiro de satisfacción, ocupó nuevamente su asiento.

TRADUCIDO PARA CARAS Y CARETAS POR E. A. M.

Comentarios

— ¿No te da pena verle tan triste?
— Tengo mis dudas sobre el civismo
de un diputado que sólo asiste
a las sesiones de espiritismo.

* * *



¡Qué horror! En casa de Eudoro,
esto ha ocurrido hace un rato:
el loro le picó al gato
y el gato se comió al loro.
Aunque Eudoro, en realidad,
gran cariño le profesa,
se comerá al gato. Esa
es justicia de verdad.

* * *



— Ese es un diplomático
muy culto y muy simpático,
según dice la gente que le trata.
— Pero resulta ahora,
que para su señora,
ya no es persona grata.

* * *

— Batieron los tambores,
cesaron los clamores
y el Hombre sin segundo a Córdoba marchó.
— Afirman sus amigos que fué por alfajores
— ¡Quién sabe!
— ¿Por qué no?
— La brega será ruda.
Confían en su ayuda,
y están sus partidarios seguros de vencer.
— ¿Vendrá con alfajores?
— Su gente no lo duda.
— ¡Quién sabe!
— Puede ser.

* * *

— Ninguna cosa a su edad,
la divierte ni le alegra.
— Es una menor de edad
con espíritu de suegra.
— ¡Qué rara precocidad!

* * *



— Cultivaba este tipo la ironía,
y después de ponerla como un trapo,
le rompieron dos muelas de un sopapo.
— ¿Dos muelas nada más?
— Las que tenía.

* * *

Vive en continua fiesta. ¡Qué resistente!
Y si en Córdoba alguno grita y protesta,
don Marcelo prosigue tranquilamente
su camino, y exclama:
— ¡Siga la fiesta!

* * *



— Pero, ¿a usted no le alboroza
la noticia?
— Han hecho un barro.
Es muy posible que a un Loza
le sustituya un Cacharro.

* * *

— Ahí tienen la bañista más curiosa.
— Ahí tienen la bañista más chismosa.
— Hace dos horas que se está bañando.
— Tarda igual que otras veces.
Debe estarse enterando
de las murmuraciones de los peces.

* * *

Hay refranes que sorprenden
por su enjundia.
— ¡Ya lo creo!
Son fruto de la admirable
sabiduría del pueblo.
— ¡Qué profundo es el que dice:
«Los duelos con pan son menos».
— Parece obra de un filósofo.
— No; más bien de un panadero.

* * *

Los que sus planes juzgan estrambóticos
y miran sus proyectos como exóticos;
los que tildan su verba de antipática,
ñoña y melodramática,
y censuran, mordaces, su política;
los que siempre le aplastan con su crítica;
los que dicen que el ácido butírico
es sólo la invención de algún satírico;
los que hablan de folletos anacrónicos
y de trabajos fútiles,
cuando él no los rechaza como inútiles,
todos son lebretónicos.

DIBUJOS DE REDONDO

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: A todos alcança ondra, por **Arturo Capdevila.** El suicida y el león de Persia, por **Arturo Cancela.** El cascarudo tanque, por **Horacio Quiroga.** Andrade, por **Joaquín Castellanos.** De mis recuerdos de prensa, por **Mariano de Vedia.** Cuento infantil, por **Carlos Parra del Riego.** Conchabada, por **Lorenzo Stanchina.** Canción ligera, por **Eugenio Julio Iglesias.** Brilio y Margarita, por **Enrique M. Amorím.** Full de ases, por **Arturo S. Mom.** El engominado, por **Max Daireaux.** ¡Qué salga el autor!, por **Manuel Aznar.** El domador, por **Julio Llanos.** El coronel Penny se hace detective, por **Paul Ellsworth.** Ultimos modelos de la moda, para **"Caras y Caretas".** El deporte argentino, caricaturas de las figuras directivas de nuestras asociaciones y clubs.